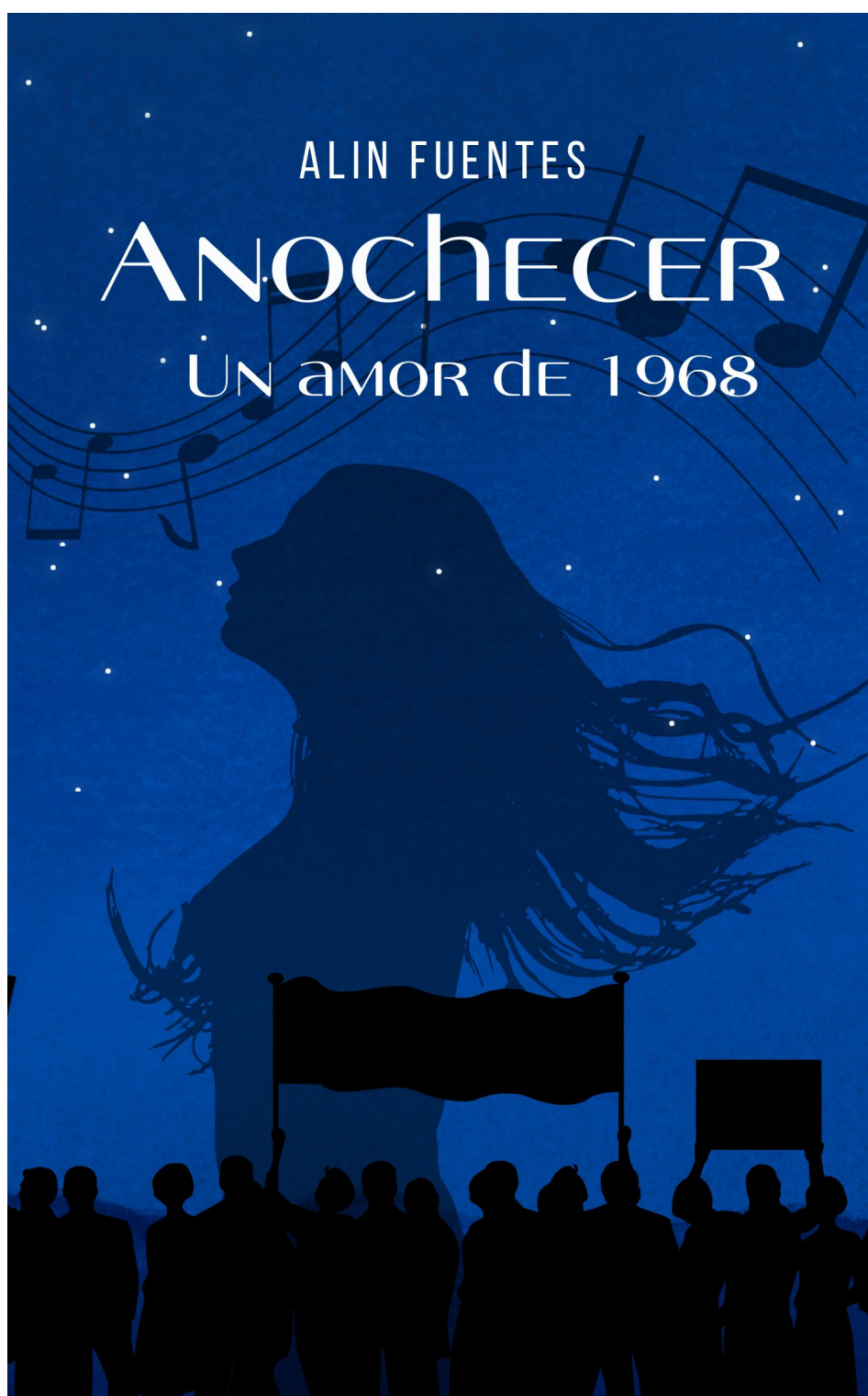


Anochecer

Alin Fuentes



Capítulo 1

PREFACIO

Mis lágrimas escurrían por mis mejillas aquel amanecer gélido del primero de enero.

Los primeros rayos del Sol iluminaban el comienzo de un año que prometía ser totalmente distinto al anterior, o al menos eso yo pensaba minutos antes de recibir un golpe de realidad.

Estaba parada en medio del parque; en cual, tantos anocheceres yo había sido tan feliz, riendo y viendo las estrellas en los cielos intensamente azules oscuro, disfrutando de la vida por primera vez en toda mi existencia, sintiéndome libre y capaz de hacer todo lo que me propusiera.

Tenía un nudo en la garganta que no me permitía expresar con palabras lo que estaba sintiendo en aquellos momentos. El viento movió mi cabello, metí mis manos en los bolsillos de mi abrigo, la bufanda mantenía caliente mi garganta, cuya tensión estaba empezando a reflejarse en los dientes y mandíbula.

Cerré los ojos, tratando de respirar profundamente, mi mente era un caos, no podía comprender absolutamente nada.

— Perfecto — dije en voz alta.

Sintiendo que mis piernas flaqueaban, di media vuelta; las hojas de los árboles crujían bajo mis botas mientras me alejaba. La luz solar encandiló mis ojos, aún así continué hacia adelante sin mirar atrás. Tenía que mantenerme firme, debía aceptarlo.

Deseaba dar la vuelta y correr nuevamente hacia aquel lugar, tratando de aferrarme a una falsa esperanza. Sin embargo, tuve que enfrentarme a la realidad: ya no podía hacer nada; así que me marchaba sin haber podido confesado mis sentimientos

Capítulo 2

Capítulo I.

Sí alguien me hubiera dicho que, en las últimas dos semanas del mes de julio de 1968, mi vida daría un gran vuelco, no le hubiera creído en lo más mínimo.

Nadie podría adivinar todo lo que me esperaba por vivir, y cómo marcaría el rumbo de mi existencia para siempre...

* * *

Ciudad de México, julio de 1968.

Las luces de la ciudad comenzaban a encenderse.

La noche estaba cayendo cuando me dispuse a sentarme, para escribir en mi diario.

Desde mi ventana podía observar la tormenta eléctrica.

Estaba a punto de llover; durante todo el día había hecho muchísimo calor, por lo que era necesario que lloviera fuerte para refrescar un poco.

Yo, Helena Abril De la Vega, de 22 años, estaba estudiando el cuarto año de una carrera administrativa en la universidad. Estaba tan contenta por finalizar mis estudios profesionales e incorporarme a las filas laborales. Una meta casi cumplida, un sueño hecho realidad. Acababa de iniciar el segundo semestre, así que me encontraba totalmente concentrada en mis estudios. Era mi último esfuerzo, así que daría todo de mí para culminarlo con éxito.

Desde muy pequeña amé leer, estudiar, pintar y cocinar; aunque mi verdadera pasión fue, es y será la música.

A través de ella, estaba totalmente segura que podría dejar salir todos los pensamientos que me agobiaban. Escribir canciones hacía que mi vida pudiera ser más pacífica y equilibrada. Al cantar, expresaba cada sentimiento y emoción desde lo más profundo de mi ser.

La música significaba una intensa conexión entre el alma, el cuerpo y la vida.

Por ello, la música era la catarsis de emanaba de mi alma...

Nadie conocía cuán sensible era yo, porque los dos rasgos más sobresalientes de mi personalidad eran mi carácter alegre y el perfeccionismo, por estas razones era muy difícil percatarse de que yo era muy sensitiva, además tampoco permitía que se conociera ese lado mío.

Cuando interpretaba una melodía, mis allegados solamente pensaban que era talentosa, sin intuir que en realidad, mis sentimientos estaban a flor de piel. Yo detestaba las fiestas, no me agradaba acudir a ellas, pero tenía una banda y cantaba en reuniones; aunque amaba la música, también lo hacía por motivos económicos.

A mis 22 años, yo confiaba en mi sinceridad, amabilidad y mi rechazo absoluto hacia las injusticias, tenía muy claras mis metas y no dejaba de esforzarme por alcanzarlas.

Nadie podía descubrir que, bajo todo ese escandaloso exterior mío lleno de alegría, música y perfección escolar, existía un gran sentimentalismo.

Nací prematuramente el 11 de julio de 1946 en la Ciudad de México, casi un año después del término de la Segunda Guerra Mundial.

Yo era una chica de estatura media; mi cuerpo era delgado. Mi piel tenía una tez clara tirándole a pálido, en contraste con el largo cabello negro, que hacía que me viera aún más empalidecida.

Amaba utilizar varias pulseras de colores, mamá decía que solo faltaba que me colgara el molcajete. Mi cabello largo (hasta media espalda) estaba casi siempre suelto, adornado con diademas o pasadores. En ocasiones, me peinaba en una alta coleta o un moño.

Mi hermana menor, Rosalina, era una lectora ocasional de revistas de moda; un día, en el que no tenía nada que hacer, tomé una revista y vi un precioso maquillaje con purpurina.

Batallé muchísimo para encontrarlo, al final lo logré. Desde 1967, he utilizado un poco de purpurina en los párpados. Mamá decía que mis ojos se veían tan hermosos y llenos de luz cuando usaba un maquillaje así.

Los expresivos ojos oscuros, de forma almendrada, siempre fueron el rasgo más peculiar de mi físico; era la mayor belleza que poseía, por lo cual recibía halagos.

* * *

Para Julio de 1968, habían pasado muchísimos años sin escribir un diario.

Estaba tan entusiasmada por poder, por fin, plasmar en el papel todos mis sentimientos, deseos, metas y pensamientos. A veces mi cabeza daba tantas vueltas, me sentía asfixiada en medio de una sociedad que criticaba, hasta en lo más mínimo, a la juventud. Odiaba que me dijeran que debía abandonar mis sueños profesionales, pues mi destino estaba marcado para contraer matrimonio y tener seis o más hijos, sí eran varones era mucho mejor. Deseaba gritarles que cerraran la boca de una vez por todas.

Solo deseaba describir lo que ocurría en mí, sintiéndome realmente libre de todas aquellas cadenas que me ataban. Había días en los que me encontraba totalmente cansada de todo, y necesitaba un espacio apacible para desahogarme, además de la música.

A pesar de que era una muchacha sociable y amable, nunca fui popular; y jamás los chicos trataron de conquistar mi corazón. Por el contrario, me veían como una joven demasiado concentrada en los estudios.

Incluso había escuchado, que cuchicheaban diciendo, que jamás me casaría pues era una "rata de biblioteca incorregible". ¡Ilusos! Yo no me quería casar.

A lo largo de mi adolescencia y juventud, ningún chico me interesó, así que jamás coqueteé con ellos o busqué atraer su atención.

Todo ello significaba que nadie me había confesado sus sentimientos. Nunca recibí una carta o un poema romántico, tampoco me importó.

Yo estaba tan enfocada en mi presente escolar y futuro profesional, que no me permití ninguna distracción amorosa. Así que no me la pasaba soñando con el guapísimo príncipe azul, quien libra del mal a la hermosa doncella, llevándola a su hermoso y lejano castillo, sobre su caballo blanco...

Mi madre, de nombre Ana María Linares, conocida como "*Anita*", tenía 43 años en 1968. En el mes de agosto cumpliría 44.

Trabajaba, desde hacía varios años, como secretaria en unas oficinas corporativas, muy cerca del centro de la Ciudad de México.

Mi mamá había concluido sus estudios universitarios gracias al apoyo de mis abuelos maternos, quienes la impulsaron a creer en ella misma. Desde muy pequeña tuvo una gran visión para los negocios. En el otoño de 1964, mamá decidió que era tiempo de abrir una pequeña cafetería

muy cerca de nuestra casa.

Algunas tardes, mis hermanas y yo íbamos al negocio familiar para atender a los comensales, pero mamá ya había contratado a su personal, entonces no nos necesitaba muy seguido ahí.

Mi madre, desde nuestra más tierna infancia, nos enseñó a confiar en nuestros sueños, sin cejar aunque fuera muy espinoso el camino. Ella nos apoyaba en nuestros estudios al máximo.

Mis abuelos, quienes habían vivido los aciagos días de la Revolución Mexicana, habían desarrollado un pensamiento muy avanzado, para su época, cuando mi mamá nació.

Siendo padres de dos criaturas: mi tía Mariana y mamá, decidieron que no querían que sus hijas vivieran lo mismo que ellos. Así que se esforzaron por brindarles educación, incluso motivándolas a llegar a la universidad, lo cual no era frecuente en aquellos días. Mi abuela era el ejemplo de la superación, mostrando que jamás era tarde para aprender.

La historia de ambos demostraba el amor verdadero, leal y sincero capaz de superar los obstáculos basándose en el respeto y cuidado mutuo. Mis abuelos, después de tantos años juntos, se mostraban cariñosos.

Mi padre se llamaba Luis Ernesto De la Vega, era un hombre respetuoso, amable y trabajador, pero sobretodo nos quería muchísimo. Él era ingeniero.

Mamá se refería a él como “un caballero de los que ya no hay”, ambos se amaban intensamente y jamás recuerdo haber visto una discusión entre ellos. Se podría decir que fuimos una familia muy dichosa.

Mi padre cuando realizaba reparaciones, en casa, siempre nos explicaba por qué se necesitaban hacer, y nos instruía en cómo crear cosas adecuadas para nuestra edad.

A veces, nuestros fines de semana pasaban ayudándolo a fabricar muebles de madera o lo veíamos arreglar su automóvil. Él fue quien llevó el primer disco de rock and roll a casa, desde el primer momento me enamoré de ese tipo de música. Los domingos, después de la comida y lavado de trastes, sacaba a bailar a mamá, era sumamente divertido verlos. Papá la miraba totalmente embelesado y ella lo abrazaba.

El mayor consejo, que nos dio nuestro padre, fue: “Ustedes también pueden hacer cosas que los hombres realizan”. Yo tenía seis años cuando aprendí a usar el martillo y la pala.

Junto a él, mis hermanas mayores y yo fuimos creando nuestro jardín, en el cual pasamos momentos de gran alegría y vivimos hermosos momentos.

La vez que nos enseñó a pintar, Magdalena, Irene y yo quedamos llenas de manchas color beige. Obviamente hicimos un trabajo fatal, pero con el tiempo fuimos mejorando; estaba tan orgulloso que, a todos sus conocidos, les dijo que sus "hijas eran las mejores del mundo".

Papá era sumamente cálido. No importaba qué tan cansado estuviera, él nos ayudaba con las tareas, preparaba la cena, nos leía cuentos; y los fines de semana eran sagrados, pues nos llevaba al parque, a la feria o nos invitaba a salir fuera de la ciudad. Las noches del domingo, mientras veíamos televisión, mamá recargaba la cabeza en el hombro de papá hasta quedarse dormida, él le acomodaba el cabello con delicadeza. Él no se cansaba de decirle cuánto la amaba y lo dichoso que era a su lado.

Papá tenía una gran predilección por practicar senderismo y disfrutaba de la naturaleza. A veces, nos íbamos a acampar al estado de Morelos, para alejarnos de la ruidosa ciudad.

Los días de campo y las noches mirando las estrellas, mientras escuchábamos sus relatos, se quedaron profundamente grabados en mi alma.

Papá murió, en 1956, a causa de un espantoso accidente de tránsito.

Aquel acontecimiento fue una hecatombe para nosotras.

Yo tenía tan sólo 10 años cuando él falleció, fue complicado de asimilar para una niña tan pequeña como lo era yo. Durante el velorio, no se permitió abrir el ataúd.

Ese día, me recuerdo llorando en silencio, con la cabeza agachada. Mamá estaba rota de dolor, junto con mis hermanas mayores.

Yo no podía creer que jamás volvería; me dolía ver a mi familia sufrir tanto; así que siempre guardé mi pesar en lo más profundo del alma.

No hubo un día en que no añorara a mi padre. Desearía que nunca nos hubiera dejado.

Después de su fallecimiento, mis abuelos paternos rompieron toda relación con nosotras. Incluso, dijeron que mamá les arrebató a su hijo; para ellos, mamá fue la culpable. Nunca más volví a saber algo de ellos.

"Helena es una niña fuerte, se mantiene muy entera a pesar de que se quedó sin papá. Ahora es una niña huérfana de padre y lo afronta con la

cabeza en alto.”

Aquellas palabras las escuché cuando habían transcurrido solo quince días después de la muerte de papá.

Se quedaron grabadas en mí; así que, cuando quería llorar y decirle a mamá cuánto lo extrañaba, prefería esperar hasta la noche para desahogarme hasta quedarme dormida. Lloraba en la oscuridad de mi habitación, tapándome la cara con la almohada para silenciar mi llanto.

Ante el mundo, pareció que fui la menos afectada por su muerte, a pesar de haber sido la hija más cercana a él.

Cada que mamá o mis hermanas lloraron por su ausencia, yo me las arreglé para consolarlas. Yo mostraba que la vida continuaba, aunque por dentro, guardara toda mi tristeza y pesar. Jamás se reflejaba el dolor en mi rostro.

Me miraba en el espejo, de mi habitación, cuando estaba triste; sonreía una y otra vez (a pesar de las lágrimas que estaban comenzando a escurrir por mis mejillas) hasta que se veía totalmente natural. Salía como si nada me hubiera pasado. Nadie debía darse cuenta que yo también estaba sufriendo.

Con el tiempo, aprendí a enmascarar mis sentimientos y emociones, no quería que nadie descubriera que era sumamente sensible. No deseaba perder el status, de muchacha fuerte, que había construido a lo largo de los años.

Por ello, mamá me consideró la más fuerte entre mis hermanas.

Fue así como me convertí en una chica llena de entereza y difícil de derribar. Nada podía lastimarme nuevamente, ya había perdido a mi padre, así que nada me haría quebrarme otra vez.

Nadie me había visto llorar desde los diez años de edad.

Capítulo 3

Mi hermana mayor, María Magdalena, de 24 años, nació el 22 de noviembre de 1943, y se convirtió en enfermera. Sus hermosos ojos marrones combinaban perfecto con la piel morena clara, ella era muy parecida a papá.

El cabello lacio, que le llegaba al hombro, estaba regularmente peinado en una alta coleta. Amaba usar pantalones cuando no trabajaba, decía que era más cómodo para ella.

Magdalena había sido muy estudiosa y disciplinada, jamás le dio un dolor de cabeza a mamá. Pero desgraciadamente, un día se convirtió en novia de un tipo al que ni mis hermanas ni yo soportamos: Leonardo, todo un pretencioso insufrible.

Desde mi punto de vista, mi hermana estaba al lado del hombre equivocado, ella merecía un amor honesto y respetuoso, y Leonardo era todo lo contrario.

Después seguía Luz Irene, de 23 años, mi segunda hermana. Ella nació el 11 de diciembre de 1944; después de la muerte de mi padre tuvo claro que su misión era salvar vidas. Así que también decidió dedicarse a las ciencias de la salud, ella estaba a punto de finalizar la carrera en medicina.

Irene era la más alta de la familia. Sus ojos oscuros, su cabello suelto acomodado con una diadema y su uniforme blanco la hacían parecer un ángel.

Ella era muy apegada a mi mamá, mantenía siempre las formas.

Uno de los momentos más difíciles que pasó mi hermana fue cuando le rompieron el corazón: el chico que le gustaba se hizo novio de una amiga de ella (aquella muchacha conocía los sentimientos de mi hermana y comenzó a coquetear, con él, frente a Irene); al final, el noviazgo de esa pareja duró solo dos meses, y el muchacho después supo que Irene estaba enamorada de él y la buscó, incluso fue a nuestra casa a llevarle flores. Mi hermana, a pesar de que aún tenía sentimientos románticos, lo ignoró; ella no quería ser un premio de consolación. En cuanto a la chica que era su amiga, Irene se alejó de ella.

Se sintió tan traicionada, que se volvió más cuidadosa con las personas a las que consideraba amigas.

La más pequeña de mis hermanas era Camila Rosalina, de 16 años.

Nació el 25 de febrero de 1952; apenas estudiaba en la escuela preparatoria.

Ella era muy popular y querida por sus compañeros de la escuela. A Rosalina la consideraban bonita por fuera y por dentro.

En casa era sumamente bromista, alegre y a veces, le encantaba molestarme diciendo “¿Dónde está el incendio?” al verme apurada.

El baile era su pasión. Podía pasar horas bailoteando en la sala sin cansarse.

También estaba adoptando algunas ideas un poco hippies, enfocadas en el tema del medio ambiente y la meditación, que a ella le parecían geniales.

Podías verla meditando, en el patio, vestida con un vestido largo colorido y calzando sandalias, hasta encendía incienso.

Cuando hablaba de la contracultura y los derechos de las mujeres, parecía totalmente otra persona. Lo decía con una enorme seriedad.

Bajita, de cabello lacio oscuro hasta los hombros, poseedora de unos ojos soñadores y una dulce sonrisa, Rosalina era considerada una belleza clásica.

Rompía corazones: varios chicos de su escuela estaban profundamente enamorados de ella; la invitaban a salir, enviándole románticas cartas le declaraban su amor, pero ella no estaba interesada en tener un novio.

Ella tenía una idea muy firme: Quería ser bailarina profesional y anhelaba recorrer el mundo entero. No aspiraba a casarse.

— Quiero bailar en los escenarios del mundo entero. Sé que un día voy a desayunar un buen café en Verona. Otro día, caminaré por las calles londinenses llenas de neblina. Ya lo verán. Ríanse, pero un día triunfaré.

Para mamá, yo era la “rebelde” de la familia, aunque realmente, siempre fui una chica muy bien portada, pero cuestionaba cuando no estaba de acuerdo con algo y no tenía miedo a hacerme escuchar, tenía una

habilidad para emitir mi opinión de forma respetuosa.

Tenía once años cuando vi a unas chicas tocando la guitarra y cantando en un parque; fue tal mi impresión que decidí que yo también quería crear música. Mi mamá no estaba de acuerdo, pensaba que era un capricho infantil y descuidaría mis estudios.

— Mamá, por favor, te juro que siempre haré mis tareas y sacaré buenas calificaciones, pero por favor, cómprame una guitarra. Yo nunca me porto mal, por favor. Anda, mamita.

Me había costado convencerla, durante meses, de que me regalara una guitarra para mi cumpleaños doce; al final, viendo que lo decía en serio, accedió. Mis abuelitos la ayudaron a comprarla. Esa guitarra se convirtió en mi objeto máspreciado y la cuidaba con esmero.

Con el tiempo, mamá notó mi disciplina y perseverancia hasta que se convirtieron en talento, así que no era raro que me pidiera que tocara y cantara.

Ya siendo adolescente, me dejó formar una banda de garaje (no teníamos cochera, en realidad) con mis vecinos, quienes tenían más o menos mi edad. Mis hermanas y ella, junto con mis abuelos, fueron los primeros que nos escucharon tocar.

La música se convirtió en una forma de expresar nuestra manera de ver y sentir la vida. Una perspectiva más alejada de los lineamientos morales que estaban establecidos, desde antes de nuestro nacimiento.

Para 1968, yo escuchaba canciones de protesta contra las guerras e invasiones, consideraba que el mundo no era la utopía que nos intentaban vender y que había algo más que esperaba por ser visto.

— Como siempre, las grandes potencias metiendo las narices donde nadie las llama, no aprendieron nada tras dos guerras mundiales — le comentaba a mi madre y hermanas.

Había leído literatura que ponía en tela de juicio los valores y normas, con los cuales había crecido.

La tensión entre las grandes potencias nos mantenía al borde un abismo, acusándose mutuamente de crímenes cometidos en territorios ocupados. La presión que recaía en los jóvenes era demasiado sofocante. Los adultos esperaban que fuéramos como ellos. La juventud quería escapar del control absoluto ejercido tanto por las familias como por el gobierno.

Yo ansiaba sentir la libertad y expresarme a través de la música; también creía en la necesidad de defender los derechos de las mujeres, pensaba que la educación y tecnología deberían ser accesibles para toda la población, y no me preocupaba alzar la ceja al considerar que algo no era justo.

Tampoco pensaba que las decisiones del gobierno fueran las mejores y las más adecuadas.

A pesar de que mi mamá era bastante liberal (a comparación de las madres de la época), algunas de mis ideas las consideraba demasiado escandalosas. Sobre todo, cuando yo le decía que los enamorados podían vivir juntos, sin la necesidad de casarse ante las leyes y la iglesia.

— ¡Lena! ¡Qué cosas dices! ¡Dios bendito!

— ¿Qué tiene, mamá? ¿Por qué las parejas tienen que esperarse, a casarse, para vivir juntos? Además, el amor está en todas partes y no necesitas un papel para demostrarlo.

— Leer sobre hippies y “verano del amor” te volvieron totalmente ingenua.

— No soy ingenua, mamá, simplemente ustedes jamás se han planteado esa posibilidad — rodé los ojos. — Y yo leo de todo.

* * *

A pesar de mis ideas, siempre consideré que uno de los mayores poderes, que podía tener un ser humano, era la educación. Y estaba dispuesta a acceder a ella. Necesitaba aprender y conocer más del mundo, no solamente para mí propio bienestar, también anhelaba compartido con otras personas.

Así que me esforcé en mis estudios, a lo largo de mi vida, para poder ingresar a la universidad.

Mi vida universitaria fue bastante normal:

Salía bastante temprano para llegar a tiempo a clases. Era sumamente extraño que faltara, tenía que estar muy enferma.

Tomaba apuntes lo más rápido posible antes que el profesor borrara el

pizarrón.

A menudo, acudía a la biblioteca para investigar y así elaborar las mejores tareas, pero no me limitaba al aspecto escolar: Yo quería aprender más acerca de otros aspectos que me interesaban como la medicina, la ciencia, el arte y la literatura.

Así que, al finalizar mis clases, me apresuraba a ir a la biblioteca. Sacando mi credencial de estudiante y esbozando una sonrisa, pedía el libro que necesitaba.

En casa preparaba mis exposiciones mientras escuchaba la radio, o a veces, bajaba a poner un lp en el tocadiscos.

A mamá no le escandalizaba el rock, al contrario, le parecía vanguardista y agradable.

Siempre estudiaba dos semanas antes de los exámenes y cada que podía repasaba mis materias.

A lo largo de mi carrera universitaria, hubo un periodo en el que tuve que desvelarme para entregar todo a tiempo; aunque trataba de tener mis trabajos listos con anticipación, para evitar que eso pasara.

En el transcurso de los años, mi mayor batalla fue con la máquina de escribir: Odiaba equivocarme y tener que hacer toda la hoja por un error ortográfico. Detestaba desperdiciar papel y tiempo. Generalmente, me daba cuenta del error hasta que había finalizado la hoja, la frustración se apoderaba de mí y me preguntaba cómo era posible que no me hubiese fijado bien al escribir.

Aunque mis ideas y valores chocaran con las de los adultos, en la escuela tuve que mesurarme. Varias veces tuve que apretar el puño, tragarme el coraje y guardar silencio. No quería perjudicar mi trayectoria académica, además sabía que me encontraba en desventaja.

Aún en los sesentas, no faltaba el profesor que dijera que las mujeres deberíamos de estar en casa cocinando. No obstante, era una idea fuertemente generalizada en nuestra sociedad: Toda mujer debía aspirar a casarse y tener hijos, no necesitaba asistir a la escuela.

Una vez estando en clase, no toleré ese tipo de comentarios por parte de un profesor, quien siempre nos trataba como iletradas e inferiores.

Decía que la sociedad no debería permitir que las muchachas salieran del hogar. Tenían que estar ayudando en las labores y que la incorporación de

los electrodomésticos significaba convertirlas en “flojas”.

Aquella mañana ya no pude contenerme más, así que levanté la mano.

Mantuve una expresión serena y le dije al profesor, el cual era muy malo impartiendo clase, lo siguiente:

— ¡Profesor, no me diga eso! Mi abuelo, quien estuvo en la Revolución y es uno de los hombres más valientes de nuestra patria, dijo que la tropa sabía preparar comida. Ya ve que las mujeres tomaron las armas. Sí usted no sabe calentar una tortilla sin convertirla en carbón, mi abuelo puede enseñarle el método ideal.

El hombre me miró con frialdad.

Guardó silencio, dio media vuelta y continuó escribiendo en el pizarrón.

Pensé que me reprobaría, pero se limitó a ignorarme durante el mes que restaba para finalizar el semestre, ese fue su “castigo”.

Yo no fui la única muchacha (de mi clase) que lo cuestionó: Más estudiantes estaban indignadas, con sus comentarios, haciéndoselo saber. Supimos que otras compañeras, de años anteriores, ya se habían quejado, aunque no habían logrado que cambiara.

Afortunadamente, ya no tuve la desdicha de tener un profesor así. Aunque eso no significó que mi camino fuera un lecho de rosas: Algunos profesores eran normalmente tediosos, aunque siempre ponía atención a todo lo que dijeran. No me distraía, no faltaba y participaba constantemente en las clases.

Otros tenían una enorme pasión por enseñar, compartiendo el conocimiento y experiencia en clase. Creían que éramos capaces de llegar muy lejos. De ellos aprendí tanto y siempre me mantendré agradecida.

Ese segundo semestre, de 1968, tenía a una profesora llamada Verónica, quien era verdaderamente insoportable, además de grosera. Nadie la toleraba ni por tres segundos...

Mis compañeros y yo sabíamos que, si se molestaba, pasaría sus largas uñas por el pizarrón, destemplándonos los dientes hasta sentir que nos sangraban las encías. Parecía que disfrutaba realizar esa acción.

La profesora Verónica expresaba que éramos idiotas si no entendíamos lo que decía, haciéndonos sentir como unos verdaderos inútiles que jamás lograríamos algo sobresaliente. Cada clase con ella significaba escuchar

una monserga en donde nos recalcaba lo incompetentes y perezosos que éramos; diciendo que afuera existían muchos jóvenes que sí querían estudiar, no como nosotros que nada más íbamos a pasar las materias sin saber nada de nada.

No faltó quien la increpara.

Ella se mostró indignadísima, e incluso sacó al compañero del salón:

— Cierra por fuera. No vuelvas más.

Nos quedamos boquiabiertos, un segundo después pasó las uñas por el pizarrón.

Gimoteamos.

Después, rezongamos, bastante molestos, por la injusticia y también por el sonido horripilante.

— Profesora, realmente yo tampoco entendí el tema— dije alzando la mano. Enfatiqué los puntos que no comprendía, ella me dio una mirada sucia, bufó.

— Ni yo — me secundó otro compañero. — ¿Puede explicar nuevamente? Por favor.

En menos de dos minutos, todos estábamos pidiendo que permitiera que el estudiante volviera y ella nos explicara otra vez.

No solamente se negó, en represalia, nos castigó dejándonos un resumen, el cual no calificó.

— Ustedes nada más vienen a pasar las materias. Son unos mozalbetes inservibles. Afuera hay miles de chicos que quisieran estar en esta clase.

— Pues yo no veo a nadie — respondió una compañera, llamada Ana Leticia De la Torre, en aquella ocasión.

Fue imposible contener la risa ante aquel comentario, la profesora enfureció como jamás lo había hecho antes, así que fuimos sancionados nuevamente; a la compañera le fue peor: Aparte del ensayo que todos debíamos hacer, ella tuvo que disculparse (a regañadientes) con la profesora, quien volvió a repetirnos su clásica monserga:

— Ustedes y su “graciosa” compañera solamente vienen a calentar la banca, porque no saben nada. Están destinados al fracaso.

No se trataba de ir a pasar las materias, sino de verdad aprender, pero también se necesitaba que los maestros, como ella, conocieran realmente lo que impartían y no se la pasaran leyendo el tema en lugar de explicarlo, ni diciéndonos tantas palabras hirientes.

En una sociedad en la que los adultos tenían siempre la razón, los estudiantes no teníamos derecho a quejarnos, pues nuestro deber era solamente meter la nariz en los libros y jamás cuestionar nada.

Capítulo 4

Capítulo III.

El 22 de julio de 1968 quedó muy grabado en mi memoria por siempre, pues ese día mi vida dio un vuelco. No volvería a ser la misma persona y vería al mundo con otra perspectiva.

Fue un día extraño, en el que me pasó de todo. No fue un hermoso día, al contrario, fue desastroso en toda la extensión de la palabra.

Me levanté corriendo sumamente apresurada, ya que iba a verme con una amiga para irnos juntas a la escuela. El despertador no sonó a las cinco y media, por puro milagro me desperté diez minutos después.

Aunque me había duchado la noche anterior, no me sentía fresca. Así que fui directamente a encender el calentador, ahí me di cuenta que no había gas, así que me tuve que duchar rápidamente con agua bastante fría.

Cuando terminé de bañarme estaba titiritando, así que me apresuré a secarme. Me puse un pantalón negro, mis zapatos de piso negros y un suéter rosa en cuello v, abajo llevada una playera blanca de manga corta.

Esa mañana, todo comenzó a salirme mal: No podía ponerme mis pulseras, las cuales se me cayeron dos veces al piso. Fui a mi neceser para sacar mis anillos, y no los encontré. Resoplé.

Bajé corriendo la escalera, me apresuré a ir a la cocina a comer al menos una manzana.

— Mamá, buenos días — saludé a mi mamá, que ya se había dado cuenta que no teníamos gas.

— Buen día. Ya no deben tardar los repartidores de gas, así que voy a estar pendiente. — Me miró entrecerrando los ojos y me tocó el cabello. — ¿Te bañaste? Tienes el cabello muy mojado, te vas a enfermar si sales así.

— Lo seco rápido y me voy a la escuela, hoy tengo que exponer...

— ¿Vas a desayunar nada más una manzana? Llévate unas galletas, no es bueno salir a la calle con la panza vacía...— Mamá cruzó los brazos mientras me observaba tropezarme con la silla. — ¡Helena, ten cuidado! ¡Cuidado con la otra silla! ¡Dios mío, dame paciencia con esta niña!

Mamá seguía musitando, mientras yo continuaba con mi frenética carrera

por la cocina.

Puse varias galletas en una servilleta y las metí en el bolsillo del suéter.

Devoré mi manzana y subí a lavarme los dientes. Iba tan apresurada que casi chocó con Rosalina, quien ya estaba lista para desayunar antes de irse a clases.

— ¿Dónde está el incendio? — Me preguntó burlonamente.

No le hice caso. Yo podía argumentar que ella se había bañado en perfume que aunque olía delicioso, no dejaba de ser excesivo.

— ¿Sabes? Un poco más de perfume, y hasta Yugoslavia podrán olerte — le dije alzando la ceja.

— Se va rápido el olor, no tiene mucha fijación — contestó, al tiempo que se acomodaba el cabello.

El aroma intenso hizo que me picara la nariz y estornudé.

Di media vuelta para entrar a mi habitación, tomé mi mochila de la silla. Revisé que mi monedero, la cantimplora y el papel higiénico estuvieran adentro; todo parecía en orden.

Apenas me pude medio secar el cabello. Al peinarme se me enredó el cepillo en el cabello. Me costó zafar el enorme mechón atorado, cepillé mi cabello y lo dejé suelto, ya no tenía tiempo de hacer algo más.

Bajé las escaleras corriendo, crucé por el jardín y salí de la casa a las seis y cuarto.

— ¡Por Dios! ¡Helena no corras, te vas a caer...! — Mamá me acompañó hasta la esquina de la calle.

Volteé sonriéndole, despidiéndome con la mano.

— ¡Helenaaaaaa, no corras! — La voz de mamá resonó en la calle.

Solté una carcajada.

Me mantuve corriendo, así atravesé tres calles lo más rápido posible; en mis pensamientos, yo iba a llegar a tiempo a clases.

Mi corazón latía con fuerza a cada paso, y además sentía calor.

Ya estaba muy cerca de la parada del pesero, casi lograba estar a buen tiempo para llegar a la escuela. De pronto, sentí que algo no me dejaba

avanzar.

Miré, hacia atrás, notando que mi suéter se había atorado con un alambre.

En mi mente apresurada, me pareció buena idea darle un jalón. No iba a perder más tiempo sacando las tijeras de la mochila. ¡Grave error de mi parte!

Intenté una vez, pero el estambre no se rompía.

Me acerqué a desanudarlo, pero estaba muy enredado. Vi mis uñas cortas, ni de broma iba a poder liberarlo. No tuve más opción.

Me mordí el labio, incliné la cabeza y con toda mi fuerza, lo jalé.

Se rompió.

Sonreí, la felicidad me duró menos de un segundo. Después sentí que mi codo golpeaba algo duro.

— ¡Ayyyyy! — Exclamó alguien con dolor.

Perdí el equilibrio. Después caí aparatosamente, en la banqueta, como si fuera una muñeca de trapo.

¡Zas! Se escuchó.

— ¡Auch! ¡Ay, Dios mío! — El quejido era lastimero.

Al voltear, (continuaba tirada en el piso) vi que un chico estaba encorvado con las manos en el pecho.

Eso quería decir que le había dado un fuerte codazo, él al sentir el impacto debió moverse, y por ese motivo caí al piso.

— ¡Lo siento mucho, permíteme ayudarte! — Le dije sumamente apenada.

Quería que la Tierra se abriera y me tragara. Mis mejillas estaban rojas por la vergüenza.

— ¿Sabes qué...? Mejor fíjate por dónde vas. — Estaba bastante disgustado mientras se enderezaba. Se notaba que le dolía terriblemente— Ya déjalo así.

Su voz se escuchaba agitada, como si le costara trabajo respirar.

— Sólo quería reparar mi error... De verdad, lo siento mucho, déjame ver que te encuentras bien, puedo llevarte al médico— mi voz sonaba entrecortada.

Aún estaba en el suelo, así que recogiendo mi dignidad, me levanté; mientras una bola de curiosos se acercó a ver qué pasaba, el chico me dirigió una mirada furibunda. No hay nada más divertido que ver una discusión entre jóvenes (nótese mi ironía).

Intenté ayudarlo, pero él se recompuso, mantuvo una expresión fría y se hizo a un lado. Después se fue caminando como si nada le hubiera ocurrido. Me quedé perpleja viendo cómo se alejaba, no sé qué me daba más coraje: la vergüenza, el golpe o que él pretendiera que nada había ocurrido ¿Cómo podía fingir perfección en un momento así?

Me sacudí el polvo del pantalón, me dolía un poco la cadera y el codo. Definitivamente ese muchacho debió llevarse un buen porrazo. Esperaba que no hubiera salido muy lastimado. “¿Y sí se había roto una costilla por el impacto? No, no podía ser eso posible”, traté de acallar mi mente.

Poco a poco el día iba empeorando. Ansiaba volver a mi casa y escribir en mi diario, pero yo no iba a detenerme por un mal comienzo, no quería hacerlo.

Yo tenía clases y una muy importante exposición, en la cual había trabajado durante días, no iba a rendirme solo por una caída y por arruinarle el día a otra persona (me sentía bastante mal por el golpazo que se llevó el chico, rogaba al cielo que él estuviera bien).

A pesar de tener aún esperanza de que mi día fuera mejor, iba renegando por todo lo que había pasado. Segundos más tarde encontré a mi amiga, Eva María Molino, una bella morena de ojos verdes, ambas nos saludamos con un beso en la mejilla.

— ¡Hola! Lena ¿Qué te pasó?— Respondió mirando su reloj.

— Se atoró mi suéter en un alambrado, le di el tirón y acabé golpeando a un pobre muchacho. Te juro que realmente fue un accidente — contesté disgustadísima, aún sentía la sangre hervir en mis venas, esa poderosa descarga de adrenalina estaba consumiendo mi paciencia.

Eva María puso su mano en mi hombro tratando de sacudirme el suéter. Después miró a lo lejos y dijo:

— Vas a tener que coser el suéter para que no se siga destejiendo.

— Lo sé, cuando vuelva a casa lo haré.

—Ay, amiga... — De pronto sonrió y su rostro se iluminó — ¡Mira, allá está mi primo Gerardo! ¡Ven! Acompáñame rápido, te lo presento, no tardamos ni tres minutos. Además, no viene el pesero aún.

Me agarró del brazo insistiendo, momentos después ya estaba caminando hacia donde se encontraba su primo.

Di media vuelta observando que el día ya estaba clareando bastante, no había nubes en el cielo. Seguí a mi amiga suspirando resignada, sin imaginar lo que iba a pasar instantes más tarde.

Capítulo 5

Capítulo IV.

— ¡Gerardo!

El chico volteó, no me percaté en aquel momento de quién era, ya que me tropecé con el borde de una banqueta levantada. Intenté no perder el equilibrio, pero no lo logré.

Caí por segunda vez, en menos de una hora, estrepitosamente en el piso. Aterricé sobre mis manos. No puedo describir cuánto me asusté y cómo sentí el impacto de mi cuerpo chocando contra el concreto.

Eva se detuvo asustada, oí pasos presurosos que se dirigían hacia nosotras.

— ¡Lena, por Dios! ¿Estás bien? — Eva me tomó del brazo ayudándome a levantar. Mis manos ardían y mis rodillas crujieron cuando me incorporé, incluso veía medio borroso. Estuve a nada de echarme a llorar.

— ¡Dios mío! ¡Qué caída tan fuerte, señorita! ¡¿Está usted bien?! — La voz masculina me pareció levemente conocida. Tomó mi otro brazo, mientras trataba de mantenerme en pie. La rodilla derecha me dolía bastante.

— Auch, me punza la rodilla — dije. Apreté los labios. Mis manos ardían como si me hubiera cortado. Sentí piedritas en las palmas.

— ¡Gerardo, gracias! Mira, ella es mi amiga Helena, de quien te he platicado — contestó Eva sonando preocupada por mí — Lena deberías volver a tu casa, yo le diré a los profesores que tuviste una caída ¿Dónde te duele?

Alcé la cabeza tratando de enfocar, mis ojos estaban lagrimeando, fue ahí cuando observé quién era el chico que estaba sujetando mi brazo, su rostro estaba muy cerca de mi oreja izquierda.

— ¿Te encuentras bien? — el chico, al que le di el codazo, estaba a mi lado. Sí, él era el primo de Eva. ¡Maldición! Mi día no podía ser peor ¿Verdad? ¡¿Verdad?!

Supongo que me puse colorada pues él lo notó, pero mantuvo una seriedad absoluta en todo momento.

— De verdad, lamento que te hayas caído otra vez ¿Te duele mucho? ¿Crees poder caminar? ¿Quieres ir a que te revise un médico?

— Sí...Creo que estoy bien — no estaba muy segura de ello; él tomó mi brazo con cuidado y revisó mis palmas. — ¿Estás bien? De verdad, lo siento muchísimo... Discúlpame.

— Sí, no te preocupes... Tus manos están muy lastimadas y tu rodilla se ve mal. — Su mirada era profunda, mi rostro estaba ensombrecido por el dolor así que él me dio una sonrisa tímida.

— Pienso que lo mejor será que vuelvas a tu casa, Lena, podrías lesionarte más al subir al pesero, y las escaleras de la facultad pueden perjudicarte. — Eva me estaba sacudiendo la ropa y acomodando el cabello.

— Tengo que exponer — dije mirándola fijamente con mis ojos llorosos, cuando moví mi pierna, sentí que estaba roto y mojado mi pantalón a la altura de la rodilla. Me llevé la mano, supe que era sangre, la rodilla estaba muy raspada.

— Adelántate, Eva, no llegarás a tiempo, yo puedo acompañar a tu amiga hasta su casa... La caída fue tremenda, puede infectarse la herida. — Miró mi pierna, por su expresión entendí que estaba preocupado por mí.

— Sí, Lena, en tu casa deberías ponerte merthio...

— ¡Ni loca permitiré que me pongan esa cosa del demonio!! — Protesté inmediatamente. Saqué mi cantimplora y papel higiénico de la mochila. Traté de medio limpiarme las heridas. Me ardió horriblemente el contacto.

Eran casi las siete de la mañana, teníamos que estar en la escuela a las ocho, máximo ocho y cuarto. No creía llegar a tiempo, de hecho, no iba a llegar a tiempo.

— Iré a la facultad, en la enfermería pediré que me hagan alguna curación — insistí.

Eva me miró con desaprobación, aunque sabía que no me haría cambiar de opinión: yo era sumamente responsable y comprometida con mis estudios.

Gerardo entendió que yo no iba a ceder, así que decidió irse a clases.

— Eva, vayan con cuidado, por favor — le dijo a su prima, después volteó para dirigirse a mí — Helena, espero que mejores, ¿Sí? Cuídate.

Gerardo, a pesar de la sonrisa amable, no perdía la compostura. Sus ojos mostraban preocupación.

Intenté sonreír, me despedí pidiéndole que sí se sentía mal por el golpe me avisara con Eva, yo me haría responsable.

— No te preocupes por mí, estaré bien. Ahora toda tu atención debe estar en cuidarte y evitar que esa herida se infecte.

Mientras Gerardo estaba caminando para tomar el pesero, los primeros rayos de Sol aparecieron sobre el cielo. Su silueta vestida de negro, con la mochila colgada de un hombro, se quedó fija en mi memoria. Él parecía perfecto incluso al caminar o quizá el golpe afectó mi percepción de la realidad.

Realmente, no podía creer todo lo que había pasado desde que me levanté hasta el crepúsculo.

Eva me ayudó a caminar e insistió en cargar mi mochila, obviamente no permití que ella la llevara.

Sacudí mis manos tratando de entrar en calor, tenía demasiado frío. Por un segundo pensé que debía volver a casa y pedirles a mis hermanas que me hicieran curación.

El pesero tardó en pasar casi cinco minutos e iba llenísimo.

Nos tocó paradas, para evitar que se infectaran mis manos por el roce de mi piel con el pasamanos, desde antes de subir me puse papel higiénico enrollado para protegerlas.

Mi pierna dolía considerablemente, me arrepentí de haber ido. Cada que alguien me empujaba para bajarse yo quería gritarle que tuviera cuidado. Apreté los dientes para no llorar.

El chófer conducía muy rápido, sentí que iba a estrellarse en cualquier momento. Obviamente, aquel ajeteo me perjudicó más.

Al llegar a la escuela, me encolerizó que una bola de chismosos estuvieran en los pasillos ocupando todo el espacio, sin dejarnos pasar.

Ya casi eran las ocho y todavía tuvimos que abrírnos paso a la brava, ya que algunos no se quitaron al decirles educadamente “permiso, por favor”.

Al llegar al salón a las ocho y cinco, me enteré que el profesor no iba a

llegar.

“¡Maravilloso! Debí quedarme en cama durmiendo calientita” pensé, traté de que el enojo no se reflejara en mi rostro.

Con sumo esfuerzo y ayudándome a caminar, Eva me acompañó hasta la enfermería para que me brindaran atención médica.

Cuando vi el resultado de las dos caídas, lamenté haberme hecho la valiente:

Tenía raspaduras, moretones, un tobillo lastimado y rasguños en ambas rodillas. Las manos, sobre todo el dedo anular derecho, me punzaban.

Eva me esperaba afuera.

Cada que la enfermera limpiaba y curaba las heridas, yo sentía cómo sí me arrancaran la piel. Me sentí sumamente irresponsable por no haber sido precavida.

El doctor acomodó bien la venda en el tobillo.

— Ay, jovencita... Tuviste suerte de no fracturarte un hueso.

La enfermera me puso varias banditas en las rodillas y las manos.

Un estudiante, que estaba realizando su servicio social en la enfermería, me dio un vaso de agua y una pastilla analgésica.

— Hubieras vuelto a tu casa. Mira nada más cómo quedaste. Mañana no creo que puedas ni levantarte, así que no pondrás un pie en la escuela — movió la cabeza con desaprobación el médico. — Te voy a dar un justificante.

— Gracias, doctor.

— Y te vas a tomar este medicamento cada ocho horas, durante tres días.

— Anotó en la receta.

Mantuve la cabeza agachada, me sentía débil y torpe.

Me había ido muy mal al amanecer y ahora no tenía clase. Deseaba irme ya a mi casa.

Cuando volví al salón, con demasiado cuidado me senté. El dolor de rodilla se intensificó. Era como si me hubieran dado, nuevamente, un gran golpe sobre la zona. Puse un gesto de sufrimiento. En ese momento ya no me

importó mi expresión.

— Lenita, mira nada más cómo quedaste ¿Te duele mucho, verdad? — Mi mejor amiga María de la Soledad Robles, Sole, habló. Se levantó dándome su suéter azul para taparme las piernas. — El calor te hará sentir un poco mejor. Dime si necesitas algo. Lo que sea.

Sole después volvió a su asiento, sacó un libro de su mochila.

— Gracias, Sole. — Moví mal la mano, no tengo palabras para describir lo que sentí.

— Ten cuidado, Lena, no te hagas más daño. ¿Quieres que te traigamos algo de la cafetería? — Preguntó Sole.

— Tengo galletas en la bolsa de mi suéter, en casa desayuné una manzana — respondí en voz baja.

— Voy a comprarte un té. No puedes estar comiendo solo una manzana, señorita. Te vas a desmayar — Sole me reprendió.

Martha Rosalía Fonseca, Lía, otra de mis amigas, se puso en pie. Ella era una chica morena, alta y gran amante de la moda a gogo. Sus largas botas negras hacían juego con el vestido gris que estaba usando esa mañana. Tenía el largo cabello negro peinado en una trenza.

— No te preocupes, Sole; Eva y yo iremos a la cafetería ¿Te traemos algo?

— Nada más dos té de manzanilla, por favor. Sin azúcar.

Sole era una chica que medía 1.56, de piel morena clara; el cabello lacio le llegaba hasta los hombros.

Sus facciones eran finas, en general, aunque tenía unas mejillas sonrosadas que la hacían lucir más joven de lo que era; el castaño oscuro de su cabello contrastaba con la ropa, en tonos claros, que usaba. Sole, generalmente, utilizaba vestidos debajo de la rodilla con zapatos de tacón cuadrado bajo. Acompañaba sus atuendos con unos collares imitación perla. Sus broqueles plateados lucían perfectos, el cabello lo llevaba peinado de lado; Sole tenía un lunar sobre la mejilla derecha muy cerca del ojo.

Sole jaló su butaca cerca de la mía para ayudarme en caso que lo necesitara, ella era una buena amiga. No solo era estudiosa e inteligente, su calidez solía ser el su principal virtud.

— Lena, no puedo creer que justo, al primo de Eva, le hayas dado un fregadazo. — Puso sus manos bajo el mentón con una expresión curiosa.

— Este día es un desastre y ni las diez de la mañana son aún... Me levanté con el santo al revés...— Cerré mis ojos tratando de soportar el dolor.

— ¿Quieres que saque tus galletas? No te preocupes, yo te las doy. — Preguntó.

Asentí.

Después de un rato, las chicas volvieron.

— Con cuidado, Lena ¿Quieres más galletitas? — Sole me estaba ayudando a beber mi té. Yo me sentía totalmente una inútil en aquel momento. Ni siquiera podría escribir durante el resto de las clases.

Eva comenzó a hablar de su primo.

— Pues no dejó que lo ayudara. No fue mi intención pegarle. — Respondí, lo último que deseaba era que ella lo mencionara; yo estaba consciente de lo que había hecho y mantenía la preocupación por él.

— Lena, él serio y cuidadoso con todo lo que hace, quizá pensó que no era para tanto — agregó Lía.

— Además, va a ser un gran ingeniero, es muy estudioso. Quizá puedas llevarle serenata, como un presente, por golpearlo. —comentó, con la típica entonación de parientes, Eva.

— Eva, ¡Por Dios! — respondí incomoda.

— Claro, ahorita lo que más le importa, a Lena, es hablar de chicos ¡Cuánto sentido común tienes, Eva! — Sole movió la cabeza y alzó la vista.

— Ay, era chascarillo, ja, ja, ja. — Eva se rió bastante alto. — No te enojas, Helena.

No le hice caso.

Despacio saqué un libro de medicina que Irene me había prestado. Sentía que, sí comprendía lo que estaba pasando con mi cuerpo, me dolería menos.

Me sorprendía la capacidad de mis hermanas para poder retener tanta información sobre el cuerpo humano. Mi sueño también había sido ser

médico, pero mi amor por la música y la administración fueron más fuertes, además mi pulso de marquera no me ayudaba en nada.

Capítulo 6

Capítulo V.

El resto del día pasó con demasiada lentitud.

Ir al sanitario se convirtió en un verdadero martirio, y fue peor en el momento en que tuve que lavarme las manos. Apreté la mandíbula y cerré los ojos al sentir el chorro del agua sobre la piel. El ardor fue brutal.

Sentí ganas de llorar, así que me miré en el espejo: Mi rostro se veía tan desmejorado.

Intenté que mi expresión cambiara, pero fue imposible.

No podía fingir una sonrisa por más que intentara. El sufrimiento estaba reflejado en mi cara.

Realmente me sentía muy mal y solo deseaba marcharme a mi casa. Pensé, en aquel momento, en el que tuve suerte de no haberme golpeado la cara contra la banqueta.

Sole se mantuvo muy pendiente de mí todo el día, afortunadamente no tuvimos las dos últimas horas de clase, así que salí antes.

Ella se empeñó en acompañarme hasta la parada del autobús, pidió permiso al chófer para ayudarme a subir.

Antes de bajarse, me hizo prometerle que le llamaría cuando estuviera en mi casa.

— Ya sabes, mañana no vienes, y sí te veo aquí, yo misma te llevo a tu casa.

— Gracias, Sole, te llamo en un rato. Cuídate.

— Tú también, querida, cuídate y descansa.

* * *

El trayecto, de vuelta a mi hogar, me pareció eterno.

Hacía tanto calor adentro y cada movimiento del autobús era sumamente tortuoso para mí.

Me estaba sofocando y sentía náuseas, ni siquiera podía abrir la

ventanilla.

Al momento de bajarme, sentí que me caería nuevamente.

Estaba tan mareada, incluso vi una especie de ondas en el asfalto y por un minuto pensé que todo era un sueño.

Las tres calles que me faltaban para llegar las recorrí fui cojeando. Incluso se me salió el zapato, me aguanté las ganas de llorar y gritar.

— ¡Maldita sea! — Susurré.

Estaba harta de ese día.

Para algunos caerse dos veces en un día puede sonar chistoso y para otros ponerse a llorar (por algo tan insignificante como no poder exponer) es una reverenda idiotez, pero yo estaba avergonzada, frustrada y enojada. Tanto esfuerzo para preparar una excelente exposición: los días de investigación, las horas en la biblioteca buscando la mejor información para que, al final, el profesor no acudiera.

Definitivamente no iría a clases un par de días, necesitaba quedarme en casa y reposar.

Entré con lágrimas en los ojos a mi casa, mis perritas se acercaron a mí con cuidado. Ladraban al verme. Lloré, llena de impotencia, al no poder agacharme a acariciarlas.

Hice un último esfuerzo para llamar a Sole. Ella suspiró aliviada al escuchar que ya estaba en casa. Me dio miles de recomendaciones y pidió que la mantuviera informada de mi estado.

Colgué el teléfono.

Me dirigí hacia la escalera.

Tardé más de diez minutos en llegar a la planta alta.

Casi arrastrando los pies, caminé hasta mi habitación para dejar la mochila y tomar una toalla. Sabía que el agua estaría fría, pero yo necesitaba urgentemente bañarme, desahogarme y quitarme el olor a sangre.

Me costó trabajo despegar las banditas de las manos. Las lágrimas caían sin parar. Mi nariz estaba congestionada.

El tormento que viví en la regadera era insoportable. El agua y jabón se

convirtieron en enemigos míos aquella tarde soleada.

Lloré un buen rato mientras secaba mi cuerpo. Vestirme con el pijama fue peor, el roce de la tela del algodón contra la piel herida era punzante.

Salí del baño con cuidado, lo más despacio posible. Estaba recargándome en la pared, sollozaba arrepentida por haberme levantado esa mañana.

Justo en ese momento, llegó Rosalina de la escuela. No tuve tiempo de volver al baño para mojarme la cara (no quería que me viera así), tampoco iba a poder llegar a mi habitación antes que ella subiera la escalera.

Rosalina estaba muy sonriente tatareando una canción. Movía la cabeza rítmicamente y chasqueaba los dedos.

De pronto, abrió los ojos desmesuradamente tirando la mochila al piso. Se llevó las manos a la boca al verme.

— ¿Qué Diablos te pasó? ¿Por qué caminas así? ¡¿Estás llorando?! ¿Qué te hicieron, hermanita?

* * *

Cuando mamá me vio después de llegar de su trabajo, pegó el grito en el cielo.

— ¡Rosalina, trae el merthio....!

— ¡No, mamá! ¡Por favor, no! — Grité aterrada, suplicando. — Ya me curaron en la escuela y ya me bañé. Tomé medicamento. Ya no me pongas eso... Te lo ruego.

— Te dije que no corrieras, mira nada más cómo quedaste, parece que te atropelló una bici. — Me tomó el brazo con cuidado, pude ver en su rostro la preocupación.

Suspiró.

Tomó el cepillo y comenzó a peinarme. Me hizo una trenza.

Acomodó la almohada y la colcha, quería que estuviera cómoda. Abrió un poco la ventana para que entrara el aire fresco.

Al llegar la noche, Rosalina llenó la jarra con agua colocándola sobre el buró; después me llevó la cena (la cual consistía en gelatina y un

sándwich). Yo no podía ni agarrar la cuchara.

— A ver... Abre la boca, aquí va el avión... — Rosalina hacía grandes esfuerzos para no echarse a reír. — Abre grande la boca... A ver...

Una hora después, Magdalena me revisó e hizo una nueva curación. Me miró con pena, aún traía su uniforme de enfermera.

— Gracias a Dios, no te fracturaras un hueso o te luxaste el tobillo. Vas a tener que descansar...— Me puso gasas en las rodillas con delicadeza — Lena, ten cuidado. Debió dolerte bastante cuando te bañaste.

Asentí con la cabeza mientras bebía agua, tratando de tomarme la pastilla.

Solo deseaba que ese horroroso día concluyera.

Maggie me acomodó la almohada y me arropó, el calor del edredón me hizo sentir reconfortada y no sé en qué momento me quedé dormida profundamente.

Capítulo 7

Capítulo VI.

— Ayer, unos chicos tuvieron un pleito a golpes, la policía se involucró y empeoró todo.

Fue lo primero que escuché al despertar. Mamá e Irene estaban hablando en el pasillo.

Miré el reloj, marcaba las siete de la noche. Espera, ¡¿Qué?! Había dormido casi todo el día, en un sueño profundo, aunque de repente me dolía la rodilla al moverme.

La hora azul ya estaba comenzando, incluso dudé que fuera ya casi de noche.

— ¡Qué barbaridad! — contestó mi mamá — Pero ¿Por qué pasó?

— No sé, mamá, fue lo único que escuché de camino a casa.

— No creo que sean las formas, agarrar a golpes a jóvenes ¡Qué barbaridad! — Mamá siempre se había mostrado en contra de la violencia. Se podría decir que era una pacifista consumada.

— A ver qué pasa, mami.

Empujé la colcha y el edredón a un lado, bostezando. Moví mis rodillas, era mucho más leve el dolor, aunque sabía que me costaría trabajo caminar.

Necesitaba ir al baño, así que con cuidado me puse de pie, mamá traía una charola con comida.

— ¿Cómo te sientes? — Preguntó.

— Mejor, mamita, gracias.

— Rosalina dijo que Sole llamó para saber cómo sigues, también Lía y Eva, esta última le mencionó algo extraño.

— ¿Extraño? — No sabía a qué se refería mi mamá.

— Que no te preocuparas porque no has roto ninguna costilla...

— Gracias a Dios — mamá me miraba intentando adivinar qué significaban aquellas palabras.

Obviamente no le conté a mi madre que, en mi loca carrera, había lastimado al primo de Eva, seguro me regañaría y ya había tenido suficiente castigo con las dos caídas.

Tras volver del baño, me dispuse a comer un poco de sopa y gelatina. Bebí agua, tenía tantísima sed, mis labios estaban resecos.

Por primera vez, me sentí aliviada de no ir a la escuela. Estaba cansada y somnolienta.

Observé mi escritorio, ahí estaban mis cuadernos y libros apilados, aún estaba molesta por no haber podido exponer. Sin embargo, estaba decidida a mejorar lo que diría.

Un rasgo, muy negativo, de mí era mi perfeccionismo, que me había traído demasiados dolores de cabeza cuando las cosas no salían como esperaba.

Más noche, mientras estaba acostada en la cama leyendo un libro (me dolían menos las manos), Magdalena entró en mi habitación, con su botiquín en mano y dirigiéndose al borde de mi cama, expresó con voz preocupada:

— Helena, siempre he admirado tu inteligencia y determinación... Me gustaría ser tan fuerte como tú.

— Soy tan “inteligente” que me caí dos veces, en menos de una hora. — Rodé los ojos. Seguía sintiéndome estúpida por toda la cadena de errores que había cometido.

— Lena, todos tenemos malos días... Yo...— Magdalena mordió sus labios callando sus palabras.

— ¿Te ha pasado algo? — Dejé el libro en la cama. —Puedes hablar conmigo.

Suspiró, limpió con cuidado mis raspones, su rostro se notaba cansado.

— No — supe que estaba mintiendo — ¿Sabes? Ayer hubo una pelea en la que intervino la policía de forma sumamente violenta, Varios estudiantes fueron brutalmente golpeados. Seguro habrá quien alce la voz... Helena, sé que el mundo en el que vivimos es una consecuencia de las decisiones que tomaron quienes estuvieron antes que nosotros. Sé que eres una

chica que odia la injusticia y dice abiertamente lo que piensa, pero ten cuidado.

— No entiendo lo que me has dicho — hice una mueca de dolor cuando terminó de limpiarme.

— Helena, sé que eres muy persistente, prueba de ello son tus heridas en manos y rodillas, pero debes saber cuándo parar. Te lesionaste y aún así, te importó más una exposición que tu propia seguridad física. Tú eres sumamente brillante y no tienes que demostrarle a ningún profesor lo que eres capaz de lograr. Estamos viviendo tiempos convulsos, de una u otra forma, nos han afectado, y así continuarán...Te digo esto, porque algún día habrás de enamorarte y no deseo que salgas lastimada o llegues a hacer cosas que no desees solo por complacer a tu amado. Solo por demostrarle que lo amas...

Ambas nos miramos a los ojos. Las luces de mis lámparas iluminaban tenuemente el rostro afligido de Maggie, además tenía una mirada tan triste. Algo obviamente grave le estaba pasando, la abracé tratando infundirle mi cariño y mi apoyo. Magdalena y yo teníamos nuestras diferencias, pero jamás quise verla mal.

— ¿Sabes por qué pelearon los chicos y los golpearon los policías?

Magdalena negó con la cabeza, suspiró mirando al piso.

— Magdalena, te quiero mucho. Siempre estaré aquí para ti.

— Y yo para ti — mi hermana tomó mi mano y bostezó — Lena, voy a dormir ¿Sí? Estoy muy cansada. No tuve ni un segundo de descanso en el hospital. Te dejaré mi botiquín para que mañana te hagas curación antes de irte a la Facultad... Lo siento, ¿Planeas asistir?

— No lo sé, Maggie, depende de sí mañana puedo caminar bien. Gracias por curarme. Eres una grandiosa enfermera.

— Ojalá otras personas... Olvídalo — en ese momento supe que mi hermana estaba sintiéndose insegura con su profesión. — Buenas noches, Helenita.

Maggie me dio un beso en el cabello.

Irene entró justo cuando Maggie estaba saliendo, ambas cruzaron miradas, mostraron preocupación en sus rostros. Podía notar lo cansadas que estaban, definitivamente estudiar ciencias de la salud era muy complejo y demandante.

— Venía a curar a Lena, Maggie, pero te adelantaste.

— Sí, ya va cicatrizando bien, aunque tiene un poco inflamado, ¿Mañana tendrás guardia, Irene?

— Sí, Maggie. Ve a descansar, hermanita, debes estar sumamente exhausta.

Se dieron un abrazo cálido.

Cuando Maggie se fue cerrando la puerta tras de sí, me mordí el labio, pero la curiosidad me estaba cosquilleando.

— Vas a decirme lo que pasa ¿Verdad, Irene? — cuestioné cruzando los brazos sobre el pecho.

Ella me miro y suspiró.

— Lena, los granaderos ayer agredieron a estudiantes... Hubo un pleito estudiantil. Todo se salió de control cuando los granaderos decidieron involucrarse, fue sumamente violento, les dieron una paliza brutal a los chicos. Recordar lo que algunos compañeros de la guardia me contaron, hace que la piel se me ponga de gallina. Fue espantoso. No quiero imaginar que hayan detenido a alguien.

— Esto no va a quedarse así ¿Verdad? ¿Habrás represalias? — pregunté temerosa.

— Esperemos que no.

Mi hermana respondió no muy segura de sus palabras.

En el primer semestre de 1968 se habían suscitado protestas, invasiones a países, guerra, tensión... Había sido caótico, complejo y había cambiado nuestra forma de ver al mundo. Pero parecía que todo quedaba eclipsado por la proximidad de la Olimpiada.

La lujosa villa olímpica albergaría a los mejores atletas del orbe. Mientras niños mexicanos deambulaban, por las calles polvorientas, pidiendo un pedazo de pan.

México quería aparentar que era una gran potencia en América, y era un país perfecto. Puras cosas falsas.

Una imagen falaz de un país.

¿No era divertido cerrar los ojos ante la realidad y fingir que nada pasaba?

Capítulo 8

Capítulo VII.

La mañana del miércoles me levanté, a las cinco y media, creyendo que podría ir a la escuela.

Apenas me puse en pie y supe que estaba rotundamente equivocada: cada que apoyaba la rodilla sentía molestia.

Iba saliendo de mi habitación cuando mamá cruzó conmigo. Me dirigió una mirada somnolienta:

— Mi'ja, sé que eres una excelente estudiante, pero no puedes ni caminar, no llegarás ni a la parada. Márcale a Sole para avisarle que no vas a ir a clases.

— Mamá, este año no he faltado a clases más que ayer, me voy a atrasar... — Intenté excusarme, aunque secretamente deseaba quedarme en cama calientita y durmiendo un buen rato.

— Huy, sí, vas a perder el año y el título por dos días que faltas... Hasta el doctor te dio un justificante por sí no podías ir en la semana. No puedes caminar y te quedas en casa, no aceptaré excusas, ni berrinches — mamá se mostró sumamente firme.

Hice un mohín, bufé.

—No pongas esas caras. Vete a acostar, yo le marcaré a Sole, porque tú eres capaz de aprovechar e irte caminando cojeando y sosteniéndote de un palo. Niña rebelde.

Arrastrando las pantuflas volví a mi habitación, ya adentró sonreí ¡Ah! Necesitaba despejar mi mente en la comodidad de mi cama. Apenas me recosté y caí en un sueño profundo.

A las seis y cuarenta de la mañana, Rosalina tocó mi puerta, después abrió, ella ya estaba lista para irse a la escuela.

— Lena ¿No vas a ir a la facultad?

— No — respondí adormilada — Mamá me prohibió ir.

— Ja, ja, ja — mi hermana soltó unas carcajadas sonoras — Nunca pensé verte a esta hora acostada y flojeando, pero de verdad, mamá hace bien.

Te caíste muy fuerte.

— Ten cuidado en la escuela — contesté dormitando.

— Sí, hermanita. Te dejo unos libros de misterio en tu escritorio ¡Te veo al ratito!

Rosalina se acercó, acomodó mi cabello y dio un beso en mi frente.

— Ten un gran día, Rosalina — le acaricié el rostro.

Mamá comenzó a gritar diciéndole a mi hermana que ya estaba el coche listo para llevarla a la preparatoria.

— ¿Dónde está el incendio, mamá? ¿Cuál es la prisa? Es el alba apenas — contestó cínicamente Rosalina mientras salía de mi habitación.

— ¡Helena! Ya le avisé a Soledad que no irás a la escuela, así que llevo a tu hermana y regreso por mis cosas para irme a trabajar.

Mamá tenía que ir a trabajar muy cerca del centro de la Ciudad de México.

Nosotras vivíamos en la zona norte de la ciudad, por ende, a mamá le quedaba algo retirado su trabajo; por ello, salía con bastante anticipación. El tráfico era terrible, los días más caóticos eran los lluviosos, pues los encharcamientos eran los responsables del tránsito lento.

Nuestra colonia comenzó a urbanizarse a principios de los años 60:

En 1968 ya contaba con algunas tiendas, recauderías, la lavandería, papelerías, la cafetería de mamá, un mercado, puestitos callejeros de garnachas y tacos.

En cuanto a escuelas, nada más tenía un jardín de niños, la primaria y secundaria. Ahí habíamos acudido, mis hermanas y yo, a estudiar.

La leyenda urbana contaba que nuestras escuelas también habían sido construidas sobre panteones... Mi abuelo decía que eran puras mentiras, pues en esos terrenos solamente existieron magueyes, nopales y maizales, junto con chayoteras.

La colonia estaba localizada en una zona bastante arbolada; en los límites se estaba iniciando la construcción de una unidad habitacional. Ahí todo era terracería. No había electricidad, banquetas y mucho menos, asfalto. Cuando llovía, aquello se convertía en un verdadero lodazal. Nadie quería

ir por ahí, además era una parte muy solitaria.

* * *

Sí había algo que me gustaba de aquella colonia era la vista al imponente cerro, desde la habitación de mamá se podía observar en todo su esplendor. Los anocheceres y atardeceres eran espectaculares.

Cuando era pequeña, me daba miedo mirar por la ventana, pues otros niños decían que habían visto enormes bolas de fuego cruzarlo, algunos juraban que marcianos aterrizaban sobre el cerro.

Conforme fui creciendo, me di cuenta que eran puras supercherías.

En colonias populares como en la mía, la mayoría de la gente había construido, con mucho esfuerzo, su hogar. Pero más allá de los límites de la colonia vecina, existían dos zonas muy exclusivas, en las que vivía la gente poseedora de una pujante economía.

* * *

Mi casa, de dos plantas, se reconocía por un portón negro y sus bardas enormes. Mis abuelos maternos vivían al lado de nuestra casa.

Ellos habían plantado varias bugambilias, pues creían que algún ladrón se podía meter a la casa; lo cual yo, en lo personal, siempre puse en duda. Nadie podría escalar semejante muro, menos con las filosas espinas de sus bugambilias.

Al cruzar el portón de nuestra casa, teníamos un jardín mediano, en donde mis padres plantaron algunos árboles frutales y oyameles.

Mamá también quiso tener bugambilias, así que las plantaron en medio de los árboles. Mi padre había construido un pasillo adoquinado, el cual techó hasta la entrada de la casa; a los lados del pasillo habían sembrado muchos rosales, geranios y otras flores muy coloridas, Rosalina se encargaba de cuidarlos.

Al llegar al finar del pasillo, se subían tres escalones para quedar en frente de la puerta de entrada, que era de madera.

Al abrir la puerta, se encontraba la estancia: había un sillón junto con una mesita en la que colocaron el teléfono, detrás de ellos, se divisaba la escalera con su barandal de madera.

A mano izquierda se entraba hacia la sala; mi mamá colocó tres sillones color azul marino: el grande era el más estorboso y en el que casi siempre se acostaba Rosalina, a los lados del sillón estaban dos mesitas de madera

con sus respectivas lámparas doradas. El sillón mediano lo pusieron junto al ventanal, ahí se veía el jardín, y el sillón chico estaba a la entrada de la sala.

Los sillones tenían sus immaculados cojines blancos. En medio de la sala pusieron una mesa de vidrio con un enorme florero (siempre tenía flores frescas del jardín) así como portarretratos con nuestras mejores fotos. Frente a la mesita estaba el librero con algunos libros y figuras de porcelana, a un lado la televisión y del otro, el tocadiscos.

Del techo blanco pendía un candelabro con cristales. Al salir de ahí, cruzando la estancia, se accedía al comedor de madera con ocho sillas; nuevamente, pusieron una gran ventana que daba al jardín. Las cortinas (otra vez en color azul marino, con otra tela blanca muy delgada) le daban una agradable imagen. Mamá había comprado una linda vitrina, acomodó copas, vasos, platos de cristal y tazas. Cabe resaltar que jamás se utilizaban.

En la pared colgaron un hermoso cuadro de un paisaje otoñal.

La cocina estaba a un lado del comedor, con su impecable mosaico de color blanco en el piso y azulejo rosa en la pared. La cocineta integral (también en color azul marino), junto con el estorboso refrigerador blanco, le daba un aire de modernidad a aquella casa tan sobria. Teníamos una mesita para picar y sentarnos a desayunar.

Al subir la escalera, la foto de la boda de mis padres daba la bienvenida, junto con más cuadros de nosotras a lo largo de la vida. Del lado izquierdo del pasillo, con dos plantas de interior, estaban tres puertas: la primera con muchos papeles pegados era la habitación de Maggie, la puerta siguiente pintada en color rosa era el cuarto de Irene, la última era de mamá.

Del lado derecho, mi habitación tenía una puerta negra (me empeñé mucho en pintarla de ese color, aunque mis padres no querían), luego seguía la recámara de Rosalina, y al final, se encontraba nuestro baño.

Olvidaba mencionar que bajo la escalera, había un medio baño. También teníamos una habitación, en la planta baja, sin puerta: Era la sala de estar, aunque en general era un cuarto donde hacíamos tareas, tejíamos, o lo que fuera necesario. Tenía una mesita, dos sillas, un restirador y un enorme librero. Para mí, era el cuarto de cachivaches.

Dos perritas integraban también nuestra familia: Una llamada "*Chocolate*" y la otra "*Galleta*".

Capítulo 9

Capítulo VIII.

Todo el día estuve repasando para mi exposición.

Cuando estudiaba, me aislaba del mundo, me concentraba en lo que estaba haciendo.

A la hora de la cena fue cuando me enteré de lo que estaba pasando afuera.

El café caliente y los deliciosos molletes esperaban para ser devorados.

Apenas estaba poniéndole pico de gallo a mi mollete, cuando Rosalina habló.

— Mamá, tengo que decirte algo: Mi amiga Alicia me llamó en la tarde, contó que la policía entró y agredió a los alumnos de dos escuelas. Estaban muchos estudiantes y profesores allí. Los golpearon horrible, se llevaron a varios detenidos....Y hay muchísimos heridos. Alicia se enteró porque uno de sus primos va a una de esas escuelas.

— Pero ¿Qué diablos? — Contestó mi mamá atragantándose con el café — ¿Por qué?

Rosalina alzó los hombros, negando con la cabeza conocer el motivo. Dejó el mollete sobre el plato. Mamá aún estaba tosiendo.

— ¿La policía ingresó a los planteles, a golpear estudiantes, solo porque les dio la gana? — Pregunté, el terror se apoderó de mí.

En el comedor se hizo el silencio, todas las miradas estaban fijas en la cena.

— Sí, Lena, eso están haciendo la policía y los granaderos — Magdalena parecía más sombría, hablaba en voz más baja de lo normal.

— Parece que golpear estudiantes se está volviendo un “deporte olímpico” para esos trogloditas. Van dos veces en menos de una semana — Rosalina apretó el puño enfurecida.

— Helena y Rosalina: Cualquier cosa extraña, por favor, vuelvan a casa, nada de que se quedan a protestar — mamá me miró. — Sobre todo tú, Lena, eres capaz de quedarte a presentar un examen aunque un

meteorito amenace con destruir la Tierra.

— ¡Pffff, ja, ja, ja, ja! — Magdalena comenzó a reír estrepitosamente junto con Rosalina. Mamá se mantenía seria.

— Siento ser la única responsable en esta casa — dije solemnemente, aunque también estaba por desternillarme de la risa. Me mordí los labios aparentando indignación.

— Sea como sea, no quiero que corran peligros, sí algo les pasara, jamás me lo podría perdonar — las risas se detuvieron cuando vimos a mamá afligida.

El ambiente se volvió denso nuevamente.

— No te preocupes, mamita — me levanté y la abracé. — Todo estará bien, lo prometo.

— Por favor, Lena, sé que no eres de las personas que se sientan y solo guardan silencio mientras el opresor lastima, pero ten cuidado.

Mi atención se fijó en Magdalena, no quería sonar fatalista, ni pensar mal, pero algo le estaba ocurriendo a mi hermana.

Ella no se percató que la observaba con detenimiento, pues mantenía la vista fija en su taza de café. No sabía si su pijama se había hecho más grande con las lavadas o ella estaba perdiendo peso.

— Maggie, ¿Quieres cenar una concha de vainilla? Hay mermelada de fresa que tanto te gusta — le dediqué una sonrisa cálida, levanté el hombro y le guiñé el ojo — Hay que consentir a nuestra talentosa enfermera que me ha curado mis heridas, con tanta dedicación y cuidado.

Volteé hacía donde Rosalina estaba sentada.

— Muñeca (ese era el apodo de mi hermana menor), ¿Puedes ir por el pan dulce? Por favor. Está en la mesita.

Magdalena asintió con la cabeza, sabía que estaba haciendo grandes esfuerzos para no echarse a llorar. Rosalina volvió con el pan, la abrazó por la espalda y le dio un beso en la mejilla.

— Aquí tienes, angelita enfermera.

Rosalina volvió a su lugar bailoteando y Maggie apretó los labios, cerró los ojos un momento y cuando nuevamente los abrió, noté melancolía y

sufrimiento en ellos.

Me pregunté si mamá ya se había dado cuenta de que mi hermana estaba extraña o aún no.

Cuando quedé en la soledad y oscuridad de mi habitación, tuve el presentimiento que todo cambiaría. Un escalofrío recorrió mi espalda, encendí la lámpara, fui directo a la ventana.

Afuera estaba comenzado a llover con intensidad.

* * *

El viernes me levanté decidida a ir a la facultad.

Me dolía un poco caminar. Ya habían cicatrizado las heridas tanto en las manos como las rodillas.

Me senté frente al tocador, cepillé mi cabello, acomodando el fleco del lado izquierdo. Mamá me había comprado una bonita diadema de tela blanca, así que decidí ponerme un suéter blanco con un vestido, mallas y zapatos negros bajos.

Mientras me ponía máscara en las pestañas, pensé en todas las cosas horribles que mis hermanas nos habían contado.

No dudaba absolutamente que fuera cierto.

Se formó un nudo en mi garganta, por un momento sentí que el presente se estaba volviendo oscuro y confuso.

Desayuné rápidamente, me preparé un refrigerio sencillo para comer apenas tuviera un poco de tiempo entre clase y clase.

— Mamá, ya estoy lista para irme a la escuela. Te veo en la tarde — le di un abrazo a mi madre, quien estaba en la cocina bebiendo agua.

— Sí, mi amor, ve con cuidado. No olvides lo que te dije antenoche ¿Sí? — Acomodó mi cabello — Te ves preciosa, mi niña.

Me dio la bendición, tomé mi mochila y salí de la casa caminando despacio. Mamá me acompañó hasta la esquina de la calle.

Bostecé, aún tenía bastante sueño. ¿Y sí volvía a casa e iba a clases hasta el lunes? No, no podía hacer eso, pues tendría que pasar más apuntes y tampoco quería estar escribiendo tanto tiempo.

Estaba haciendo frío y soplaba un viento ligero. El día estaba clareando.

Saqué de la mochila una hoja en donde había anotado los puntos más sobresalientes de mi exposición. Lo iría leyendo en el camino.

Llegué a la parada del camión pronto, vi mi reloj eran apenas las seis con diez minutos, definitivamente llegaría a tiempo a clases.

A diferencia del lunes, el viernes había iniciado con bastante tranquilidad. Ya había movimiento de transeúntes y automovilistas a esa hora, incluso olía a tamales y atole.

Volví a bostezar, mis ojos lagrimearon un poco. Deseaba estar en cama durmiendo otro rato. Debí disfrutar más de mis días acostada.

— Buenos días, Helena.

Brinqué al escuchar la voz masculina diciendo mi nombre. Volteé, sobresaltada, con la mano sobre el corazón.

Entonces, por primera vez lo vi con claridad, en un ambiente pacífico:

Era un chico alto y delgado, más o menos de una estatura de 1.79; sus ojos oscuros enmarcados por unas cejas ligeramente pobladas mostraban una mirada profunda, llevaba el cabello negro corto y lacio peinado de lado sobre la sien izquierda, poseía una piel morena clara, nariz y labios delgados. Mantenía esa expresión de seriedad absoluta.

Vestía pantalón negro, suéter azul marino, chamarra negra, zapatos perfectamente lustrados y un reloj sencillo en la mano derecha. La mochila colgaba del hombro izquierdo.

Era Gerardo, el primo de Eva.

— ¿Te asusté?

— Un poquito... Buen día, Gerardo — sonreí. Alcé la mano saludando. Aún usaba las banditas sobre las heridas.

— ¿Cómo sigues? — Preguntó, aunque no me miraba directamente. Sus ojos estaban fijos en la avenida.

— Mejor afortunadamente, gracias por preguntar — guardé un momento silencio — ¿Y tú cómo sigues? De verdad, discúlpame por golpearte, no fue mi intención.

— No me pasó nada. En el momento, me saqué de onda, no lo esperaba. Disculpa por ponerme pesado ese día — tenía las manos metidas dentro

de los bolsillos del pantalón.

— Me alegra que estés bien — se hizo un silencio incómodo entre los dos.

Como sí el cielo estuviera de mi lado, Gerardo me dijo que ya debía irse a la escuela, pues el pesero ya estaba acercándose.

— ¡Qué te vaya bien! — contesté.

Él se acercó a mí, extendió la mano deseándome un buen día.

Le devolví una sonrisa. Pude sentir que sus dedos pulgar e índice estaban sumamente ásperos al despedirnos.

Pasó a mi lado rápidamente, él olía increíblemente bien, ese aroma era suave y agradable.

— Helena, ten mucho, pero mucho cuidado, por favor.

Asentí con la cabeza, levanté la mano diciendo “hasta pronto”.

Hizo la parada, antes de subir, volteó y me dijo preocupado:

— Promete que estarás bien.

— Lo prometo.

Lo seguí con la mirada.

¿Por qué me había dicho esas palabras?

Capítulo 10

Capítulo IX.

Llegué al cinco para las ocho a la facultad. Parecía que sería un día bastante cálido.

Como siempre, los pasillos y escaleras estaban llenos de estudiantes platicando; faltaban dos escalones para llegar al primer piso cuando escuché, por primera vez noticias sobre lo ocurrido en la semana.

— Te digo que los agarraron a macanazos, hasta a las mujeres las arrastraron del cabello por el piso y las golpearon. Había sangre en paredes, suelo, en el patio... No les importó nada: A profes y chavos les dieron una paliza por igual — comentó un chico a un grupito de estudiantes.

— ¡¿Qué?! — Me detuve aterrada. Pregunté, todos voltearon a verme.

— Estás atrasada en las noticias, muchacha — él me miró sorprendido. Brevemente resumió lo ocurrido. Temblé, mi piel se erizó y sentí mucho miedo.

Al llegar al salón, estaba sumamente contrariada.

Me desplomé en el asiento. La preocupación se apoderó de mí. Por un momento, me alejé por completo del mundo, del ruido y de la presencia de mis compañeros. Me aislé, necesitaba comprender las palabras que había escuchado.

¿Qué diablos estaba ocurriendo? No entendía absolutamente nada.

— Hola, Lena — Sole me sacó de mis pensamientos aciagos al poner su mano en mi brazo— ¿Cómo sigues? Ayer mi mamá hizo pan de elote, así que te traje una rebanadita.

Volteé sonriéndole, tratando de quitar la desagradable sensación de náuseas y opresión en el estomago.

— Mejor, Sole, buen día — nos saludamos de beso en la mejilla. — Gracias por traerme pan, sabes que me gusta mucho.

—De nada, Lena. Hoy te ves preciosa.

Sole era mi mejor amiga, nos habíamos conocido en nuestro primer día de clases en la Facultad. Recuerdo que ella estaba sola sentada cerca de la ventana, me acerqué para ver la panorámica al final de las clases,

preguntándole dónde había comprado su pulsera.

Desde ese día, comenzamos a forjar una fuerte amistad, obviamente teníamos nuestras diferencias, no siempre estábamos de acuerdo en todo. Sin embargo, podíamos hablar con respeto, nos unían nuestros valores, además de muchas cosas en común.

A Sole le gustaba andar en bicicleta, yo prefería correr. Así que habíamos quedado un día de ir al Bosque de Chapultepec, ella estaría en su bici y yo correría al lado de ella. Las dos estábamos sumamente cansadas al final de la tarde.

— Lena, no sé si ya te enteraste... Los granaderos ingresaron a dos escuelas, golpearon a todo mundo ahí dentro. Hay varios heridos graves.

Asentí con la cabeza, me mordí el labio inferior.

— Lo sé, me enteré por mis hermanas, pero no había escuchado cuán grave era hasta que hace rato, en las escaleras, me contaron todo. — Mi rostro se ensombreció, bajé la mirada ¿Qué más podía agregar? No tenía ni palabras para decir lo que pensaba.

— Es espantoso, hay granaderos y policías cerca de las escuelas involucradas — la voz de Sole se quebró.

Una voz masculina nos interrumpió.

—... Están reprimidos y el régimen es asfixiante para todos los que están en la URSS.

Sole y yo guardamos silencio. Ambas volteamos a ver al dueño de aquella voz que era Federico, uno de nuestros compañeros.

— Ajá, Federico, pero desde 1964 el Secretario General del...— contestó sumamente airada María José, Marijo, otra estudiante de la clase.

— Nomás te recuerdo que los soviéticos tienen sus narices muy puestas en Checoslovaquia, Marijo.

— Tú quieres ver lo negativo en todo, Federico.

— Ninguno de los dos sabe ubicar, en el mapa, a Checoslovaquia — Eva irrumpió en el salón, habló con voz fuerte y clara. Como si nada hubiera ocurrido, acomodó su mochila en el asiento, nos sonrió guiñándonos el ojo con satisfacción. Lía llegó un minuto antes, saludando con la mano.

— ¿Y tú sí lo sabes ubicar? — Marijo, que nunca se había llevado bien con

Eva, trataba de demostrarnos sus amplios conocimientos soviéticos.

— Deberías aprovechar, querida, y pedir que te den unas tierras en Siberia — Eva trataba de no reírse, al tiempo que acomodaba su cabello mirándose en su espejo de bolsillo.

Marijo azotó su cuaderno. Justo en el momento en que estaba dispuesta a enfrentarse a Eva, la profesora Verónica entró al salón, cerrando tras de sí la puerta.

La profesora alcanzó a escuchar la discusión, naturalmente, decidió hacer más grande la disputa:

— ¡Los tres son unos incompetentes! Nada más piensan en minifaldas, destrampe, bailes inmorales ¡Qué saben del mundo! ¡Qué diferencia en mis tiempos! En mi juventud, me la pasé escuchando las transmisiones sobre la Segunda Guerra en la radio... — Y comenzó con una monserga por demás inoportuna, algunos se quedaron dormidos, yo le presté atención aunque comencé a sentirme somnolienta, Sole estaba repasando sus lecciones de taquigrafía, Lía avanzaba en sus tareas... Gracias a Dios, pasó las dos horas hablando de su vida en la guerra. Así fue como se acabó la clase.

El resto del día fue más agradable. Desde mi asiento, pude ver que Marijo le lanzaba miradas asesinas a Eva, quien solo rodaba los ojos.

— Muchachas, no olviden que mañana es la fiesta de mi hermana Susy — nos recordó Eva.

— Te voy a quedar mal — respondió Lía —. Mi padre organizó una salida para visitar a mi abuela que vive en Xochimilco, no creo llegar temprano.

— No te preocupes, nena — Eva le dio un beso en la mejilla —. El domingo te llamo para contarte todo.

— Nos vemos mañana, muchachas — Sole vivía cerca de la Universidad, sin embargo tenía que irse rápido pues tenía un trabajo como niñera los viernes y debía recoger a dos pequeñas. — Te veo el lunes, Lía.

* * *

Junto con mis vecinos y amigos de la infancia Roberto, Clarissa y Lourdes formé una banda musical a la cual le pusimos como nombre "*Eclipse*". A veces, animábamos eventos como cumpleaños, bautizos o bodas. El fin de semana estaríamos tocando en la fiesta de Susy, quien nos había pedido encarecidamente que interpretáramos una canción de Janis.

Habíamos practicado lo suficiente, por ello me sentía bastante confiada en realizar una buena presentación.

Después de pasar los apuntes, que Sole me prestó, a mis cuadernos; me di un tiempo para ensayar. Ya casi era el anochecer, necesitaba despejarme un poco de tantos temas escolares, así que puse el lp en el tocadiscos...

La letra llegó a mi corazón, nunca había estado en una situación similar, pero entendí perfecto el mensaje. Comencé a tocar los acordes en mi guitarra; dejándome transportar, a través de la letra, como si yo fuera a quien le hubieran roto el corazón y tratara desesperadamente de hacerle ver, al hombre que ama, lo que está viviendo por causa de su indiferencia.

— ¡Dios bendito! ¡Lena, qué sentimiento le pusiste! — Mamá me estaba mirando desde la entrada de la sala.

Dejé la guitarra sobre el sillón al finalizar.

— Gracias, mamá. Mañana la tocaremos en la fiesta de Susy.

Mamá se mostró preocupada, caminó y se sentó. Con el dedo me indicó que me acercara.

— Lena, por favor, ten cuidado. He escuchado comentarios sobre lo que está ocurriendo en las escuelas medias ¿Cómo está la situación en la facultad?

— Se ha mencionado el tema, pero no hay nada en concreto, mamá. Las clases siguen normales, pero sí te hace sentir más tranquila, te prometo que me cuidaré mucho.

Sus ojos oscuros reflejaban una gran tribulación.

Me abrazó con fuerza, como si temiera que algo horrible pudiera ocurrirme. No me soltó en un buen rato.

Capítulo 11

Capítulo X.

El sábado me desperté a las siete de la mañana, estaba cansada.

Abracé la almohada y cerré los ojos, era demasiado confortable estar así, suspiré un rato. La luz del amanecer iluminó mi habitación dándole un matiz dorado.

Tuve deseos de mantenerme en cama un rato más, pero tenía que continuar pasando apuntes.

Bajé a prepararme unas quesadillas y un café, agarré una manzana del frutero; la casa estaba silenciosa a esa hora, todas estaban durmiendo.

Durante la tarde se celebraría el cumpleaños de Susy, la hermana de Eva.

Mamá, desde muy temprano me estuvo diciendo que me apurara o se haría tarde; cumplí con mis responsabilidades escolares y solamente necesitaba terminar de transcribir un tema. Lo haría el domingo por la mañana.

Pedí permiso para llevar a Rosalina, quien no lo pensó ni un segundo. Fue corriendo hacia su habitación para elegir que ropa se pondría.

Irene, que estaba acostada tratando de reponer energía tras las guardias en el hospital, no deseaba ir. Aunque, al final, se animó al escuchar el alboroto que tenía Rosalina.

Al preguntarle a Magdalena literalmente me dijo que no; pues había quedado en salir, con el patanazo de Leonardo, al cine.

Bufé, aunque sabía que no podía hacer nada para convencerla. Solamente le pedí que tuviera cuidado y no llegara tarde.

Después de comer, fui directamente a lavarme los dientes y a prepararme para la tocada.

Abrí mi armario mirando con detenimiento la ropa.

Estaba indecisa, incluso pensé en pedirle ayuda a Rosalina. Después de sentarme en la cama, la letra de la canción me dio una idea: Tenía que vestirme sobria, pero a la vez, debería reflejar fuerza.

Elegí un vestido negro, con cuello redondo, me quedaba debajo de la rodilla (así no se verían los moretones y golpes, las zapatillas negras, de tacón cuadrado bajo, con cinta alrededor del tobillo, me hacían sentir elegantísima. Me llevé más de una hora peinando mi cabello en un moño. Con el cepillo le di mucho volumen, mi rostro lucía diferente. Después acomodé el fleco del lado derecho.

Varias veces el cepillo se quedó atorado, la laca me cayó en la cara dejándome una sensación pegajosa, tuve que lavarme rápidamente. Delineé mis ojos con lápiz negro y puse un poco de máscara en las pestañas.

Me perfumé y coloqué mi reloj en la mano derecha. La guitarra ya estaba guardada en el estuche.

Al salir de mi habitación, vi que mi hermana Irene ya estaba lista: Vestía un pantalón entubado negro, un suéter blanco en cuello v, zapatos negros bajos y estaba usando un lindo collar de cuentas blanco. El peinado de raya en medio lucía hermoso en ella.

Rosalina sacó su mejor minifalda y unas botas de tacón altísimo. A mamá casi se le bajó la presión al verla así. Estuvo a punto de caerse del sillón, donde estaba leyendo cómodamente.

— ¡No, definitivamente no! ¿Viste lo que le pasó a Lena en las piernas? ¿Ves los moretones que aún tiene? ¡Te vas a romper un pie con esos zapatonos! Con esos zancos no sales...

“Gracias por recordarme mi idiotez, mamá” pensé. Sonreí nerviosamente y alcé la vista al techo.

Rosalina subió a cambiarse.

Mi hermana, al final, usó un lindo vestido rosa claro de manga larga, cuyo largo estaba arriba de la rodilla, se puso sus zapatos de piso blancos.

— Lena, Rosalina, ¿Y el suéter? ¿A dónde van sin suéter? Al rato llueve y ustedes sin suéter.

Sabía que mamá no nos dejaría salir sin ponernos el venerable suéter y darnos la bendición.

— A las diez las quiero en la casa, me llaman cuando ya estén por salir de la casa de Eva. Diez en punto, señoritas. Ni un minuto más.

A las cinco cuarenta, salimos de la casa.

Caminamos unos diez minutos hasta llegar a la colonia en donde vivía Eva.

Durante mis ratos libres, me dediqué a elaborar un juego de pulseras y collar para regalarle a Susy, como no sabía si mis hermanas iban a acompañarme o no, decidí comprar un libro de misterio como un regalo adicional.

Lo envolví con cuidado en un bonito papel para regalo rosa, el color favorito de Susy.

La tarde soleada era tan agradable para mí; aún caminaba despacio y me dolían las rodillas al flexionarlas. Rosalina estaba muy sonriente platicando con Irene.

Poco después, llegamos a casa de Eva.

Susy, vestida muy a gogó, estaba en la puerta recibiendo a los invitados, nos saludó efusivamente:

— ¡Helenita! Mil gracias por aceptar tocar.

— Es una ocasión especial: ¡Tu cumpleaños! — Respondí ladeando la cabeza y sonriendo.

— ¡Gracias! — Se dirigió a mis hermanas — ¡Pasen, están en su casa!

— ¡Feliz cumple! Te trajimos un obsequio — le dijo Rosalina con su apacible voz.

— Esperamos que te guste el regalo, está hecho con muchísimo cariño — añadí.

— ¡Muchas gracias, qué lindo detalle! — Me dio un abrazo. — Pasen, por favor, allá dentro está mi primo, es el muchacho vestido de negro. Él se está encargando de acomodar los obsequios y de nuevo, mil gracias por venir.

Entramos al patio después de darle el tradicional abrazo.

Sentí incomodidad al ver a Gerardo, quien estaba acomodando los regalos. Hice un mohín.

Esa tarde Gerardo vestía prendas negras. Usaba una chamarra, remangada hasta los brazos, que parecía de cuero; además su cabello

estaba medio alborotado, dándole un look más rebelde.

Rosalina fue a llevar el presente que habíamos hecho para Susy. Gerardo lo tomó y lo acomodó.

Mi hermana, campantemente, volvió hacia nosotras. Levantó los pulgares, sonriendo.

Me quedé muy cerca del portón esperando que la banda llegara. Me recargué un poco en la pared. Di un vistazo, hacia la calle, esperando la presencia de mis amigos.

Discretamente, seguí el comportamiento de Gerardo sin que él se diera cuenta. Desde aquel punto, ese chico parecía tan hacendoso y educado. Él era perfecto en todos y cada uno de sus movimientos. Me pregunté si en realidad él era así, o llevaba una máscara, con la cual ocultaba su verdadera naturaleza.

Las risas y conversaciones invadían la tarde. El jardín estaba a la máxima capacidad. Era muy notorio que Susy era una chica sumamente amigable.

Eva al verme corrió a saludarme:

— ¡Lena, eres toda una monada hoy! ¿Vas a cantar? Dime que sí — me tomó las manos. Sus ojos brillaban intensamente. El vestido azul cielo corto, el delineado intenso de los ojos y el cabello suelto le sentaban maravillosamente.

— ¡Gracias! ¡Estás preciosa también! ¡Y vamos a tocar hoy! No te imaginas lo que cantaré — le dije con toda la satisfacción del mundo. Alcé un hombro y le guiñé el ojo.

— No puedo esperar a escucharlos — me sonrió.

Roberto, Clarissa y Lourdes llegaron minutos después, los tres traían sus instrumentos. Era notorio que los nervios se apoderaban de nosotros, no imaginamos que tanta gente estuviera reunida ahí.

— Lo haremos bien — Lourdes nos tranquilizó — Siempre lo hacemos bien.

Rosalina inmediatamente socializó con algunas chicas. Mi hermana poseía un encanto especial y no necesitaba más que una sonrisa para hacer que el mundo la amara.

— ¡Chicos, bienvenidos! — Susy se acercó a nosotros, junto con Gerardo;

quien lucía sumamente serio, manteniendo una expresión fría.

— Gerardo, ellos son la banda de la que te contamos. Mira, ella es Helena, es muy amiga de Eva; Roberto, Lulú y Clari son vecinos de Helena y son amigos desde la infancia. Llevan cuatro años tocando.

— Ya conozco a Helena, Susy — dijo extendiendo la mano — Mucho gusto, chicos. Éxito ésta noche.

Le di la mano muy a fuerzas, y fingí una sonrisa que pareció muy natural, pero quería huir de la fiesta: Seguía sumamente avergonzada. Él me había visto caer dos veces. Había sido testigo de mis pies torpes.

Gerardo nos invitó a sentarnos; cuando la mamá de Eva nos vio, nos ofreció algo para beber, mientras empezábamos a acomodar nuestros instrumentos.

De reojo, pude observar lo dedicado, hacendoso y aparentemente perfecto que era Gerardo. Ayudó a servir antojitos como si llevase años haciéndolo. No derramaba ni una gota de agua de jamaica, además mantenía una expresión impasible. ¿Cómo podía ser alguien tan impecable en cada movimiento?

Al terminar de acomodar los instrumentos, estuve platicando con mis hermanas y la banda un largo rato. Para las siete y media muchos estaban bailando. La brisa de la noche era tan agradable, a pesar de mi nerviosismo, disfrutaba la despreocupación juvenil en la fiesta.

Generalmente, yo no acudía a fiestas, a menos que fuera por motivos laborales. Prefería quedarme en casa, además siempre tenía tarea los fines de semana.

A lo lejos, vi llegar a Sole tomada del brazo de su mamá. Nos saludamos con la mano; ambas se abrieron paso, entre la gente, acercándose a nosotros.

— Mira, Lena, ahí está el primo de Eva, por la expresión de “odio la vida”, se nota que aún debe dolerle el codazo que le diste — me susurró Sole al oído.

Rodé los ojos haciendo una mueca de incredulidad.

— Era broma. Oye, ¿Cómo sigues de tus piernas?

— Me siguen molestando un poco las heridas, pero estoy mejor, Sole. Gracias por preguntar.

— Vamos por un vaso de agua. Tengo sed— Sole me tomó del brazo.

Ella vestía un pantalón negro recto, zapatos de tacón bajo y un bonito suéter gris.

Sole y yo nos dirigimos a la mesa platicando.

Gerardo, al vernos, se acercó para ofrecernos una bebida. Ambas pedimos agua de horchata.

— Aquí tienen— nos dijo.

Sole me miró sin entender su actitud fría, yo encogí los hombros. Agradecemos, volviendo a nuestro lugar.

— ¿Qué mosco le picó a este? — Le dio un sorbo al agua.

— ¡Quién sabe!

— Te diré algo, Lena. No estoy bromeando para nada. Ese chico se puso nervioso al verte, intentó fingir que no te estaba mirando de reojo.

— ¡Sole! — Musité.

— Es la verdad. Yo sé que no te interesan los muchachos, pero al menos, a ese lo pones nervioso.

— ¡Soledad! — La regañé dándole una mirada inquisitorial.

— Lena, ya sé. Solo te comento que, a Gerardo, lo pones de nervios. Sé, mejor que nadie, que solo te enfocas en forjarte un buen porvenir. Te hago esa observación, aún estamos muy jóvenes y tenemos la vida por delante. No sabemos qué puede pasar mañana.

— Sole, en otros tiempos dirían que ya estamos “quedadas” y “se nos pasó el tren”, pero es 1968, no necesitamos casarnos para ser felices. Piensa en todas las actividades que no hemos realizado. No estamos en edad de pensar en el matrimonio.

— Yo solo dije que lo pones nervioso, nunca hablé de matrimonio— hizo un puchero.

— Yo solo digo que son los sesentas. Quizá él no esté tan acostumbrado a tratar con muchachas.

—Quizá... Oye, antes que lo olvide, tengo que contarte algo de vital importancia...— Chasqueó los dedos. — Mi padre consiguió algunos libros para aprender inglés y vienen del Reino Unido — sonrió guiñándome el

ojo. Se acomodó el cabello.

Su bonito rostro se iluminó.

Sole era una chica que había crecido bajo una estricta disciplina. Al igual que yo, ella pensaba que estudiar era un enorme poder para las mujeres. La mayor parte de su atención estaba enfocada en tener una carrera universitaria, después pensaba en trabajar y recorrer las galerías de arte.

Sus padres eran médicos (ellos hubieran sido felices de que, su hija, se hubiera dedicado a la medicina, pero Sole no toleraba ver sangre); como estaban casi todo el tiempo en el hospital, ella pasaba las tardes estudiando, hacía las labores de la casa y los viernes fungía como niñera. Los fines de semana cuando ella acudía a casa de sus abuelos a comer (junto con sus padres), constantemente, sus tías y abuela paterna se la pasaban diciéndole que era tiempo que “pescara a un hombre o se quedaría a vestir santos”. A ella le constaba trabajo quedarse callada, no era de las chicas que guardara silencio.

Una de las tías se encargaba de regalarle novelas románticas, que Sole a no le gustaban leer, así que las vendía a otras chicas. Sole prefería jugar dominó o ajedrez con su abuelo y su padre, daba su opinión en temas económicos y sociales, e incluso motivaba a sus primas adolescentes a estudiar.

Aquello escandalizaba a las tías, pero sobre todo a su abuela, quien no dejaba de reprocharle a Consuelo (la mamá de Sole) que fuera profesionista y “malcriara a la niña dejándola ir a la universidad, en lugar de aprender las labores del hogar para casarse como Dios manda”.

Los padres de Sole apoyaban que ella estudiara y tuviera un empleo como niñera.

— ¡Soledad no está en edad de tener novio! — Le gritó Consuelo a la abuela paterna — Dejen de meterle ideas ridículas a mi hija, ella está bien encaminada.

Capítulo 12

Capítulo XI.

Nos sentamos mientras la fiesta estaba en todo su apogeo.

Sole y yo platicamos sobre aprovechar los descansos, en la escuela, para avanzar en el aprendizaje del inglés; ambas quedamos de acuerdo que lo haríamos. Ella tenía los libros y yo había adquirido material.

—Aprender otro idioma nos abrirá las puertas del mundo, estoy segura — Sole se mostró confiada, movía sus pies rítmicamente al compás de la música.

Rosalina le insistía a Irene para que bailara con ella. Tomándola de la mano, la llevó hasta el centro del patio, donde otras personas ya estaban mostrando sus mejores pasos.

Mi hermana menor definitivamente tenía una enorme gracia y elegancia. La pasión por el baile corría por todo su ser; la sonrisa y expresión soñadoras lucían encantadoras en ella.

Poco a poco, la pequeña Rosalina se convirtió en el eje de todas las miradas, un grupo de muchachas le aplaudía e intentaba aprender los movimientos. Ella había nacido para bailar.

Del otro lado del patio, aún sirviendo bebidas, se encontraba Gerardo, quien se acomodaba el cabello, dejándolo más alborotado.

Él estaba platicando tranquilamente con otro grupo de personas. Después llegó una chica, quien intentó bailar con él. Gerardo se negó, ella continuó insistiendo tomándolo del brazo; al final no lo convenció y terminó yéndose a sentar.

— ¿Viste, Lena? La ignoró, ja, ja, ja. Ja, ja, ja. Muero de risa, fue muy gracioso.

Ambas soltamos la carcajada.

Cruce los brazos sobre mi pecho, sosteniendo con la mano mi vaso de agua y fruncí los labios. Sole recargó su cabeza sobre mi hombro riéndose.

Mis hermanas y amigos me propusieron bailar cuando sonó una canción en inglés, muy popular.

Rosalina no soltaba a Irene, que ya no sabía ni cómo moverse. Otros cantaban fuerte el coro, de la canción, como si no hubiese un mañana; por mi parte, me dejé llevar por la adrenalina que la canción provocaba en mí. Me movía sintiéndome libre aunque me punzaba un poco la pierna.

Era libre, de las ataduras de mi alma, en ese instante.

Cerré mis ojos, dejé que la euforia me atrapara por una vez en mi vida. No me importó lo que otros pensarán de mí. Solo quería vivir el momento como si no tuviera un fin.

* * *

Pasadas las ocho de la noche, Susy tomó el micrófono para presentarnos.

Para ese momento, yo estaba al límite en mis emociones. Nunca me sentí tan joven y libre, reí desde lo más profundo de mi alma.

— “Eclipse” es una banda local que estará animando la velada para nosotros, por favor, denle un fuerte aplauso. Bienvenidos Lulú, Clari, Roberto y Lena, gracias por estar aquí.

Escuchamos aplausos; Roberto alzó las manos en señal de triunfo. Lulú y Clari iban delante de mí.

Al ir caminando rumbo a los instrumentos nos miraron con curiosidad, y yo enrojecí al tropezarme con un cable, me acomodé el cabello tratando de disimular mi torpeza.

Lulú tomó del brazo a Roberto, me dirigí hasta donde estaba mi guitarra.

Susy le entregó el micrófono a Clari.

— ¡Hola, mundo! Nosotros somos “Eclipse” — Clari lucía muy relajada, muy sonriente de poder cantar con su voz tan espectacular. Las pulseras de su mano derecha tintinearón. — Gracias por su recibimiento... Vamos a interpretar algunas canciones de nuestro repertorio, esperando que les gusten. 1, 2, 3... Y dice así...

Lulú y yo tocamos los primeros acordes de una canción, llamada “La Noche”, que escribimos en nuestra adolescencia.

Me di cuenta cuánto habíamos crecido y vivido. Ya no éramos los niños que soñaban con conquistar al mundo, ahora éramos universitarios y en muy poco tiempo profesionistas. Sin embargo, la música nos había unido con gran fuerza y creamos recuerdos que quedarían en nuestras

memorias por siempre.

Después de casi una hora cantando, llegó el momento de interpretar la canción de Janis, la cual había practicado desde el mes de junio.

Era la primera vez que cantarí sola, mis piernas temblaban y mis manos sudaron. Como siempre, supe encubrirlo muy bien.

— Lena interpretará “Piece of...”, esperamos que les guste — Clari me guiñó el ojo dándome ánimos.

Los gritos de mis hermanas, Eva y Sole me pusieron de nervios, no podía hacer el ridículo. Las demás personas mostraban expectación.

Desvié mis ojos hacia el cielo. Las estrellas titilaban a millones de años luz, algunas nubes noctilucuentes sobresalían dándole una belleza especial a la noche.

Suspiré.

Lulú me acercó una silla, tomé asiento acomodando mi vestido para que no se notaran los moretones en mis rodillas.

Mis dedos dolieron repentinamente. Un hueco se formó en mi estomago.

Acostumbrada a enmascarar mis sentimientos, sonreí antes de comenzar a cantar.

Me concentré en la letra de la canción y los acordes...

Roberto estaba poniendo lo que le quedaba de energía en la batería. Era mi turno de cerrar con broche de oro.

No sé cómo fue, pero, de pronto, me sentí como una mujer con el corazón roto, reclamándole al hombre que ama que no se dé cuenta de cuánto está sufriendo por causa suya, la forma en que cae una y otra vez en sus brazos.

Poco a poco, mi voz se volvió poderosamente dolorosa. Me costaba trabajo respirar, literalmente sentía estar tan decepcionada con el corazón desolado. El pecho se sentía apresado por una cadena de desesperación. Gruesas lágrimas corrieron por mis mejillas, trataba de mostrarme fuerte y decidida cantando. Un impulso hizo que me pusiera en pie, continuaba tocando la guitarra. Caminé mirando a los árboles alcanzando notas altas, llevé mi mano al pecho y después la bajé rápidamente, mis piernas estaban flaqueando en la última parte. Finalicé llorando como sí hubiera

vivido una desagradable experiencia amorosa.

Nos aplaudieron muchísimo, incluso pidieron otra vez canción. Mis hermanas y Sole gritaron emocionadas. Algunos silbaron.

— ¡¡Otra, otra, otra!!

— Canta solita, Lena, muéstrales tu talento — me dijo Clari con firmeza, tratando de animarme; Roberto y Lulú la apoyaron.

Me mordí los labios. Las lágrimas aún escurrían por mis mejillas, seguramente lucía terrible porque la máscara de pestañas debió correrse.

Me senté en la silla, agarrando la guitarra.

— Espero que les guste...

Mis dedos recorrían las cuerdas de la guitarra. Cerré mis ojos concentrándome y sintiendo los acordes, la letra... Y en el viento que soplaba aquella noche.

Sí mi voz había sonado melancólica la primera vez, ahora sonaba totalmente desgarradora.

Cuando terminé, mis piernas temblaban.

Mi sensibilidad había quedado expuesta ante un montón de personas. Necesitaba corregir semejante error. No podía permitir que los demás descubrieran mi naturaleza.

Me puse de pie, respiré profundamente. Una ráfaga de viento acarició mi cara llorosa.

Sonreí como si estuviera muy feliz e hice una reverencia.

Mi atención se dirigió, a pesar de los aplausos, hacia mis hermanas, quienes se miraban, una a la otra, boquiabiertas.

Sole me abrazó súper fuerte, después me ofreció pañuelos para limpiarme los ojos y nariz, aún estaba llorando, me sentía conmovida.

— Lo hiciste muy bien, Lena.

Al volver a mi asiento, Irene me abrazó con fuerza.

— Estoy tan orgullosa de ti.

Necesitaba sentarme y beber agua, continuaba temblando, con las emociones al máximo.

— Tengo frío — dije colocándome el suéter, obviamente no tenía frío, solo no quería que se dieran cuenta. — A lo mejor me voy a resfriar.

— Lena, dame unos minutos... Y vuelvo contigo.

Sole fue a traerme un vaso de agua y un plato con tostadas, estaba sedienta y tenía hambre.

Vi que intercambió unas palabras con Gerardo, ella tenía los brazos cruzados y alzaba la ceja. Él puso cara de sorpresa y Sole continuó hablando. No sé qué hablaron, pues mi amiga no me lo dijo y yo tampoco le pregunté.

— Helena, me alegra tanto que seas la mejor amiga de Soledad — me dijo su mamá, me tomó del brazo.

— Gracias, doña Consuelo, Sole es un amor, es como una hermana para mí.

— Por eso me agradas tanto, eres una muchacha buena y con un corazón amable

Capítulo 13

Capítulo XII.

A las nueve, fue momento de cantarle “Las Mañanitas” a Susy, ella estaba conmovida hasta las lágrimas; después se cortó el pastel.

Sole y yo seguíamos platicando mientras comíamos pastel, ambas nos reíamos despreocupadamente.

Eva nos repartió tamales y atole, aunque éramos amigas, Eva era más cercana a otras muchachas, compartía más pasatiempos y temas de interés que con nosotras. En ese aspecto, Lía era más afín a Sole y a mí, teníamos metas similares; Eva discutía frecuentemente con otras personas y a veces, nos tachaba de “reprimidas” cuando no queríamos hacer algo. Sole y ella habían tenido algunos encontronazos. Incluso, se habían dejado de hablar.

Esa noche, Eva había bebido y estaba diciendo puras incoherencias. Estaba totalmente alcoholizada, no podía mantenerse en pie, y daba tumbos mientras intentaba bailar. Sole rodó los ojos indicándome que Eva se arrepentiría del ridículo que estaba haciendo, además mañana se sentiría muy mal. Definitivamente, doña Consuelo no aprobaba a Eva como amiga de su hija. Me di cuenta por el gesto de desagrado que tenía en el rostro.

Al lado de mi hermana menor se encontraba un chico (más o menos de su edad), el cual trataba de llamar su atención. Rosalina estaba sentada bebiendo un poco agua, cuando fui a su lado, me tomó del brazo mientras sonreía:

— ¡Recórcholis! Hermana, ¡¿Viste lo que hiciste?! Fue maravilloso escucharte cantar. — Los ojos de Rosalina brillaban, sonreía ampliamente.
— Todo mundo tenía los ojos puestos en ti. El lunes, les contaré a mis amigas lo extraordinaria que es mi hermana.

Le acomodé el cabello agradeciéndole.

El chico se dio por vencido, al ver que mi hermana no le haría caso, se cambió de asiento. Rosalina no estaba interesada en tener un novio.

— ¿Sabes, Lena? Nunca te había escuchado cantar así. ¿Nadie te hizo daño, verdad?

Sonreí negando.

— Sí alguien se atreve a lastimarte, juro que verá el infierno en la Tierra
— Rosalina se mostró decidida.

Cuando se desocuparon unos asientos, Irene y Rosalina se sentaron junto a nosotras. Consuelo comenzó a charlar con mi hermana sobre temas hospitalarios, Rosalina no soltaba mi brazo. Ella ya no quería bailar. Nunca antes se había mostrado tan orgullosa de mí, así que la dejé ser.

Sole y yo la integramos a nuestra conversación, a Rosalina le caía muy bien mi amiga, e incluso, pedía que la invitáramos a quedarse en casa. Sole era muy buena contando historias de terror.

— Y fue así, como a mi abuelo se le apareció el “Charro Negro”...

Eva llegó hasta nosotras justo en ese momento, me agarró la cara (apachurrándome las mejillas).

— ¡Dios bendito! Me asustaste — contesté.

— ¿Quién te rompió el corazón, Lena? Te juro que lo dejaré calvo...

Maldito bastardo — Arrastraba las palabras, no se podía sostener en pie.

— De veras, Helenita, mi primo está soltero... Y es un buen chico.

Sole se acercó para susurrarme al oído.

— De hecho, Gerardo estuvo muy pendiente de la actuación de la banda

— Sole sostenía su pastel de chocolate y fresa — Se nota que le gustó su música.

— Lena, ¿Quién es el desgraciado que no te valora? — Eva me abrazó y comenzó a llorar sobre mi hombro, hipando y moqueando. El olor a alcohol me empezó a marear ¿Cuánto había bebido Eva?

No sé qué diablos le pasó, me soltó; después caminó un poco y se cayó al piso.

— ¡Mamitaaaaa! ¡Me muero! — Gritaba Eva, sin dejar de llorar.

Gerardo y otro chico fueron a levantarla, se colgó del brazo de su primo y casi lo tira.

Sole y yo nos miramos contrariadas. En el otro lado del patio, Susy trataba de disimular la pena frente a otras personas que estaban con ella.

Los asistentes guardaron silencio, pero noté que algunos estaban a punto de echarse a reír.

— Mira, y eso que son sus amigas — me dijo Rosalina, señalando con los ojos a un par de chicas — Se están burlando de ella e imitándola ¡Qué malvadas son!

Moví la cabeza, Sole no dijo nada, aunque intuía lo que podía estar pensando.

Gerardo tuvo que cargar a Eva, la llevaron adentro de la casa. Susy mantenía una expresión avergonzada mientras continuaba repartiendo pastel, parecía que quería esconderse bajo la mesa.

Antes de las diez, Sole y su mamá se despidieron de nosotras, pues habían llegado a recogerlas.

— Nos vemos el lunes, Lena — Sole me miraba aún preocupada. — Duerme bien.

— Claro que sí, Sole, te veo pronto — nos abrazamos súper fuerte — ¡Gracias por el pan de elote, estuvo delicioso!

— Lena, te quiero.

— Y yo a ti. Vuelvan con cuidado, por favor.

Ambas sabíamos que, a pesar de haber disfrutado de una gran noche, el lunes nos esperaba alguna desagradable noticia.

Era una aparente calma antes de una terrible tempestad.

* * *

Un par de minutos después, mis hermanas y yo nos despedimos de Susy.

Apenas dimos la media vuelta, escuchamos que Susy estaba sumamente enojada con Eva.

— ¡No puedo creer que mi hermana haya hecho eso! ¡Estuvo a punto de arruinar mi fiesta! ¡Ella sabía cuánto esperé este día! ¿Cómo se atrevió a ridiculizarme frente a todos mis invitados? — Le dijo a su madre en tono de reproche.

Estaba haciendo enormes esfuerzos por no echarse a llorar. No podía imaginar lo decepcionada que se encontraba Susy, ella se mordía los labios fingiendo calma, aunque la tensión se notaba en su cuello.

Di media vuelta.

Entendía a Susy, pues Eva ya nos había hecho pasar un mal rato en una exposición en la universidad y nuestros compañeros hicieron bromas, por causa suya; durante tres semanas fuimos el blanco de los chistes. En esa ocasión, Sole encolerizó ante la desfachatez de Eva (que también se unió a las burlas), y yo le pedí que asumiera su responsabilidad por el desastre que había ocasionado. A ella no le importó en absoluto, dijo que nos “tomábamos la vida demasiado en serio”.

Por eso, sabía que sí le hacía algún comentario a Eva, ella se molestaría diciendo que “me faltaba vivir”, así que esperaba que Susy tocara el tema por su cuenta. Preferí ahorrarme mis comentarios acerca de su comportamiento en la fiesta de su hermana.

Salimos a la calle listas para volver a casa.

— Eva se pasó. Al final, toda la atención quedó en ella y Susana quedó en último plano. — Rosalina expresó lo mismo que yo pensaba.

Irene traía en la mano, al igual que nosotras, pastel y tamales que no alcanzamos a comer.

Mis amigos de la banda se habían quedado un rato más a disfrutar de la fiesta, la cual continuaba muy animada. Estaba orgullosa de ellos por su gran trabajo.

Mis ojos ardían por el llanto, además que la máscara se corrió dejándome la cara como un mapache. El viento frío anunciaba que llovería, a lo largo de la noche, incluso el cielo se había vuelto sumamente nuboso.

Íbamos por una calle bastante solitaria.

— ¿Y sí se aparece el “Charro Negro”? — Preguntó Rosalina.

Un escalofrío recorrió mi espalda.

— Esas son supercherías que cuenta Sole... Lo hace para hacer más terroríficas las historias que narra — Irene trató de minimizar la conversación.

— ¿Y por qué se nos aparecería a nosotras?— Cuestioné a mi hermana menor. — No tenemos deudas, ¿Verdad?

— Bueno... — Rosalina titubeó un segundo, ya después no dijo nada, era obvio que tenía miedo.

— No te preocupes por esas leyendas, son solo eso — contestó Irene.

Continuamos caminando apresuradamente, las hojas de los árboles caían, el viento frío soplaba con bastante fuerza. Ese verano era tan extraño, más bien parecía ya el inicio del otoño.

El silencio se hizo entre nosotras, solo nuestros pasos irrumpían la tranquilidad de la noche. Ni siquiera se escuchaba el canto de los grillos.

Ninguna, de las tres, iba a aceptar que teníamos miedo. Al final, éramos chicas caminando solas en la penumbra.

En la mayoría de las casas, las luces ya se habían apagadas. No se veía a ningún transeúnte por ahí.

Una farola empezó a fallar, parecía que ya estaba por fundirse.

Rosalina apretó el paso, sí no mal recuerdo, ella se estaba mordiendo las uñas.

— No se va a aparecer, ¿Verdad? — Mi hermana menor estaba sumamente asustada. Miraba de un lado hacia el otro, esperando que, en cualquier momento el charro y su caballo salieran a nuestro encuentro.

Oímos que alguien se aproximaban hacia nosotras; al principio no le prestamos nada de atención, hasta que escuchamos que decía algo referente a nosotras.

— ¡Es el charro! — Rosalina estaba pálida, temblaba de miedo.

— ¡El charro ni que ocho cuartos! ¡Debe ser un ratero! — Irene exclamó, tragando saliva.

No lo pensamos ni un segundo.

Caminamos lo más rápido que pudimos, encomendándonos a todos los santos.

Irene me miró aterrada, agarró a Rosalina con la mano izquierda. Teníamos que protegerla de todo.

— ¡Adelántate! — Le dije — No sueltes a la nena.

— ¡Nada qué! No te vamos a dejar sola aquí.

— ¡Diosito, cuídanos! — Susurró Rosalina.

Mi pierna derecha dolió, intentaba caminar al ritmo de mis hermanas,

pero ellas iban medio metro adelante.

— ¡Hey! — Era una voz masculina. — ¡Espera, por favor!

Nuestros corazones latían rápidamente. Ni loca iba a detenerme. Tragué saliva apuré el paso como si mi vida dependiera de ello.

Irene musitó algunas oraciones en voz baja. Sostuve fuerte mi guitarra, dispuesta a usarla en caso de ser necesario.

Capítulo 14

Capítulo XIII.

En la esquina de la calle, no lo pensamos ni un segundo más, y nos echamos a correr como ánimas en penas. Forzando al máximo las piernas, trastabillé. Los peores pensamientos llegaron a mi mente.

— ¡Helena! ¡Helena, espera!— Era la voz de Gerardo— ¡Olvidaste tu bolsa!

Me detuve inmediatamente. Tosí, mi respiración estaba agitada, sentía cómo mis pulmones se llenaban y vaciaban. Mi garganta se enronqueció.

— Apenas Susy me dijo, vine tras de ti para dártela.

Estuve a nada de desmayarme. Me sostuve sobre el portón de una casa.

No podía ni hablar, sentía que el corazón iba a salirse de mi pecho.

Mis hermanas, al escuchar mi nombre, también pararon su maniática carrera.

Irene abrazó a Rosalina, quien se tapaba la boca con la mano.

Respiramos aliviadas, dimos media vuelta.

— ¡Nos pegaste un susto mortal! — Le reclamó Irene dándole un zape en la cabeza— ¡Imagina lo que nosotras pensamos!

— Pensé que era el “Charro Negro” — Rosalina se reía nerviosamente, sus piernas temblaban, no se soltaba de Irene. No sabía si ya estaba llorando o solamente eran los nervio que la hacían reír.

— Disculpen sí las he asustado, no fue mi intención — agachó la cabeza.

— ¡Ay, chamaco! — le dijo Irene tratando de controlar a Rosalina.

— ¿Estás bien, muñeca? — Pregunté cariñosamente a mi hermana menor, ella asintió con la cabeza.

— Lo siento, de verdad. — Él también estaba respirando agitadamente, había corrido tras nosotras.

— Bueno... Ya pasó. Gracias por traer la bolsa — contesté tratando de

minimizar la situación, aunque yo continuaba temblando de miedo.

— ¿Las puedo acompañar hasta su casa? — Preguntó seriamente, con su voz profunda, Gerardo.

Mis hermanas aceptaron y nos pusimos en marcha.

Gerardo se ofreció a cargar mi guitarra. Agradecí, aunque no acepté.

Un silencio incómodo surgió entre nosotros dos. Miré la banqueta, no quería caerme nuevamente. Mis rodillas dolían por el viento frío.

— Felicidades, Helena. Hiciste una magnífica interpretación de una canción tan poderosa.

Agradecí con una sonrisa tímida ¿Él habría visto mi sensibilidad? Esperaba que no; yo no deseaba parecer una chica débil y frágil.

— Empecé a tocar la guitarra en la secundaria. Siempre me gustó la música. Ya sabes, quería componer y escribir algo que trascendiera en el tiempo. Y esta canción la practiqué mucho, menos esta semana en que debí descansar. — Suspiré, después lo miré de reojo, él parecía imperturbable.

— Es increíble lo que haces, Helena. Al principio sonabas tan dulce, lucías tranquila y poco a poco, tu expresión física demostraba una fuerza descomunal, me sorprendió ver tu control vocal a pesar de que te veías totalmente rota; al finalizar la canción, te adueñaste de cada frase. — Me observaba fijamente, como si intentara descubrir la verdadera razón de mis lágrimas, yo mantuve la vista hacia el frente.

— Agradezco tus palabras— respondí mordiéndome el labio inferior ¿Qué debía decir en estos casos?

— Es una de mis canciones favoritas, y con tu banda se está volviendo algo que me gustaría volver a escuchar, sobre todo, en tu voz.

Me mordí el labio inferior, sostuve mi guitarra y respiré profundamente; nos mantuvimos callados.

Pronto llegamos a casa.

Gerardo, antes de despedirse, nuevamente se disculpó.

— No fue para tanto, jovencito... — Irene hizo una mueca enigmática. Nos observaba con curiosidad, e hizo un gesto astuto con los labios.

— Ya tengo algo más que contarles a mis amigas — Rosalina sonrió, su expresión se había relajado. — ¡Gracias, Gerardo, buenas noches!

— Buenas noches, señoritas — Manteniendo la seriedad, se despidió.

Antes de que entrara a casa, Gerardo tenía los brazos cruzados sobre el pecho, parecía que intentaba decirme algo, pero no se animaba, así que di media vuelta.

— Helena, ha sido un gusto coincidir contigo. Espero podamos seguirnos frecuentando. — Me detuve al oír sus palabras, estaba totalmente sorprendida; giré la cabeza, él me devolvió una mirada llena de esperanza o al menos, eso parecía desde mi perspectiva.

— Por supuesto que sí, gracias — no supe qué más decirle, estaba estupefacta, solo me limité a sonreír.

Devolvió la sonrisa, despidiéndose con la mano derecha.

Suspiré.

Esa noche había sido demasiado intensa para mí, solo deseaba darme un baño, desmaquillarme e irme a dormir.

Me quedé recargada en la puerta, hasta que lo vi desaparecer en medio de la noche.

Veinte minutos después, la lluvia cayó sobre la ciudad.

Esperaba que Gerardo ya se encontrara en su casa.

Capítulo 15

Capítulo XIV.

El domingo desperté bostezando a las diez de la mañana, el cansancio se había apoderado de mí. Tenía el brazo derecho mojado pues había babeado sobre mi almohada.

A pesar de haberme bañado al volver de la fiesta, mi cabello era un completo desastre, estaba todo alborotado. Al verme en el espejo del tocador, estaba toda hinchada de los ojos, además mi voz estaba un poco afectada, se escuchaba sumamente chillona.

Tuve sueños en los que apareció Gerardo viéndome cantar, él mantenía esa expresión inmutable. Yo estaba llorando destrozada. No recuerdo qué canción interpreté.

Mientras estaba desayunando, reflexioné sobre mi encuentro accidentado con él, así como sus palabras antes de despedirnos.

— Lena — mamá me habló sacando de mis pensamientos — Irene me contó que ayer cantabas desconsolada, ¿Te pasa algo, hija?

— No, mamá. Ni siquiera sé por qué me puse a lloriquear así, quizá estaba muy nerviosa pues había mucha gente, y acabé así por pánico escénico, creo. La verdad no sé, mamita.

— Bueno, hija, sabes que siempre estaré contigo. Me da gusto que a pesar de todo, pusiste el corazón en tu actuación.

— Sabes que siempre doy todo en lo que hago, mamita. No te preocupes.

El resto de la mañana, estuve recogiendo las hojas del jardín y realizando las labores de limpieza de la casa.

En un tiempo libre, volví a repasar para mi exposición y terminé de pasar los apuntes que me faltaban.

A las tres de la tarde, mis abuelos maternos llegaron a comer.

Mi abuela Adela María, conocida como “doña Adelita”, cada domingo llevaba su delicioso arroz rojo a la jardinera. Mi abuelita era una mujer de 63 años, ella había trabajado como costurera en su juventud y había

anhelado siempre estudiar.

Mi abuelo Pablo conocido como “maestro Linares”, de 64 años, había enseñado a mi abuelita a leer cuando se conocieron, él era profesor de educación básica. Cada domingo iba temprano a comprar pan dulce para llevarnos.

Mi abuelita había perdido a su familia durante la Revolución, quedó sola por completo. Mi abuelito fue enrolado por la leva, vio atrocidades que, aún le costaba narrar sin que se le quebrase la voz.

Mientras mi abuelo ayudaba a llevar la cacerola con chicharrón en salsa verde, comentó los acontecimientos recientes en las escuelas.

— Niñas, se lo digo de una vez, nunca se confíen. Algo traman en lo más alto del poder — dijo colocando la cacerola en la mesa, mientras Irene llevaba los platos. — Cuando están arriba se olvidan de los de abajo, como siempre, papá. Nada nuevo bajo el Sol — respondió mi madre.

— Es puro wiri wiri, abue — Rosalina entró a la cocina por servilletas.

— ¿Y Magdalena dónde está? — Preguntó mi abuelita, que llevaba la olla con la sopa. — Rosalina, trae los frijolitos, mi’ja, los dejé en la encimera.

— Salió con el novio — respondió mamá visiblemente molesta.

— Ese muchacho tiene algo que no me agrada, Magdalena merece un mejor hombre — respondió la abuela.

— Es un mal muchacho, conozco a los de su calaña — mi abuelo apretó el puño. — Deberíamos prohibirle que se acerque a Maggie, hija.

— Papá, no quieras matar pulgas a balazos. Ella no nos hará caso, incluso es posible que aquel idiota quiera dejarnos como los malos y Maggie se acabe fugando con él. El amor vuelve bobas a las personas.

— Pobre de él sí daña a Magdalena, se las verá con nosotros.

— Abuelita ¿Quieres aguacate? — preguntó Rosalina.

— No, mi’ja, me va a hacer daño con el coraje, gracias. Ese tal Leonardo es un mañoso, se le ve en la cara.

Aunque me doliera reconocerlo, ellos tenían razón. Magdalena estaba cambiada desde que salía con el patán de Leonardo; aunque ella intentaba aparentar que no. Muy pocas veces convivía con nosotros.

Mientras comíamos, Irene sacó a tema la presentación musical del día anterior, incluso mencionó a Gerardo.

— Estaba el primo de Eva, Gerardo Molino, parece que la banda de Lena ya tiene un nuevo fanático, abuelitos. Debieron ver a su nieta cantando como toda una profesional.

— Me suena el nombre, hija... Gerardo Molino... Gerardo Molino... — mi abuelo se puso a pensar, al tiempo que preparaba un taco de chicharrón.

—Lenita es una niña talentosa y dedicada. Voy a pedir que sus amigos y ella le canten las “mañanitas” a la Virgencita — mi abuelita me tomó la mano. — Lo voy a platicar con mis amigas cuando terminemos de rezar el rosario del viernes. Las voy a convencer, mi’ja.

Realmente no imaginaba a mi banda cantando “las mañanitas” la noche del 11 de diciembre, pero lo consultaría con mis amigos. Mi abuelita siempre estaba buscando la oportunidad para promocionar nuestros talentos:

A Maggie la recomendó con todos sus conocidos para aplicar inyecciones, tomar la presión y hacer curaciones, lo mismo hizo con Irene. Cuando empecé a tocar la guitarra, me pidió que cantara en una fiesta religiosa, al final no fui porque me había resfriado y el clima estaba demasiado frío.

Ella era ese tipo de persona, siempre estaba tratando de ayudar a quien lo necesitase.

Tras terminar de comer y lavar platos, nos juntamos a jugar lotería.

Las risas y el “hizo trampa, no se vale”, “¿A qué hora pasó el Sol?”, “Yo no escuché” estallaban por toda la casa.

A las nueve, Maggie llegó, mis abuelos ya estaban a punto de irse a su casa.

Se veía mucho más sombría y apesadumbrada, mi abuelo miró a mi madre.

Yo traía el juego de lotería en la mano, una de las cartas se resbaló y cayó al piso. Cuando me agaché para recogerla, terminé viendo un enorme hematoma que mi hermana tenía en el muslo, ella jalaba su vestido discretamente y lo cubría con su mano para que nadie lo notara.

— Te estuvimos esperando para cenar, hija. ¿Ya comiste? — Preguntó

cálidamente mi abuelo.

— Mmmmh, hum, sí... Ya comí — su voz era tan débil que apenas logré escucharla.

— Te trajimos unos panecitos de dulce para que cenes y te lleves al hospital — mi abuela intentó ser cariñosa, pero Maggie asintió con la cabeza, se despidió y subió a su habitación.

Mamá suspiro, yo no sabía sí decirle que había visto un gran moretón o quedarme callada. Temía que mi hermana negara todo e inventara alguna excusa.

Estaba segura que Leonardo estaba relacionado.

* * *

El lunes salí temprano para ir a la Facultad. Aquella mañana era bastante húmeda, así que había decidido ponerme un abrigador suéter rosa claro con unos pantalones y tenis negros. Peiné mi cabello en una alta coleta.

Literal moría de sueño y cansancio, esperaba poder exponer por fin y quitarme ese peso de encima.

Llevaba mi mapa conceptual muy acomodado en un portafolio de dibujo que le perteneció a mi papá.

Bostezaba a cada rato, mis ojos llorosos me hacían parpadear constantemente. Últimamente tenía mucho sueño, probablemente me estaba durmiendo muy tarde. Era un cansancio como sí yo no hubiera dormido en semanas.

A lo lejos, en la parada del camión, vi a Gerardo, quien estaba leyendo.

Me quedé pensativa sobre sus palabras del sábado por la noche. Él se había mostrado generalmente amable conmigo, aún así me sentía sumamente avergonzada y no había tenido la oportunidad de enmendar lo ocurrido.

Suspiré animándome a dirigirle la palabra, justo cuando iba a hablarle, él le hizo la parada al pesero; se subió sin mirar atrás.

Minutos después, pasó mi camión. Afortunadamente, un señor bajó cuando yo iba a subir, así que alcancé asiento.

En el camino estuve sumamente pensativa acerca de la situación que estaba viviendo mi hermana mayor.

Capítulo 16

Capítulo XV.

Cuando llegué a la Facultad, tal y como había intuido, la situación era sumamente tensa.

Sole, que se sentaba en la butaca del otro lado, ya estaba en el salón. Sus puños recargaban sobre su frente.

Lía mantenía la cabeza abajo tratando de no echarse a llorar.

Mi grupo era un total caos: confusión, algunos llantos, grilla, disputas.

— Es que es “divertido” ser atacado a macanazos y con gas lacrimógeno ¡Es bien bonito ser madreado por los granaderos! —Fue lo primero que escuché mientras dejaba mis cosas.

— Nos están reprimiendo, compañeros, no podemos quedarnos callados como unos taimados, tal y como ha hecho la momiza durante años.

— ¡Sí, claro! Empieza tú por salir a gritar frente a Palacio, a ver si sale el presidente y te atiende personalmente — un compañero, del cual nunca pude aprender su nombre, se dirigió a Marijo desde la puerta.

— ¿Y tú qué has hecho por el país, aparte de criticarme? — respondió Marijo sumamente enojada.

— La compañera María Josefina (Marijo) tiene toda la razón, el viernes también reprimieron a quienes fueron a protestar. Entran a las escuelas como Juan por su casa, y este idiota quiere que nos quedemos callados.

— Compañeros, ¿Pueden mantener el respeto, por favor? — Sugerí, antes de que finalizara, una compañera me quitó la palabra.

— Pues ve con ella, Sofía; dejen de estar de alborotadoras y pónganse a estudiar— Carlota habló, todos sabían que su papá era un burócrata.

— No puedo creer lo que acabas de decir, Carlota — Ana Paulina contestó sumamente airada. — ¿Crees que podemos estudiar con tranquilidad en un momento así?

— Claro como tú comes del dinero del pueblo jamás estarás en contra de la injusticia — le gritó Eva, que apenas estaba entrando — Pero un día, chula, eso va a acabar y tendrás que ser como el resto de los ciudadanos.

No te trepes a un tabique, porque un día caerás de ahí.

Comenzaron a aplaudirle.

— ¡Ay, Eva! — Carlota rodó los ojos. — ¡Claro, tú aportas tanto a México! Nada más andas de grillera.

— Mira nada más, doña “Perfecta” habló. Como tú has tenido todo fácil, crees que todos vivimos como tú. — Eva torció la boca, llena de ira y rencor.

— Tienes envidia, Eva, tú no tienes papá. Así que no puedes vivir como yo. Tú nada más piensas en armar borlotes, solo te gusta pelear con quien se deje. Ni siquiera eres una buena estudiante. Te aprovechas de la inteligencia de tus amigas, tú sola no puedes obtener una nota sobresaliente.

Todos volteamos a ver a Carlota, incluso yo, que había tratado de mantenerme serena, sentí que había sido un golpe muy bajo. Hubo una rechifla.

— ¡Carlota, por favor! ¿Escuchaste lo que acabas de decir? Tus palabras fueron extremadamente insensibles — Respondí moviendo la cabeza en desaprobación. — Puedes estar en desacuerdo y es totalmente válido, pero no tienes ningún derecho de herir a las personas burlándote de las muertes de sus familiares. Lo que has hecho, es muy bajo.

— Helena, escucha bien las tonterías que dicen. Solo van a perder el tiempo y el año. — Carlota me miró negando con la cabeza. — Nos van a fregar a todos si cierran la escuela y nos vamos a paro.

— Carlota, es tu punto de vista. Otros pensamos de forma distinta, e insisto, mantengan el respeto, por favor. Nada nos garantiza que nuestra escuela no sufrirá la barbarie. Solo deseo que tomes ese punto en consideración. — Le contesté mostrando tranquilidad. Carlota puso un gesto de fastidio.

— Puede que tengas razón, Carlota, pero tenemos que intentarlo. Si permitimos, en silencio, que ingresen las fuerzas del “orden” en las escuelas, harán lo que deseen con nosotros todas las veces que quieran sin que nadie los detenga. — Ana Paulina trataba de calmarse.

— Carlota cree que no la pueden detener nomás porque su papá trabaja en el gobierno, ¿Crees que sí te detienen los granaderos y les dices “mi papito es del partido” te van a creer? No seas ilusa, por Dios. — Lía, con su voz llena de enojo, expresó su punto de vista.

— ¿Cómo puedes burlarte de un tema tan delicado como es la muerte del padre de alguien? — Juan Manuel, otro de mis compañeros que se sentaba cerca de mí, apoyó mi comentario.

— La llevarán arrastrando a macanazos directito a la cárcel— Marijo contestó.

— Sí mi padre hubiera sido como el tuyo, que hace lo que le dicen solo por tener un puestecito, preferiría no tener padre.

— ¡Ya basta! — Sole dio una palmada sobre su butaca — ¡Dejen de pelear en un momento tan delicado! No tenemos todo el día, necesitamos llegar a un punto de acuerdo.

— ¡Ya dejen de estar de grilleros! El gobierno jamás, pero jamás les hará caso— otra compañera, llamada Itzel, alzó la voz.

— Déjalos, Itzel, que vivan en sus fantasías — otro compañero, que se sentaba en cerca de la puerta, la secundó.

— ¡Dejen de perder el tiempo, entiendan! Al gobierno no le importamos en lo más mínimo. De agitadores no nos van a bajar. De una vez les digo: No les van a hacer caso, de mí se van a acordar. — Itzel continuó escribiendo en su libreta.

Carlota se levantó, y antes de que fuera a pelear con Eva, otro compañero se puso de pie sobre una butaca silbando.

— A ver, raza, cálmense ya. Todavía no sabemos qué está pasando, ni qué vamos a hacer. Tenemos que esperar a que nos informen los miembros del comité y ver qué dicen en las asambleas. Los que no estén de acuerdo con nuestra visión, los respetamos, pueden abstenerse de participar en caso que se convoque a una protesta. Los que estén de acuerdo, pues ya saben, nos vamos a organizar. No podemos dejar que sigan violentando nuestra escuela.

— Está bien acelerados hoy, ¿Desayunaron gallo?

— ¡Hey! ¡Presten atención, por favor! — Ana Leticia alzó la voz, se levantó de su butaca. —Yo estoy de acuerdo, no podemos quedarnos con los brazos cruzados, así que los apoyo. Pero, necesito que me avisen si saben algo. O sea, tengo que avisar en mi casa, además tengo clases extracurriculares de piano en las tardes, y necesariamente haremos un pancarta ¿Ven? Entonces, les pido mantener comunicación.

Nadie jamás pudo imaginar que justo Ana Leticia De la Torre estaría de acuerdo con la mayoría de mis compañeros. Ella era una chica sumamente

apegada a las normas.

— Una niña fresa nos apoya. Eso es poder de convocatoria.

— Es imposible quedarse sentados y callados cuando se está generando una ola de represión por todos lados. Compañera, Ana Leticia, bienvenida a bordo— Marijo continuó con su discurso.

— Bueno, pero obviamente, podríamos incluir algunas peticiones académicas ¿No? — Preguntó Ana Paulina, acomodándose el cabello oscuro.

Sole y yo apoyamos su propuesta junto con otros estudiantes.

Al finalizar la discusión, Carlota pasó frente a Eva, empujándola.

— ¿Qué te pasa, Carlota? — Le dije mirándola directamente a los ojos, ella parpadeó. — Mantén los modales al menos. No es el momento, por favor.

— ¡Carlota, basta! — La enfrentó Lía — ¡Ya es suficiente! Tenemos demasiados problemas en este momento... Así que contrólate.

— Ya veremos, cuando termine todo esto, quién tenía la razón — murmuró triunfante Carlota. Alzó la ceja izquierda, se fue caminando rumbo a la puerta.

— ¡Estúpida! — Le gritó Eva.

— Eva, por favor, no le hagas caso. No necesitas pelearte con ella, ya sabes cómo es — le sugerí.

Eva volteó a vernos, apretó los dientes, lanzándonos miradas acusatorias. Se puso de pie y salió del salón enfurecida, sus pasos resonaban por el pasillo. Seguramente iba a seguir a Carlota y reñir.

Sole y yo nos miramos. Suspiré contrariada. Encogí los hombros, no podíamos hacer nada. No iba a involucrarme en las riñas entre Eva y Carlota, porque al final, Eva me echaría en cara “andar de pacifista y no apoyarla”.

Me quedé sentada, Sole y Lía juntaron sus butacas cerca, así pudimos platicar un poco.

Las tres teníamos el mismo nivel de confusión, entre más hablábamos, más dudas surgían.

No sabíamos qué iba a pasar, a dónde nos llevaría todo esto.

Eva solamente regresó por su mochila y se fue, ni siquiera se despidió de nosotras.

Evidentemente no volvería al salón, ella se encontraba molesta porque no la secundamos. En otras ocasiones, había hecho lo mismo cuando había tenido diferencias con Sole.

— Aunque Carlota me cae muy mal, sí tiene razón en decir que a Eva le gusta discutir con quien pueda — Lía musitó, mientras garabateaba una hoja de su cuaderno — No sé para qué la siguió. No gana nada. Carlota es muy retrógrada.

— Eva es así, Lía, no podemos hacer nada. — Sole, inclinó la cabeza, torció levemente los labios. Sole no consideraba, para nada, amiga a Eva.

— Carlota es muy grosera y lo que dijo fue la gota que derramó el vaso.

El resto del día seguimos con la misma confusión, incluso escuchamos rumores sobre convocar a huelga. Los profesores tampoco tenían ninguna idea de lo que ocurría.

Algunos compañeros de otros grupos nos comentaron que habría asambleas estudiantiles y deberíamos estar al pendiente de ello. Otros se limitaban a recomendarnos tener precaución y no andar a altas horas de la noche en las calles. También estaban quienes no estaban de acuerdo, y por último, hablamos con estudiantes que sabían que sus padres no les dejarían involucrarse para nada. Sin dejar de mencionar a quienes vivían en otros estados, y deberían volver a casa hasta que solucionara el conflicto.

Sole, Lía y yo abordamos a Marijo, quien nos dijo que había una posibilidad de realizar una marcha durante la semana, teníamos que estar atentas pues en cualquier momento se daría el comunicado.

— Parece que los mexicanos nos hemos despertado en una cruel realidad que, nos afectará de una u otra forma — me dijo Sole mientras íbamos caminando por los pasillos de la Facultad.

Las tres estábamos sumamente contrariadas, vimos algunos letreros con frases contra la represión, liberación de los detenidos y otras demandas en nuestro camino hacia la salida.

Lo único que teníamos seguro era que, tarde o temprano, los estudiantes protestaríamos enérgicamente.

— Mis padres jamás me dejarán protestar — el rostro de Lía se ensombreció. — Estoy harta de quedarme callada por miedo a las reprimendas. No quiero que el gobierno y los adultos sigan manejando nuestras vidas a su antojo.

Capítulo 17

Capítulo XVI.

Al volver a casa, Rosalina caminaba dando vueltas por toda la sala, mordiéndose las uñas.

— ¿Ya te enteraste, Lena? — Preguntó viendo sus manos — ¡Está horrible la situación! Se llevaron detenidos a varios compañeros de otras preparatorias. Han querido quitar las barricadas.... ¡Los granaderos! ¿Qué vamos a hacer, hermanita? ¡Tengo miedo!

— Sí, está tensa la situación en la Universidad... Entiendo tu miedo, pero ahora, a pesar del miedo, tenemos que mantenernos firmes. Están violando nuestro derecho a la educación y sembrando la violencia dentro de nuestras aulas.

Nos abrazamos llenas de miedo, aunque también el enojo y la indignación estaban haciendo mella en nosotras.

Durante la cena, mamá, visiblemente enojada, dijo:

— Envío a mis hijas a estudiar, no a ser golpeadas por unos gorilas. Es el colmo que no pueda estar tranquila mientras ustedes estudian... Tengo que estar con el Jesús en la boca por culpa del gobierno.

Al día siguiente, en la Facultad la situación era caótica.

Mis compañeros estaban reunidos con los brazos cruzados y con gestos adustos en el rostro.

— Tenemos que asistir a la asamblea de nuestra escuela para ver qué va a pasar de ahora en adelante.

— Estamos en paro, compañeros — Marijo estaba sobre una mesa tratando de hacerse escuchar.

— Sabemos claramente que, el gobierno, es muy represivo, está en contra de que los jóvenes nos expresemos libremente. Se siente amenazado porque ya nos quedamos callados ante la injusticia y vemos claramente lo que está ocurriendo. El gobierno no va a permitir que las escuelas estallen en una huelga generalizada, por ello intentará amedrentarnos para hacernos retroceder. Sabemos lo que han muchos estados del país contra los huelguistas, pero sí no alzamos ahora la voz, la situación volverá a repetirse una y otra vez. Compañeros, este es el momento en que ejerzamos nuestro derecho a opinar. No se está pidiendo

nada que no se pueda conceder.

— Compañeros, la tradición dice que el pueblo de México se rebela contra la injusticia cada cien años, pero ahora es lo contrario, estamos despertando casi 58 años antes de lo previsto. El 16 de septiembre de 1810, el cura Hidalgo se levantó en armas contra la esclavitud y la injusticia. El 20 de noviembre de 1910, se inició la Revolución Mexicana contra la dictadura militar. Y ahora, en este 1968 vamos a hacernos escuchar. No vamos a permitir que se nos acuse de los actos vandálicos creados por el propio poder. No vamos a dejar que nuestra voz se acalle nunca más.

— Han lanzado bazucazos con toda la intención de agredir y provocar, lo cual es inadmisible. Sabían que había dentro estudiantes y podían herirlos. No podemos callarnos más.

Era imposible no pensar en que, cualquier día, nosotros podríamos ser los agredidos.

Teníamos que ver más allá de nuestras narices, nuestros compañeros más jóvenes habían sido brutalmente agredidos. Varios se encontraban detenidos.

La tensión nerviosa comenzaba a apoderarse de nosotros, la incredulidad estaba plasmada en el rostro de cada uno de mis compañeros.

¿Qué íbamos a hacer? Sole me agarró del brazo, nos miramos sin encontrar la respuesta.

— ¡Tenemos que unirnos, compañeros! Vamos a unirnos.

Nos repartieron volantes en donde se fijaba la postura de nuestra escuela. Cada palabra escrita reflejaba lo que yo, y seguro casi todos mis compañeros, sentía.

Aplaudimos, escuchamos silbidos y porras.

— Lena — Marijo se acercó a mí — Tú eres muy buena con las palabras ¿Crees poder crear alguna consigna o frase?

Asentí con la cabeza.

* * *

Los demás días fueron caóticos en la universidad, ayudamos a hacer algunas mantas y carteles con consignas de protesta. La tensión se podía sentir. Aunque nadie lo dijera, era sumamente obvio que la situación era

sumamente delicada.

En mi salón, estuvimos cortando papel para que otros compañeros elaboraran los volantes. En todos los asientos había hojas de papel. La mayoría de mis compañeros estaban asistiendo y apoyando. Otros, como Carlota, no se habían presentado.

Sole, quien quería atreverse a hacer algo distinto a cortar papel, se había manchado las manos con tinta negra al hacer unos carteles y Ana Leticia le estaba dando papel higiénico para que se limpiara. Eva había salido con otros compañeros a conseguir pintura para una manta que llevaríamos. A Lía, junto con un par de chicos, la mandaron a escuchar lo que decía el comité.

— A ver, Lena, pon la hoja así...— Federico me estaba enseñando a usar la guillotina para cortar papel — No, así no... Mira... Ándale así. ¿Viste, Ana Paulina? Cuando Lena termine esas hojas, la reemplazas. Después sigues tú, Carlos y luego va Pancho... ¿Dónde está Andrés?... ¿A dónde fue por las brochas?... Bueno... Cuando vuelva, le dicen que le toca a él.

— Yo traje dos botes de leche para que vacíen la pintura — respondí. — Ana Leticia, por favor, ¿Se los puedes dar a Federico?... Muchas gracias.

En todos los periódicos se culpaba nada más a los estudiantes de los violentos hechos, parecía que la víctima siempre sería la responsable. Aquello me revolvía el estómago.

El miércoles y jueves fueron días sumamente largos para nosotros. Acabé rendida por completo. No tenía energía para nada.

El miércoles hubo una reunión enorme en la universidad, ahí escuchamos la postura de nuestras autoridades escolares.

Desde que llegué, el jueves, el ejército ya estaba vigilando muy cerca de las instalaciones. Se suponía que marcharíamos hasta el Zócalo capitalino, pero viendo la situación, se cambió el destino... Sentí miedo, pero no estaba dispuesta a volver a casa.

Quería protestar contra la injusticia y quería que las víctimas, así como sus familiares, tuvieran acceso a una compensación, por los daños que sufrieron.

Ese día miles de estudiantes marchamos en total orden.

Íbamos agarrados del brazo. Nunca en mi vida había sentido tanta unión y fuerza.

Cientos de estudiantes, profesores y autoridades escolares estuvimos reunidos, mostrando nuestra solidaridad hacia las víctimas, además repudiamos la violencia ejercida contra la comunidad estudiantil.

No estábamos solos, y no íbamos a guardar silencio nunca más. Nos atemorizaban con el uso de las fuerzas armadas, pero no cejaríamos, ni retrocederíamos ni un paso.

Al finalizar la manifestación, me dolían muchísimo las piernas; afortunadamente, mamá había ido a recogernos, a Rosalina y a mí, un poco cerca de la universidad; ella había visto lo ordenada que había sido la manifestación. Estaba indignada al ver a los militares en la zona. “¿Acaso creen que ustedes son criminales de guerra o qué? Dios bendito” había dicho.

Por la noche, cuando ya estábamos en casa, mamá leía el periódico; por su expresión supe que algo sumamente tonto la había hecho enojar, así que la cuestioné.

— Ve esto, ve nada más esto... Ahora resulta que uno como padre tiene la culpa del ingreso de las fuerzas policiales a las escuelas... Ja, ja. ¡Válgame Dios!

Mamá me dio el diario para que pudiera leer el artículo.

— Es increíble... No sé qué decirte, mamá... Es absurda cada frase... Nada de esto es verdad...

— Cuídate, Helena, por favor. Tú también, Rosalina.

Mi hermana menor fue a abrazar a mi madre.

Capítulo 18

Capítulo XVII.

Para los periódicos, todo lo que dijeras, absolutamente todo, significaba ser un agitador en aquellos momentos. Decir lo que pensabas era un crimen horripilante.

Harta de tantas calumnias, decidí ir a la tienda para comprarme algo. Poco a poco, se me fue pasando el coraje.

— Con cuidado, Helena, no vayas a tardarte. No te quedes platicando con doña Inés, por favor.

Asentí. Yo tenía la costumbre de quedarme una hora hablando con la tendera. Doña Inés era una persona sumamente interesante y entretenida.

Tomé mi monedero y las llaves.

Iba caminado apresuradamente cuando, a media calle, me encontré con Gerardo. Me parecía que apenas volvía de la escuela (¿Había a la manifestación? Lo dudaba), pues llevaba su mochila. Ambos nos saludamos. Eran casi las nueve de la noche:

— ¡Hola, Helena! — me dijo.

—Hola, ¿Cómo estás? — Pregunté.

—Bien, gracias, dentro de lo que cabe ¿Y tú?

— Creo que bien, gracias por preguntar. Estoy consternada por todo lo que ha estado pasado. La policía en las escuelas, la represión y persecución; por otro lado, la incertidumbre en el tema de las clases. Estoy realmente confundida.

—Yo estoy igual. En la escuela hay mucho bullicio...No sé qué pasará... Mi madre no quiere que me arriesgue a alzar la voz...

— Mamá está igual — moví la cabeza, entendía perfectamente lo que él decía.

— Vaya, pensé que mamá era la única. Teme que algo malo ocurra si participo, no se lo perdonaría. Pero no puedo guardar silencio ante los hechos. No quiero ponerme una venda en los ojos y pretender que todo es normal, que nada ha ocurrido, mientras la sangre se derrama cada día.

— ¡Exacto! ¿Cómo poder callar cuando estamos viendo que golpean y persiguen a nuestros compañeros?

— Es tan indignante, Helena... ¿Quién les ha dado el derecho, a esa gente, de agredir a los compañeros? ¡Qué injusto es! — Dejó escapar un suspiro, se llevó las manos a la cabeza. Se veía tan contrariado. — No puedo entender nada.

— Según ellos, no podemos hacer nada, porque nuestra juventud les ofende en todo.

— Sí... — Su expresión cambió.

— ¿Te pasa algo? — Pregunté con delicadeza. No quería ser entrometida o metiche.

— Temas económicos en casa y por otra parte, los laborales. No sé qué hacer en este momento. Me siento atrapado entre la injusticia y la barbarie.

Incliné la cabeza, le di una palmadita en el brazo, me devolvió una mirada preocupada. Entendía cómo se sentía.

— ¿Quieres hablar al respecto? ¿Te parecería bien que nos viéramos para platicar un día? Te invitaré una malteada para compensarte por el tema del codazo.

Cuando me di cuenta, ya lo había invitado a salir.

Él abrió los ojos desmesuradamente, parpadeó. Puso un gesto de enorme sorpresa y fue notorio su descontrol. Un minuto después, su rostro se volvió serio y dijo:

—Sí, ¿Qué día y a qué hora?

Notoriamente, los hombres no estaban acostumbrados a que una chica los invitara a beber una malteada. Pero yo no tenía intención de coquetearle, solo quería platicar con él.

—Mañana pasando las seis de la tarde, ¿Puedes? —Gerardo asintió. Vi mi reloj y noté que eran más de las nueve y cuarto; demasiado tiempo para ir por un paquete de galletas a la tienda. — Tengo que irme, mamá ya debe estar preocupadísima... ¡Nos vemos! Descansa.

Di media vuelta dirigiéndome rápido hacia la tienda.

—Cuídate, Helena, hasta mañana. Descansa.

Volteé para despedirme con la mano, sonriendo.

Gerardo me pareció sumamente amable, me sentí mal por pensar, en algún momento, que era un pesado con mala facha.

* * *

Al día siguiente, llegué temprano a la Facultad. Los pasillos estaban medio desiertos, incluso me pregunté si no era sábado, hice memoria y recordé que era viernes. Las paredes comenzaban a tapizarse con letreros contra el abuso policial.

— ¿Y el resto del grupo? — Preguntó Sole al llegar.

Encogí los hombros. No sabía dónde estaban, aunque había hecho un pequeño rondín, a unos pocos los vi sentados en las jardineras leyendo volantes. Supuse que algunos habían tomado la decisión de no ir, a la Universidad, hasta que se calmara la situación.

— ¿Crees que estalle la huelga? — Volvió a dirigirme la palabra.

— No lo sé, Sole, es todo tan confuso en estos momentos. No sé si sea seguro seguir viniendo, pero debemos estar unidos.

— Lo mismo he pensando. Me da miedo que entren los granaderos o los policías a la escuela... Y ver la bandera a media asta...

Sole hizo grandes esfuerzos para no echarse a llorar. Se acomodó la coleta tratando de distraerse.

Estábamos solas en el salón de clases.

— Oye, Sole, creo que lo mejor sería mantenernos cerca de los otros estudiantes... Solo estamos nosotras dos aquí y sería peligroso.

Justo cuando estábamos tomando nuestras cosas, entró Marijo.

— ¿Qué hacen aquí, compañeras? Vengan, hay un anuncio importante para los de nuestro grupo. Traten de no estar solas, si llega a entrar la policía serían atrapadas inmediatamente ¿Acaso quieren ser golpeadas?

Cuando llegamos al jardín, casi todos nuestros compañeros estaban sentados en el pasto. Sole y yo nos acomodamos junto a Lía, ella nos

tomó de las manos.

— La huelga ya es casi inminente, compañeros, estamos a horas de que se declare, les pedimos estar atentos... En cuanto al tema de la represión, les recomendamos que no anden solos, menos en la noche. La situación está en un punto crítico y ya nadie sabe qué ocurrirá el día de mañana en ninguna parte de la Ciudad de México.

Lía se acercó a nosotras, y nos susurró al oído:

—Ayer, el presidente habló sobre el conflicto, sin embargo, esto está caldeando aún más los ánimos y yo estoy muy pero muy preocupada, por el rumbo que están tomando las cosas. Tengo miedo y rabia al mismo tiempo.

Sole y yo asentimos, pues estábamos igual que ella.

Mientras esperábamos, Marijo retomó la palabra:

— Por favor, compañeros, tenemos que unirnos, es muy importante en estos momentos. Debemos luchar ante la injusticia que estamos viviendo como estudiantes... No vamos a caer en las sucias provocaciones.

Al terminar la reunión, Sole, Lía y yo nos quedamos sentadas. Ana Leticia nos hizo algunos comentarios sobre una idea que tenía para una manta; le dimos nuestros puntos de vista, agradeció y se fue a preguntar a otros compañeros. Volví a repasar mi exposición, aunque ya intuía que no volvería a las aulas en mucho tiempo.

— ¿Qué haremos, chicas? — Preguntó Lía — Dudo que mis padres me dejen unirme a las protestas. Ni hablar de mentirles, los periódicos publicarán la noticia de la huelga, mi papá lo verá.

— Mamá ya me advirtió que no me involucre en problemas, sí se entera que ayudé a hacer volantes, me va a regañar— añadí. — Estoy en las mismas, Lía. Pero no puedo quedarme sentada en mi butaca mirando cómo matan a mis compañeros estudiantes...

— Mis papás van a pegar el grito en el cielo sí me ven con un volante, dirán que no quieren a una revoltosa en casa... A veces, siento que el mundo que nos han dejado es confuso — Sole miró hacia las nubes.

— No tenemos derecho a expresarnos, solo debemos agachar la cabeza y seguir las ordenes que nos dan— dije suspirando.

— ¿Y qué hacemos? Estamos en disyuntiva: apoyamos a nuestra Universidad o hacemos caso a nuestros padres. No quiero quedarme callada ante la injusticia, ya estoy harta de este mundo de porquería que

vivimos, ya no quiero guardar silencio— Lía se mordió el labio.

— Tomen, compañeras — Marijo nos entregó volantes — Es importante que se mantengan en comunicación. Ayer, hicieron un gran trabajo, con el grupito de Ana Paulina, repartiendo volantes. Estoy orgullosa de ustedes, por algo son tan brillantes estudiantes.

— Gracias, Marijo— respondí — ¿Qué vamos a hacer o qué pasará ahora?

— Lena, aún no lo sabemos. Tenemos que esperar una resolución por parte de los dirigentes. Les pido calma y su voto de confianza. Deberían aprovechar para desayunar o dar un repaso mientras. Ya organizamos, a otros grupos, para que ellos hoy ayuden a hacer volantes. ¡Nos vemos después de las doce del día en el salón!

Nos despedimos con la mano. Las tres nos miramos, seguíamos igual de desconcertadas.

Aprovechamos para estudiar y corregir algunas tareas que habíamos hecho (y que los profesores obviamente no calificaron) buscando obtener mejor calificación.

Lía pudo ponerse al corriente en temas que no había podido comprender en días anteriores.

Fuimos a desayunar unas tortas, platicamos sobre música y cine, e incluso cotilleamos un poco sobre la fiesta de Susy y el comportamiento de Eva.

— Eva se enoja con nosotras, pero no con sus otras “amigas” — Sole se limpió los labios con la servilleta. — Debiste ver la manera en que se burlaron de ella, Lía.

— Y lo hicieron en su propia casa... — Añadí, yo ya había terminado de comer, así que estaba bebiendo un licuado de chocolate con canela y avena.

— ¿Saben cuál es el problema con Eva? — Nos cuestionó Lía. — Ella no quiere darse cuenta que no toda la gente es su amiga, tampoco van a tolerar que les grite cuando ella quiera.

— Tampoco toma en serio sus estudios. Solo piensa en la diversión. — Sole acomodó su vaso y plato en la mesa.

Al principio, Sole le había ayudado pasándole tareas, pero un día naturalmente se cansó, le dijo que no estaba dispuesta a seguir haciéndolo. Eva enfureció y no bajó de mala amiga a Sole, quien se

ofendió.

Después de desayunar, continuamos avanzando con el idioma inglés.

Llegó un momento en que nos cansamos mentalmente, así que Lía, Sole y yo caminamos un rato por los verdes jardines. El día parecía sumamente tranquilo, además ya había más movimiento en las instalaciones. Aunque habíamos vuelto al salón, Marijo aún no podía proporcionarnos ninguna información, porque ella tampoco sabía nada.

Charlamos un poco con otros compañeros sobre nuestros pensamientos acerca de los actuales acontecimientos.

Por sugerencia de Ana Leticia, mis compañeros y yo nos fuimos a reunir en los jardines, dejamos anotado en el pizarrón dónde estábamos en caso de que Federico volviera y no nos encontrara.

Sole, Lía y yo estábamos sentadas bajo un árbol frondoso, así no nos expondríamos a la luz directa del Sol. Hacía calor y yo había sacado mi abanico para refrescarme un poco.

— Chicas, necesito su opinión — le pasé el abanico a Lía, después me llevé las manos al pecho. — Ayer, cuando iba a la tienda, me encontré con Gerardo, el primo de Eva...

— ¿Y qué pasó? — Sole, quien estaba bostezando, se giró asombrada. — Te escuchamos.

— Bueno, pues estuvimos platicando un poquito y quedamos en vernos hoy.

Sole y Lía me miraron boquiabiertas.

“¡No!” dijeron al unísono.

— ¿En verdad te citaste con él? Esto es el inicio de la destrucción humana, Lena — Sole se pellizcó un brazo para confirmar que estaba despierta.

— Sí, Sole, pero no en plan romántico.

— ¿Él te invitó? — Lía se abanicaba con más fuerza.

— No, yo lo sugerí.

Sole y Lía no daban crédito a mis palabras. Se observaban una a la otra, después volvían a fijar su atención en mí. Sole tomó el abanico, la

expresión incrédula en su rostro lo decía todo.

— O sea, tienes una cita... ¿Estamos hablando del mismo Gerardo?... Gerardo y tú... ¿En una cita? —Lía acomodó su cabello en una alta coleta, sin dejar de mirarme. — No puedo creerlo, es que... ¿Es una broma?

— Me cuesta mucho procesar lo que acabas de decir, Helena De la Vega — Sole movía las manos visiblemente estupefacta — ¿Vas a tener una cita? ¿Tú en una cita? ¿Con el primo de Eva? Wow! Nunca imaginé algo así.

Lía y Sole guardaron silencio, sabía que pensaban en mis palabras y buscaban comprenderlas. Sole abrió la boca, alzó la ceja y cruzó los brazos.

— Pues tengo algo que agregar, la vez que cantaste en la fiesta de Susy, sí vi que estaba súper atento mirándote embobado... No, Lena, no me mires así, no es broma.

—No es una cita romántica. Quería hablar con él, ya les conté que, por accidente, le di un codazo... Me dijo que la situación en su escuela es mucho más tensa que aquí. También mencionó que, en su casa, su mamá no desea que él muestre su repudio a la violencia escolar que estamos viviendo. Su mamá no desea perderlo —contesté muy turbada.

— Gerardo no tiene papá, Lena, debe ser difícil para su madre ver el peligro que corre su hijo. Su escuela ha sido una de las más afectadas. Parece que, en estos tiempos, es más peligroso estudiar que cometer un crimen.

Al oír las palabras de Lía, percibí una puñalada al corazón. Sé lo difícil que es no tener un padre.

Sentí que el pasto se movía, por un segundo creí que estaba mareada; al mirar al cielo noté que las aves estaban volando despavoridas, los árboles se mecían como si los arrancaran, fue ahí que vi que estaba temblando...

Capítulo 19

Capítulo XVIII.

— Se está moviendo el pasto... — Sole tartamudeó.

— Sole... Lía... Oigan, vámonos... Esto es un... — No pude hablar más en aquel instante.

— ¿Está? ¡Está temblando! ¡TERREMOTO!— Escuchamos un grito desgarrador.

Sole, Lía y yo nos paramos rápidamente, tratando de mantenernos en pie.

Mi corazón latía rápidamente, empecé a ponerme muy nerviosa. Un nudo se formó en mi garganta.

Marijo, que estaba aún cerca de nosotras, nos dijo:

— Rápido, quítense de los árboles, compañeras. ¡Está temblando fortísimo!

Literalmente se escuchaba que todo tronaba, desde los cristales hasta los escritorios. El estruendo de los objetos cayendo era espantoso aunado a los gritos. Los edificios se mecían de un lado a otro. Creí que todo se vendría abajo. Las luces de los salones se apagaban y encendían, hasta que se fue la energía eléctrica.

No sé cuánto tiempo duró el seísmo, pero mis piernas aún temblaban cuando todo volvió a la normalidad.

Varias chicas tuvieron crisis nerviosas: Ana Leticia se desmayó, Sole se sentía débil. Otras estaban llorando abrazadas a su grupo de amigas. Yo no grité, ni lloré, solo me quedé muy asustada, sosteniendo del brazo a Sole y Lía.

Apenas tuve oportunidad, busqué un teléfono público para llamar a casa de mis abuelos, pero no había línea. Estaba preocupada por mi familia.

Estuve parada esperando, una y otra vez, para comunicarme al menos al trabajo de mamá, pero fue imposible. Así que me di por vencida. Otras personas estaban formadas tras de mí.

Nos retiramos a casa. No nos habían dado mayor información, y después

del tremendo susto, casi nadie tenía cabeza para pensar en algo más.

— ¿Cómo estará todo en el epicentro? — Preguntó Lía mientras nos íbamos retirando.

— Esperemos que todos se encuentren a salvo y con bien — susurró Sole.

Antes de despedirnos, las tres nos abrazamos con fuerza, nos hicimos miles de recomendaciones y prometimos que pasara lo que pasara, siempre íbamos a mantener nuestra amistad.

Sole aún estaba llorosa, la palidez de Lía me preocupaba.

El susto nos había dejado sumamente sensibles, así que quedamos en llamarnos apenas se restablecieran las líneas telefónicas.

Durante todo el trayecto, me sentí como un fantasma en medio de un mundo lleno de concreto, presintiendo que el final de todo se acercaba. Me costó trabajo no llorar. Era como una pesadilla de la que no puedes despertar por más que quieras... Sentí que mis ojos se anegaban en llanto, al caminar la calle que lleva a mi casa; me detuve frente al portón deseando que no hubiese nadie en mi casa para que pudiera gritar, llorar y tirarme al piso sin parecer ridícula. Quería sacar todo el dolor que poseía mi corazón en esos momentos de sustos y tensión.

Volví a marcar al trabajo de mamá, eran las cuatro de la tarde.

— Contesten, por favor, contesten — me mordí los labios mientras esperaba que diera tono.

Pude comunicarme con ella. Se escuchaba muy preocupada; me dijo que Maggie e Irene estaban bien, me preguntó por mis abuelos y Rosalina, le contesté que Rosalina estaba con la abuela, pues me había dejado una nota en el refrigerador.

— Bueno, hijita, come algo. En unas horas nos vemos...

La llamada se cortó así que colgué.

Me senté en el sillón. Mi mano derecha estaba temblando, traté de calmarme.

Respiré profundamente, saber que mi familia estaba bien, fue un gran consuelo en aquel instante. Pensé, también, en las personas que estaban en el epicentro. Deseé que se encontraran a salvo.

Recé una oración.

* * *

Después de lavarme la cara y manos, me fui a acostar un rato, me sentía como en un sueño raro: Apesadumbrada, sin ánimo y muy triste. El sismo, las noticias tristes y el recuerdo de papá se unieron aquella tarde. Había pasado de todo.

No había tenido tanto tiempo para pensar, profundamente, en mi papá desde hacía muchos meses o quizá, años.

Abrí el cajón del buró. Saqué una fotografía de él, al verla me puse a llorar y todo mi mundo se vino abajo en aquel instante. Lloré hasta que mi cabeza dolió, y al final me quedé profundamente dormida.

A las cuatro cuarenta desperté, recordé que tenía que ver a Gerardo, sentí mucha melancolía y además, tenía un enorme pesimismo.

Bajé a la sala nuevamente. Tomé el teléfono, llamándole a Eva para pedirle el número de Gerardo, obviamente le pregunté cómo estaba. Eva (que aún estaba muy enojada con nosotras) se sorprendió, pero me lo dio sin hacer ninguna pregunta, tomé un papel y lo anoté. Antes de colgar le deseé un buen fin de semana y le pedí que se cuidara. Ella solo agradeció.

Poco después le llamé a Gerardo, una mujer me contestó:

— ¡Buenas tardes! Me llamo Helena, y quisiera que me comunicara con Gerardo, por favor.

—Lo siento, pero Gerardo no está.

—Oh, disculpe, ¿Con quién tengo el gusto? —Pregunté y noté que mi voz era muy triste.

—Soy Celina, su hermana. Es que Gerardo todavía no llega de la escuela, se iba quedar a sacar unas copias. ¿Quieres dejarle un recado?

—Sí —pensé — Dígale, por favor, que el plan sigue en pie— estuve a punto de romper en llanto.

—Yo le digo — colgó (o quizá se cortó la llamada).

Volví a mi cuarto y me acosté a seguir llorando. Oí que Rosalina e Irene venían al cuarto así que me tapé la cara con las cobijas.

— Creo que ya llegó Lena, vi su suéter en el perchero. No hagas ruido, quizá está dormida — dijo Irene — Hoy ha sido un día horrible, hasta tembló. Supe que hubo daños en algunas zonas de la ciudad, ¿Cómo estará la gente de Oaxaca?

— Se movió bien feo todo, por eso salí corriendo a casa de la abuela...

Me quedé así durante un largo rato hasta que tuve que levantarme. Me lavé la cara para quitarme la pesadumbre, eran las cinco de la tarde.

Mi abuela estaba en el comedor junto con mis hermanas.

La saludé dándole un abrazo fuerte.

— ¡Abuelita! — Me recargué en sus brazos como cuando era una niña pequeña.

— ¿Cómo sigues de tus rodillas, corazón? — Acaricié mi cabello.

— Mejor, gracias, por preguntarme.

— ¡Qué carita! —Exclamó Rosalina mientras comíamos. — Se nota que hubo malas noticias en la escuela, además del temblor ¿Verdad?

— Sigue la situación igual, solo que no sabíamos a qué hora iban a declarar la huelga. Además, tengo mucha pesadez, como que necesito salir a caminar para refrescar la mente. Ha sido demasiado para mí.

—Pero —protestó mi abuela dirigiendo su atención a mi plato — Apenas y has comido, hija. Es raro en ti.

—No tengo hambre— dije bostezando. — Estoy intranquila por todo lo ocurrido estos días. Ha pasado de todo.

— Al menos come la sopa, hija. Te hará mal andar con el estomago vacío. Te ves muy mal, estás palidísima y muy cansada —mi abuela me miraba con preocupación.

Ya no dije nada, me limité a comer, pero fue obvio que algo muy malo me estaba ocurriendo.

Después de comer y lavar los platos, la abuela, Rosalina y yo estábamos viendo la tele, aunque se interrumpía por momentos la transmisión e incluso se iba la luz; de pronto sonó el teléfono así que mi hermana se levantó a contestar, poco después dejó la bocina sobre la mesa, se paró frente a mí y dijo:

—Es para ti, creo que es el primo de Eva, Gerardo. Se escucha un poco de interferencia.

Le agradecí y me levanté, tomé la bocina entre mis manos y al tenerla en el oído, exclamé:

— ¡Hola! ¿Cómo estás?

—Bien, gracias. Y ¿tú? Solo te devuelvo la llamada para corroborar la reunión de hoy.

— Sí, sigue en pie —mi voz sonaba llena de tristeza.

— ¿Estás llorando? Oye, si te hice sentir mal o es incorrecto que llame, perdóname — su voz se cortó. Ahora yo lo había hecho sentir mal.

—No. No te preocupes.

—Entonces, ¿Te veo en un rato?— preguntó muy turbado.

—Sí. Hasta pronto.

Se cortó la llamada, así que colgué suspirando.

Volví al sillón tratando de concentrarme en ver el programa. Rosalina me interrogó, di una excusa argumentando que me preguntaba sobre el estallido de la huelga.

Supongo que Rosalina sabía que estaba mintiendo, pues entrecerró los ojos, tratando de averiguar el verdadero motivo de la llamada.

Subí a mi habitación cuando noté que ya casi eran las seis. En el pasillo me encontré con Irene, quien notó mi melancolía.

—Caminar siempre ayuda a sentirte mejor. Deberías salir un rato a dar la vuelta, al menos, en esta área estamos seguras, Lena. ¡Sal, anda! Ponte más bonita y da un paseo.

La miré con la tristeza reflejada en mis ojos, Irene me abrazó con calidez.

— Lena, aunque no lo creas, todo va a estar bien. Todo se acomodará... Te quiero mucho. Me afecta que estés tan triste y que no sonrías como lo haces siempre, en verdad, te amo, hermana.

— Yo también, Irene —contesté.

— ¡Anda, ponte más linda, usa perfume y sal a caminar! La tarde es

agradable.

Entré a mi habitación. Cerré la puerta tras de mí, recargándome en ella, suspiré tratando de encontrar un sentido a la vida.

Me cambié de ropa.

Saqué del armario unos pantalones negros, un suéter rosa claro en cuello v. Amarré cuidadosamente las agujetas de mis tenis. Mi cabello quedó acomodado en una coleta; no tuve ánimo para maquillarme. Solo rocié un poco de perfume en mi suéter.

Por un segundo, sentí que comenzaba a temblar nuevamente. Miré las cortinas y los cuadros, nada se estaba moviendo.

Me senté en la cama. Suspiré tratando de contener el llanto y acallar el miedo que sentía.

Tomé mi monedero y avisé a Irene que estaría en el parque un rato.

Mi hermana asintió.

Capítulo 20

Capítulo XIX.

Salí de mi casa, sin saber qué hacer o decir. Incluso, quería cancelar la reunión en el último minuto, pero pensé que Gerardo ya estaría caminando hacia allá.

El trayecto hacia el parque fue muy doloroso, como si un ejército de culpas me siguiera y atosigara sin tregua. Me sentía culpable por salir, a platicar, cuando estaban ocurriendo tantas desgracias en la ciudad ¿Cómo podía ser tan egoísta?

Al dar la vuelta en la esquina, me eché a correr desesperada, sin mirar a nadie; sólo sintiendo que quería escapar lejos de todo y todos. El aire frío golpeaba mi cara, mi corazón estaba desbocado. Deseaba que el viento me llevara, muy lejos, a donde reinara el más absoluto silencio... Iba tan distraída que casi atropelló a una pareja de novios, quienes me insultaron, pero aquello no me importó, musité una disculpa, y seguí mi trayecto.

* * *

Al llegar al pequeño parque, el viento estaba arreciando, y los árboles se movían con cierta violencia; las nubes estaban tornándose grises, en poco tiempo comenzaría la hora azul. A lo lejos vi una banca de concreto vacía y me senté a esperar. Unos metros adelante, unos chicos jugaban basquetbol, reían y gritaban alegremente, ajenos a la tragedia que se estaba gestando.

Poco a poco la luz del Sol comenzó a ocultarse.

Estuve reflexionando bastante sobre mi vida mientras veía el cerro, las nubes parecían rozarlo. Nunca lo había apreciado con total detenimiento. Quizá siempre me la había pasado demasiado preocupada por el futuro y jamás disfruté del presente.

Después de acomodar un poco mis ideas y analizar la situación, me sentí más tranquila, aunque el miedo estaba presente. Me abracé pues sentí bastante frío, así que no me di cuenta cuánto tiempo había pasado, aunque supe que era muy tarde pues estaba por anochecer. Ya estaba a punto de regresar a casa cuando distinguí la silueta de Gerardo, quien llegó muy agitado.

— ¡Helena! Lo siento, mamá me retuvo un rato. Además no te encontraba. Este día ha sido un verdadero caos, y para colmo, un temblor

— estaba respirando rápidamente.

— No te preocupes. ¿Cómo estás? — Intenté sonreír, pero no pude, no quise hacerlo. No me nacía fingir que estaba bien.

— ¿Te soy sincero? — Me contestó, yo asentí con la cabeza. — Estoy aterrado, nunca imaginé que pudieran ocurrir tantas desventuras en una sola semana. La incertidumbre me tiene mal, Helena. ¿Cómo te sientes?

— También estoy muy asustada, el temblor fue la gota que derramó el vaso esta tarde.

— Es normal que estemos así, no es para menos. Necesitamos reposo mental — sugirió.

— Muchísimo reposo... — Suspiré.

Me recorrió y Gerardo se sentó en la banca.

Comenzamos a hablar sobre el sismo, la delicada situación que estaba surgiendo en nuestras escuelas, las actividades que hacíamos para difundir nuestra postura. Criticamos la mala gestión del gobierno y su incapacidad para solucionar el problema.

Gerardo era un muchacho bastante inteligente, poseedor de un pensamiento claro y objetivo. Emitía sus ideas en una forma respetuosa. Él dejó de parecerme el chico perfecto que conocía y pude ver su lado humano, por primera vez.

Escuchar su punto de vista significaba nutrir mis conocimientos, y me daba cuenta de otros aspectos que no había tomado en consideración. Continuamos charlando sobre los movimientos sociales en naciones europeas y en Estados Unidos, intercambiamos datos y me di cuenta que los dos teníamos algo más en común: despreciábamos la injusticia.

Hice algunos comentarios sobre algunos libros contraculturales que había leído. Él me escuchaba con atención y en ningún momento me interrumpió.

Después fue su turno de hablar, hizo hincapié en la inutilidad de las guerras que solamente causaban el sufrimiento humano, el deterioro de flora y fauna y el panorama desolador que quedaba cuando finalizaban.

— ¿Sabes lo que más me indigna, Helena? Siempre las personas inocentes, es decir el ciudadano común es quien paga por su ambición. A nadie le importa la traumatización de los soldados que envían al frente de batalla, solo quieren ganar territorio a costa del sacrificio de otros. No les interesan ni los niños huérfanos, ni las mujeres vejadas, ni los ancianos

maltratados, ellos solo quieren poder. Y todavía tienen el descaro de decir que “pelean por la libertad de los pueblos” para, al final, someterlos a su voluntad e imponer lo que ellos creen que es correcto. Es una burla.

— Has dado en el clavo: todo es por el poder y acaban pudriéndose en él hasta la muerte. Al final del día, podrán tener todo, pero son personas sumamente solas que siempre tienen miedo y deben cuidarse las espaldas todo el tiempo. Entonces, me pregunto ¿Vale la pena una vida así?

— Son unos megalómanos que ya perdieron el piso hace tiempo. — Gerardo me sonrió.

Ambos guardamos silencio mientras contemplábamos la noche. Las brillantes estrellas podían verse; nunca antes las había observado con total detenimiento. Respiré profundamente alzando la mirada y me concentré solamente en el momento que estaba viviendo.

No sé en qué momento ocurrió, quizá no me di cuenta porque mis pensamientos estaban puestos en disfrutar la belleza del firmamento, pero él soltó un suspiro melancólico. Al mirarlo, noté que estaba aciago, también mantenía la vista fija en el cielo y me dijo:

— ¿Ves esa estrella? — Señaló con el dedo índice, yo no sabía a cuál se refería porque había muchas, así que me ayudó a ubicarla. — La que más brilla, debe ser Sirio. A veces, en las noches abro la ventana de mi cuarto para verla, quiero creer que desde ahí, mi padre guía mis pasos. Sé que puede sonar sumamente absurdo... Pero a veces, debes aferrarte a algo para continuar con tu vida, para que no sea tan funesta.

Entendía perfectamente sus palabras y el dolor que de ellas brotaba.

— Cada mañana al despertar, me imagino que mi padre está observando cada cosa que hago y cuando realizo algo bien, trato de pensar que él estaría muy orgulloso de mí. A veces, quiero abandonarlo todo, pero algo dentro de mí, me dice que las cosas no serán mejores si dejo todo botado; que debo seguir adelante pues aún no he visto todo del mundo... Pero es tan difícil ser fuerte y aparentar que nada ocurre...

Aquella máscara de perfección y seriedad, fue cayendo, conforme él seguía hablando.

— Tengo tres hermanos: Itzia, es la mayor tiene 24 años, ella se graduó como ingeniera, Arturo tiene 17 y al final, está Celina. Ella tiene 13 años, es una niña de secundaria. Mi madre es secretaria en un bufete de abogados, se llama Ana Rosalía. Casi nunca está, al igual que mi hermana mayor. Trato de llevar, lo mejor que puedo, las labores del hogar, el cuidado de mis hermanos menores, el trabajo y la escuela, porque debo ser un adulto responsable... Al final del día, estoy tan cansado que no

tengo mucho tiempo para pensar qué es lo que quiero en realidad... No sé qué quiero hacer con mi vida, Helena. Sé que a esta edad ya debería tenerlo muy en claro.

Giré para verlo, él mantenía los ojos cerrados y la cabeza agachada. Sus manos estaban bajo la barbilla. El viento había despeinado su cabello.

— Los fines de semana he conseguido trabajos como albañil, lavando platos, siendo mesero o dando clases de regularización, pero aún así, es muy difícil obtener un ingreso decoroso... No quiero ser una carga para mi mamá y mi hermana mayor...

Me quedé en silencio, no sabía qué palabras decirle para confortarlo.

— Disculpa, Helena, no quiero agobiarte con mis problemas.

— No te preocupes, al contrario, gracias por la confianza que me has brindado.

Yo no sabía que él fuera tan trabajador. Recordé sus manos rasposas, y de pronto se me ocurrió una idea genial.

— ¿Eres bueno en las matemáticas? Supongo que sí pues serás ingeniero.

— Sí, soy bueno ¿Necesitas ayuda con algún tema en específico? Sí me permites, puedo ayudarte.

Le sonreí, supongo que los hoyuelos de mis mejillas se marcaron.

— Mi abuelo puede ayudarte recomendándote para que des clases particulares y puedas ganar mejor. Hay gente que, siempre, requiere profesores que den lecciones extras a sus hijos. Hablaré con él.

— Helena, gracias, no te preocupes...

— Quiero ayudarte — lo miré a los ojos. — Déjame compensarte por haberte dado un codazo, por favor.

— No tienes que hacer esto. No fue nada grave, además — bajó la voz. — Te caíste dos veces y saliste herida.

Hice un puchero, él soltó una carcajada que hizo que el dolor, reflejado en su rostro, se desvaneciera un poco.

— Está bien, pero tienes que cantarme "Piece of..." otra vez.

— Bueno. Es el costo que debo pagar. — Fingí indignación.

Respiré profundo, sin quitar mis ojos de él, observando su vestimenta negra, el suéter tejido que llevaba puesto, la forma en que su cabello estaba peinado y las luces ámbar del alumbrado público, que estaban tras él.

Comencé a cantar.

Ésta vez no rompí a llorar. Solo me concentré en él, pues era mi público, aún así, mi voz sonaba desgarradora.

— Podría escuchar la canción en tu voz por siempre — respondió cuando terminé, mientras me aplaudía.

— Acabarías harto, queriendo quitar ese disco, ja, ja, ja — sonreí.

— ¿Sabes? Tu voz transmite tantos sentimientos, hasta me hiciste pensar que yo te había roto el corazón... Ay, ¿Ya soné estúpido, verdad?

— No has sido estúpido...

Agaché la cabeza dejando escapar un suspiro profundo.

No sé cómo fue, pero cuando me di cuenta ya estaba llorando nuevamente. Gruesas lágrimas escurrían por mis mejillas frías, él puso su mano en mi espalda, tratando de consolarme.

— ¡Extrañó a mi padre! No sabes cuánto lo echo de menos y cuánto quisiera que él estuviera aquí conmigo. — Mis palabras eran casi balbuceos.

— Te entiendo, Helena, desahógate... Sé cuánto duele. Ya has sido muy fuerte, tratando de continuar viviendo aunque sea muy duro para ti.

— ¡Me duele muchísimo! ¡No sabes cuánto me ha dolido a lo largo de los años! ¡No puedo seguir fingiendo que no me ha afectado y que no lo he necesitado!

Tenía las manos sobre el rostro tratando de cubrir la enorme tristeza que me embargaba nuevamente. Él continuó palmeando mi espalda con suavidad. Nunca había recibido consuelo tras la muerte de papá, me acostumbre a ser quien confortara a mi familia.

— ¡Estoy cansada! Toda mi maldita vida, ante los demás, he pretendido que nada puede quebrarme y mírame, aquí estoy llorando en medio de un

parque. No sé qué pensaría mi papá de mí si pudiera verme así.

— Helena, tu padre debió estar muy orgulloso al tener una hija tan talentosa como tú. Tienes una personalidad muy brillante, eso debe ser parte del legado de tu padre.

Sin esperarlo, lo abracé con fuerza sin dejar de llorar, hipando y aspirando el aroma de su perfume. Gerardo me sostuvo entre sus brazos, sin decir nada. Acarició mi cabello con cuidado. Él era bastante cálido.

— Gerardo — dije su nombre sin dejar de abrazarlo. Temblé pues empezaba a tener mucho frío.

— Dime, Helena — él me abrazó más fuerte y musitó con un tono dulce.

— Cuando veo las luces de la ciudad, siempre me preguntó qué es lo que estará pensando o haciendo la gente.

— Yo también lo pienso — me susurró muy cerca del oído. — También cuando miro por la ventana del camión...

— Pensé que era la única que pensaba algo tan absurdo — cerré mis ojos, sin soltarlo. Suspiré profundamente.

Soltó la carcajada, yo también reí entre lágrimas; en aquel momento me di cuenta que había dejado su suéter mojado por tanto llanto.

— Siento haber ensuciado tu ropa.

— No es nada. ¿Cómo te sientes? — Acomodó mi cabello y nos separamos.

— Mejor, gracias por escucharme — fue entonces cuando miré mi reloj. Eran casi las nueve de la noche. — Es tardísimo. Mamá me matará.

— Te acompañaré a tu casa. Mamá también querrá matarme. Así que habrá dos funerales mañana.

—Nuestras madres pensarán que estamos de “revoltosos” — solté un resoplido. Hice un gesto de ironía.

— Y la realidad es que sus hijos tratan de ser fuertes todo el tiempo.

— Y tratamos de consolarnos.

En el trayecto, Gerardo me platicó sobre las cosas que le gustaban y molestaban de este mundo, así como sus pasatiempos. Aunque la charla fue de forma superficial, ambos teníamos bastante en común; lo más

importante era nuestra pasión por la música.

Gerardo era adicto a la lectura, al igual que yo, su libro favorito era "Estudio en escarlata", de Conan Doyle. Incluso hablamos de "El Fantasma de Canterville", le dije a Gerardo que a mí me gustó más "El crimen de Lord Arthur Saville". Recordé que mi abuelo siempre nos leía relatos de fantasmas justo antes del Día de Muertos. Éramos demasiado pequeñas y nos asustábamos fácilmente.

Quedamos en prestarnos libros y discos.

Sabía que iba a ser regañada, pero al menos, ya no me sentía tan mal. Gerardo me dijo que estaba agradecido conmigo, por dejarlo hablar de sus sentimientos. Los guardaba, porque no deseaba que nadie supiera que él también podía ser frágil y llorar.

Él siempre pretendía ser perfecto, tanto en casa como en la escuela, nada podía turbarlo. Él sacaba las mejores calificaciones, mantenía el hogar impecable y guiaba a sus hermanos menores hacia un futuro brillante.

Después de un rato caminando y platicando, llegamos a mi casa.

Mamá ya estaba esperándome.

Capítulo 21

Capítulo XXI

Cuando toqué ella salió rápidamente, así que intuí que estaba en el jardín.

—Helena Abril De la Vega Linares, ¿Dónde estabas, señorita? ¿Qué te dije sobre andar en la calle sola? ¿Eh? Hoy tembló y tú estás, en la noche, muy campante ¿Qué tal sí vuelve a moverse la tierra? ¿Sabes lo preocupada que estaba? ¡Niña rebelde! — Me dio un mini zape en la cabeza. Llena de furia, me dirigió una mirada reprochándome.

— ¡Auch! ¡Eso dolió! — Me sobé la cabeza. — Avisé que iba a estar en el parque, mamá. Le dije a la abuela y a mis hermanas, yo no tengo la culpa que ellas no hayan dicho nada.

Mamá rodó los ojos. Cruzó los brazos negando con la cabeza.

— ¡Válgame Dios! Por un momento pensé que estabas en alguna protesta...

— Mamá, por favor... Vine de la escuela a la casa directamente. Hasta te llamé...

—No seas respondona, Helena... Ya metete, tu abuela ya está dormida en el sillón. Ni terminó de ver su telenovela porque se fue la luz y luego volvió.

Fue entonces cuando mamá notó su presencia, miró a Gerardo con curiosidad.

— ¿Quién es este jovencito? — Arqueó la ceja izquierda interrogándome.

— ¡Oh, mamá! Mira, él es Gerardo, es primo de mi amiga Eva. Estuvimos platicando en el parque un ratito. — Giré la cabeza para presentarlos. — Gerardo, ella es mi mamá, se llama Ana María Linares.

— Buenas noches, jovencito. Un placer —. Lo observó cuidadosamente, entrecerrando los ojos.

— Buenas noches, doña Ana María. Es un gusto conocer a la mamá de Helena — ambos se dieron la mano.

— Gracias por acompañarme a casa, Gerardo.

— De nada, Helena. Es un gusto coincidir contigo.

Asentí sonriéndole.

Gerardo estaba a punto de despedirse, pero mamá no le dio tiempo de hacerlo y rápidamente lo invitó a cenar.

Yo quedé sorprendida; ella jamás había hecho algo así con el novio de Maggie, él era una persona no grata para mi santa madre. Bueno, en general, a las únicas personas que les permitía quedarse a cenar eran a nuestras mejores amigas o a mis amigos de la banda. A nadie más.

Mamá siempre era muy celosa de nuestra intimidad. No permitía que gente desconocida entrara a nuestra casa. Me quedé pensativa tratando de descifrar qué estaba planeando en realidad.

Gerardo, al principio se negó. Mamá lo convenció después de un intercambio de palabras. Gerardo aceptó, con la condición de que lo dejáramos hablar a su casa para avisarle a su mamá y no preocuparla.

—Falla la línea, así que insista.

Le indiqué el camino a Gerardo. Él parecía contrariado al igual que yo. Solo me encogí de hombros cuando me dirigió una mirada intentando entender a mamá.

— No se preocupe, jovencito, pase adentro, por favor.

Ya en casa, Gerardo marcó una y otra vez sin éxito, tardó un buen rato en lograr comunicarse con su madre.

— ¿Mamá? Soy yo... Estoy en casa de mi amiga Helena... Sí, ella también es amiga de Eva... Sí, la chica que canta bonito... Su mamá me ha invitado a cenar, así que llegaré en un rato... No, no te preocupes. Sí, volveré con cuidado. Lo prometo.

Al finalizar la llamada, nos agradeció.

Le sonreí diciéndole, mientras inclinaba la cabeza:

— Wow! Tu mamá ya me conoce como la “chica que canta bonito”.

Gerardo, manteniéndose serio, me respondió:

— Ella te vio cantar esa noche... Ella dijo que cantas bonito y que eres toda una artista.

Abrí la boca ¿Qué habrá pensado su mamá de mí? ¿Me había visto convertirme en un mapache cuando la máscara se corrió?

Mamá no perdía ni un solo detalle de nuestra conversación. Así fue como Gerardo obtuvo la aprobación de mamá para acudir a casa.

Para ella, que Gerardo resaltara la importancia de notificar a la familia siempre, fue un gran acierto.

* * *

A las nueve y cuarto fuimos al comedor. Mi abuelo ya estaba ahí, poniendo los manteles individuales sobre la mesa. Mi abuela preparaba café con canela y leche. Irene empezó a hacer las tortas de frijoles negros con queso y chipotle; Gerardo se lavó las manos y le ayudó a mi hermana.

— Eres nuestro invitado — mamá le dijo, pero él continuó cortando el pan— ¿Dónde le agarró el temblor, jovencito?

— Estaba en la escuela en ese momento, doña Ana María; me encontraba repasando algunos temas importantes. ¿Y usted? — Preguntó educadamente sin dejar de prestar atención en la preparación de la cena.

— En el trabajo, fue espantoso. Se movió horrible todo el edificio ¡Bendito Dios no pasó a mayores!... Ustedes no se acuerdan, estaban muy chiquitos, cuando ocurrió el espantoso terremoto del Ángel.

Gerardo llevó la charola con las tazas de café (mientras escuchaba a mamá narrar la historia del sismo del '57), y yo llevé las tortas. Rosalina colocó el canasto de pan dulce y el bote azúcar.

Gerardo se sentó al lado de mi abuelo, yo estaba enfrente de ellos. Aproveché para presentar, a Gerardo, al resto de la familia. El abuelo lo reconoció como alumno suyo. Destacó lo buen estudiante que fue.

— ¡Gerardo Emmanuel Vázquez Molino! ¿Cómo iba a olvidarme de un muchacho tan brillante y responsable? Me da mucho gusto verte otra vez, y que seas amigo de mi nieta Lenita es un muy reconfortante.

Mi abuelo estaba orgulloso al saber que Gerardo estaba estudiando una profesión. Se abrazaron y platicaron un poco.

— Abue, Gerardo es muy bueno con las matemáticas, incluso da clases de regularización — dije con toda la intención de que mi abuelo lo apoyara.

— Oh, muy bien, hijo. Varios de mis ex estudiantes, que ahora son padres, me han pedido que les dé clases a sus hijos. Pero a mi edad, ya

se me complica mucho dar tantas lecciones, sí estás de acuerdo te recomendaré como tutor. Déjame tus datos con Lena, para que ellos se pongan en contacto contigo.

— Gracias, profesor Linares.

Gerardo agachó la cabeza en señal de agradecimiento.

La cena fue sumamente agradable, me sentí tranquila después de un día tan caótico.

Después de comer, nos fuimos a la sala, justo en ese momento se fue la luz.

Rosalina acudió a encender unas velas para iluminar el lugar.

Gerardo se sentó cerca de mis abuelos, pude notar que tenía una linda sonrisa y mantenía muy buenos modales. Además de mostrarse sumamente sencillo en su forma de hablar.

La sobremesa se prolongó hasta casi las once de la noche cuando volvió la luz; Gerardo insistió en lavar los trastes, mamá no quería. Al final acabó cediendo. Ambos estuvieron platicando en la cocina, aunque no supe cuál fue el tema de conversación, pues Rosalina les comentaba a mis abuelos los terribles sucesos que se estaban desarrollando.

Maggie llegó justo cuando Gerardo ya se estaba subiendo al auto de mamá, pues lo llevaríamos a casa.

— Mira, Gerardo, ella es mi hermana Magdalena. Maggie, él es primo de Eva.

Maggie le dio la mano esbozando una tímida sonrisa. Mi hermana lucía sumamente cansada. Rosalina se ofreció a prepararle algo, ella se negó argumentando que ya había cenado en el hospital.

Se despidió y subió a su habitación. Mamá ya estaba arriba del auto, después se bajó para ir por su suéter, el cual había dejado en su cuarto. Mi madre jamás salía sin un suéter, ni nos dejaba salir sin él.

— Mi hermana es enfermera — traté de excusar a Maggie.

— Entiendo, no te preocupes— contestó Gerardo. Quedamos en silencio unos minutos hasta que retomó la palabra— Helena, ¿Qué harás mañana?

— No tengo nada planeado— respondí mirando por la ventana.

— ¿Te gusta el teatro? Tengo dos boletos para una función. Uno de mis amigos estará presentándose en una obra y me invitó a ver su trabajo. ¿Quieres ir conmigo? Según lo que me dijo, hace rato, el teatro no sufrió daños tras el sismo.

Guardé silencio un momento, después giré la cabeza para verlo y asentí.

— ¿A qué hora es la función y en dónde?

— Es a las cinco de la tarde, está cerca del Zócalo.

Mamá entró al coche, quejándose del frío.

— Mamá, ¿Puedo ir con Gerardo mañana al teatro? — Mamá me miró por espejo retrovisor. — La función empieza a las cinco, parece que es cerca de tu trabajo.

— Sí, está bien. Gerardo, cuida muy bien de mi hija. Ella es mi tesoro y si algo le pasara, sería capaz de todo por ella — la voz de mamá sonaba alegre, pero dio una clara advertencia.

— Lo sé, cuidaré bien de Helena y llegaré sana y salva a casa. Gracias por darle permiso.

— Bueno, muchachos, pónganse de acuerdo en lo que llegamos... ¿Creen que llueva?

Literalmente, Gerardo vivía a dos cuadras de mi casa. El trayecto era relativamente corto en auto.

Mamá tocó el claxon dos veces al estacionarse afuera del hogar de él.

Ya estaba chispeando en el momento que Gerardo bajó del auto, yo lo acompañé hasta la entrada de su casa. Gerardo ya iba a abrir el portón, para meterse, cuando le dije:

—Gracias, Gerardo, ha sido una de las mejores noches de mi vida. Nos vemos mañana.

— Que descanses, Helena. Gracias por traerme.

Me devolvió una sonrisa, se despidió con la mano. No supe si había sido mi imaginación o algo, en él, había comenzado a cambiar.

Capítulo 22

Capítulo XXII.

Dio media vuelta, abrió el portón; yo subí al auto. Él se despidió nuevamente con la mano.

Mamá sonrió.

— Ese muchacho me cayó muy bien, hija. Es agradable. No he tenido ninguna sensación de peligro como me pasó con el tarado de Leonardo — me dijo cuando entré al auto.

— Nos estamos haciendo amigos, mamá — quise dejarle en claro que no estaba enamorada de Gerardo. Me agradaba bastante su compañía, además podía ser yo misma. Muy dentro de mí deseaba que pudiéramos convertirnos en mejores amigos, así como había pasado con Sole.

— Y eso me agrada, hija. Tienes derecho a conocer el mundo y personas. Él parece ser un buen jovencito — me tomó la mano.

— Gracias, mamá, por apoyarme.

Ella encendió el auto, yo me recargué en la ventanilla y comencé a bostezar. Estaba tan cansada que lo único que deseaba era ducharme e irme directamente a la cama. La semana fue demasiado pesada para mí.

Al volver a casa, fui directamente al baño.

Me duché y sequé mi cabello rápidamente. Me estaba quedando dormida.

—Gerardo parece ser un caballero y un muchacho muy educado — me dijo mamá antes de darme la bendición de la noche.

— Eso parece, mamita. Voy a dormirme, buenas noches.

Le di un beso en la mejilla y fui directamente a acostarme.

* * *

El sábado me levanté tarde, eran casi las diez cuando abrí los ojos. Al verme en el espejo, mi rostro estaba hinchado por haber llorado tanto la noche anterior.

— Ponte una cuchara fría, te ayudará a bajar la inflamación — dijo Irene.

— ¡Lena ya tiene novio! — Rosalina, que estaba comiendo su cereal, aprovechó para fastidiarme.

— No es mi novio — contesté indignada, volteé a mirar a mi madre — ¡Mamá, dile algo!

— Rosalina, deja en paz a tu hermana. Ella también tiene otros amigos hombres, por ejemplo, Roberto. Que platique con muchachos es lo más natural del mundo.

Rosalina me enseñó la lengua, yo tomé la cuchara amenazándola con ella.

— Ay, mamá, nada más estaba bromeando. Lena no aguanta nada. Ja, ja, ja.

— ¡Qué simplona eres! — respondí dando un largo bostezo. — Lo siento, estoy muy cansada.

— ¿A qué hora vas a reunirte con este muchacho Gerardo? — Mamá estaba bebiendo su café con leche como cada mañana.

— Antes de las cuatro, dijo que llamaría antes de salir— respondí mientras me servía agua.

— ¿Y a dónde van a ir? — Irene, en pijama rosa, ya estaba sentada comiendo huevo a la mexicana. Tomó una tortilla para ponerle salsa roja.

Jalé la silla; agarré un plato para servirme el desayuno.

— Al teatro. Yo creo que a las ocho de la noche ya estaremos de regreso aquí. De todos modos, llamaré cuando lleguemos y al terminar la función. Ojalá no haya mucha gente en la fila.

— ¿Vas a llevar suéter? ¿Verdad?— Asentí riendo ante la pregunta de mamá, quien ya tenía el periódico en la mano — Bueno... Jovencitas, ya estalló la huelga en sus escuelas...

Irene estuvo a punto de atragantarse con el jugo de naranja.

— ¿Qué va a pasar con las clases? ¿Eso significa que no iremos a la escuela? — A Rosalina se le olvidaron sus bromas.

— Tendrán que ir a algunas reuniones informativa. Las huelgas generalmente son largas, aunque no sé cómo será esta vez — contestó Irene. — Helena y Rosalina, por favor, tengan cuidado.

Mi madre y mi hermana dirigieron su atención hacia mí, me limité a seguir comiendo como sí no me hubiera dado cuenta.

—Helena, te lo vuelvo a repetir, no te vayas a meter de organizadora. Siempre, pero siempre el gobierno va tras los rostros más visibles de un movimiento.

Apenas acababa de pasar bocado, aquellas palabras me cayeron mal. Traté de mantener la compostura y fingí que no me habían incomodado, aunque el tono de mi voz me delató.

— ¡Mamá! Marijo es la compañera representante de nuestro salón, y hay un delegado de nuestra Facultad. Yo no soy popular, sí soy sociable, pero no para ser representante. Y tampoco quisiera que les pasara algo malo... Yo también quiero que esta situación se solucione de la mejor manera. Odio perder clases.

— Lena, nadie quiere que les ocurra una tragedia ¡Ni Dios lo mande!— mamá me observó de reojo, sin soltar su taza de café. — Solo te estoy diciendo que tengas prudencia en tu actuar. Y no solo tú, también los otros muchachos deben hacerlo.

— Ya lo sé — contesté.

Seguimos desayunando, aunque el silencio se adueñó de la cocina.

Sí algo empezaba a importunarme era que mamá siempre me tomara como una agitadora.

Era verdad que protestaba contra la injusticia y daba mi punto de vista cuando lo creía necesario; pero no era para ser catalogada como una persona que fuese capaz de organizar toda una concentración, de miles de estudiantes, para protestar. Mamá tenía que dejarme de ver como una “alborotadora” o como una persona con gran capacidad de convocatoria. Yo no era muy “enérgica” como ella pensaba, tampoco entendía que la molestia era generalizada; todos estábamos unidos tratando de hacernos oír en medio de una ola de críticas feroces, por parte del gobierno y la prensa, hacia el estudiantado.

Aún así, entendía el punto de vista de mi madre, por ello, decidí no causarle mayores angustias. Iba a mesurar mi comportamiento.

A pesar de haberme levantado tarde, me apuré a realizar mis actividades domésticas antes de salir. Dejé preparada una sopa de verduras y arroz rojo.

— Helena — era la voz de mamá que me llamaba desde su habitación. —

Ven un momento.

Subí inmediatamente, llamé a la puerta y me senté en la cama. El buró de mamá estaba lleno de retratos de nosotras y de papá.

— Lena, sé que te molesta, que te diga, que no te involucres demasiado en la situación que están viviendo los estudiantes. Sé que es injusto y es una salvajada lo que han hecho las autoridades... Es indignante y estoy tan molesta como tú. Cuando te pido que tengas cuidado, no lo hago para fastidiarte ni para acallarte, solo tengo miedo de que te hagan daño. Tú has escuchado las historias de mi papá sobre la Revolución... Y me...

— Mamá, entiendo. No te preocupes, no haré nada que me ponga en peligro — me mostré tranquila.

Ambas nos abrazamos.

— Yo también estoy harta de este maldito gobierno, no eres la única — expresó con furia.

Capítulo 23

CAPÍTULO XXIII.

A las dos de la tarde aún estaba como Cenicienta. Me había ya bañado, lavado los dientes y secado el cabello, pero ni siquiera había pensando en qué iba a ponerme. Me tiré en la cama mirando al techo, no sé en qué momento me quedé dormida.

— ¡Lena, despierta! — Sentí que alguien me movía — ¡Por el amor de Dios! ¡Ya es tarde!

— Déjame dormir — contesté adormilada.

— ¡Lena, Gerardo Emmanuel Vázquez Molino llega en quince minutos!

Abrí los ojos rápidamente, aventando la almohada y poniéndome de pie, me sentí mareada.

Entré en pánico, me miré al espejo.

— ¿Por qué no me despertaste antes, Rosalina?

— Te quedan catorce minutos...Ja, ja, ja, ja, ja.

Mi hermana salió de mi habitación. Rápidamente corrí hacia mi armario. Como iba a ir al teatro, saqué un vestido negro con caída amplia, de manga larga, cuello redondo y abajo de la rodilla. Nunca antes me había vestido tan velozmente, me coloqué las mallas negras, elegí unos zapatos negros de tacón bajo y cuadrado.

— Te quedan diez minutos, ja, ja, ja.

— ¡Cállate, babosa! — grité.

Elegí una cadena plateada con un colgante que mamá me había regalado. Acomodé los broqueles en mis oídos. Estaba nerviosa al peinarme en un moño alto; no tuve tiempo de maquillarme.

Tomé mi bolsa negra y el suéter blanco que mi abuela me había tejido. Coloqué el reloj en la mano derecha, mientras bajaba la escalera roció perfume sobre mi ropa.

Rosalina estaba atacada de la risa desde el sillón con su tazón lleno de palomitas.

— ¿A dónde tan arregladita? ¿Al teatro? A mí me parece que vas a una cita con un muchacho guapo. Ja, ja, ja, ja, ja, ja. Ay, Dios, ja, ja, ja, ja.

— ¡Rosalina, ya deja en paz a tu hermana! — Mamá la regañó. — ¿Por qué eres así con ella? Lena no vive en la Edad Media, está en toda libertad de salir con sus amigos.

— Todo lo que tienes en la cabeza, para incomodarme, son muchachos.

— ¿Cuáles muchachos? ¿Con qué muchachos te he relacionado? Él único chico que te ha acompañado hasta la casa es Gerardo — rezongó Rosalina.

— Mira, hermanita, no vas a hacerme enojar... Y para tu información, hace mucho que no voy al teatro, así que no perderé la oportunidad solo porque tú te ríes de mí. — Contesté, mientras daba una mirada crítica a mi apariencia en el espejo. Lucía bastante presentable, mi rostro se veía lindo sin maquillaje, incluso, parecía un par de años más joven.

— A mí me parece que ese chico, cof, cof... — Mi hermana se estaba atragantando. — Ay, Dios, mi garganta.

— ¡Dios te acaba de castigar! — le dije con un gesto triunfante. — Para que aprendas a no meterte conmigo.

Di la media vuelta y alisé mi vestido.

Sonó el timbre en el momento que mamá me estaba dando la bendición. Rosalina me enseñó la lengua.

— Ya llegó Romeo por Julieta, cof, cof... ¡Dios, están tan resacas estas palomitas — Rosalina bebió agua, después se levantó sonriéndome— Ya en serio, ¡Cuídate, Lena!

— ¡Babosa! — Sonreí — Te veo en un rato. Te quiero ¡Toma más agua!

Mi hermana me guiñó el ojo y se despidió con la mano.

— Llamas cuando llegues al teatro y al salir. Te pones el suéter, va a bajar la temperatura. Mantén la calma en caso que vuelva a temblar— Mamá me acompañó a abrir la puerta, dándome treinta mil recomendaciones.

— Sí, mamá.

— Deja te acomodo ese fleco ¡Te ves hermosa, mi niña! Cuídate. — De pronto, mamá bajo la voz, se acercó a mi oído y dijo— Sí se quiere pasar de listo, le das una patada en aquel lugar... Nunca se sabe. Y te juro que

le daré una paliza sí se atreve a tocarte un cabello.

Asentí, aunque dudé que Gerardo fuera ese tipo de hombre. De todas formas, estaba preparada para reaccionar ante cualquier situación.

* * *

Usando un pantalón recto negro perfectamente planchado y un suéter azul marino en cuello v sobre una camisa blanca, Gerardo ya esperaba afuera de mi casa. Su cabello estaba peinado hacia atrás.

— Buenas tardes, señora. — Mantuvo nuevamente los modales y la seriedad que le caracterizaban.

— Buenas tardes, Gerardo. — Mamá tenía los brazos cruzados — Te encargo que no regresen tarde, por favor. Vayan con cuidado.

— No se preocupe, señora. Gracias por su confianza.

Le di un beso a mamá.

— ¡Qué Dios los acompañe y los traiga con bien!

Al voltear, vi que Rosalina estaba parada junto a la bugambilia sonriendo. Me guiñó un ojo. Me despedí con la mano.

Aunque eran los primeros días del verano, gracias a las lluvias, todo estaba reverdeciendo en las calles, incluso en el cerro. Un delicado olor a eucalipto invadió mi nariz.

Gerardo y yo caminábamos juntos. Durante el trayecto hacia la parada del pesero, ninguno de los dos hizo ningún comentario. El silencio fue incómodo para mí, y creo que también lo era para él.

— ¿Crees que llueva? — Pregunté. Fue la interrogante más inteligente que se me ocurrió en aquel momento.

— No creo, no parece que vaya a llover, el cielo está sin una sola nube.

— Me gusta tu suéter, es tan bonito. — Traté de romper el hielo.

— Gracias...También es lindo tu suéter, Helena, parece bastante cómodo — me miró sonriendo.

Comenzamos a hablar sobre el tema de la huelga, aunque en realidad, no

sabíamos casi nada. Tendríamos que esperar hasta el lunes.

En el pesero no nos tocó sentarnos juntos. Aproveché para ir mirando por la ventana, como siempre lo hacía. Siendo muy sincera, esa tarde lo hice para controlar mi nerviosismo.

Francamente era la primera vez que salía sola con un muchacho, nunca antes tuve un novio, mucho menos una cita. Aunque en este caso, no era una cita, solo una salida normal con un chico, con el cual deseaba forjar una amistad.

Volví a concentrar mi atención en el trayecto. Los rayos del Sol eran cada vez más débiles, en menos de tres horas comenzaría a oscurecer.

Gerardo estaba sentado del otro lado del pesero, así que vi discretamente, por unos minutos, su fisonomía: podría decir que era un chico atractivo; la ligera luz solar le daba un matiz, a su piel, sumamente hermoso.

Gerardo tenía un poco desviado el tabique nasal; uno de sus pómulos estaba marcado por una cicatriz que casi no se notaba. La tonalidad del cabello negro contrastaba con sus ojos marrones claros y aquellas cejas redondas, ligeramente pobladas, le daban un toque de dulzura a ese rostro, que siempre mostraba una enorme seriedad.

Ahora que estaba conociéndolo mejor, supe que esa frialdad, que mostraba al mundo, solo era una máscara para proteger la confusión que sentía.

Como el transporte ya no podía pasar por el primer cuadro de la ciudad, tuvimos que bajarnos antes; recorrimos la Alameda Central, de ahí nos fuimos caminando hacia el teatro. Sosteniendo la bolsa y el suéter, observé a mí alrededor:

La tarde parecía alegre, las familias caminaban disfrutando de un helado, platicando y riendo, ellos parecían haber olvidado que un día antes había temblado; metros más adelante vi a algunos granaderos y soldados, sentí escalofríos. Los edificios antiguos contruidos durante la época colonial, contrastaban con los nuevos negocios abiertos y la modernísima Torre Latinoamericana. Me pregunté cómo se vería la ciudad desde arriba, sobre todo al atardecer.

Capítulo 24

CAPÍTULO XXIV.

— Llegamos a buena hora. — Gerardo me sacó de mis pensamientos, así que asentí con la cabeza.

Era tan raro, para mí, estar al lado de un muchacho, generalmente estaba rodeada de mujeres.

— Sí, lo bueno es que no había tanto tráfico.

Caminamos un par de calles más, sin decir nada; la melodía del organillero nos acompañó, la fui tarareando en mi mente, como si fuese un precioso recuerdo de aquel día.

— Hemos llegado — dijo Gerardo.

El recinto parecía bastante antiguo, con ese color grisáceo que identificaba a tantas construcciones edificadas siglos atrás.

La cartelera, por el contrario, anunciaba con colores alegres las obras que se estaban presentando en el lugar.

Hicimos fila para la taquilla, aunque la encargada le dijo a Gerardo que entregara los boletos al acomodador, quien se encontraba justo en la entrada del teatro y le dio dos folletos.

— Buenas tardes, ¿Me permite sus entradas, caballero? — Le dijo un hombre, vestido impecablemente.

Gerardo se los dio.

— Gracias, pueden pasar. Que disfruten la obra.

— ¡Muchas gracias! — Dijimos los dos al mismo tiempo. Nos miramos y sonreímos. Me encogí de hombros un poco apenas.

Otro acomodador nos hizo el favor de llevarnos a nuestros asientos.

— Por aquí, por favor.

Me mantuve a su lado mientras recoríamos el pasillo. Ninguno de los dos dijo una palabra.

Nos ubicaron en medio de la penúltima fila. Gerardo me dejó pasar primero, mientras pedíamos permiso a los otros asistentes que ya estaban

sentados.

Los asientos oscuros eran tan confortables, así que me acomodé con calma. De los altos techos del teatro pendían unos dorados candelabros, las paredes pintadas de color melocotón daban una sensación de tranquilidad. Me agradó bastante la arquitectura del lugar.

Las largas cortinas rojas aún no se descorrían, así que continué dando un vistazo por el teatro.

Respiré profundamente. Gerardo estaba leyendo el folleto. En ese instante noté que ambos podíamos estar en silencio y era agradable compartirlo.

— ¡Segunda llamada! — escuchamos por los altavoces.

Me acomodé en el asiento, doblé el suéter colocándolo sobre mis piernas junto con mi bolsa. Abrí el folleto para leerlo, la sinopsis inmediatamente captó mi atención e intuí que la obra sería fabulosa.

Algunas personas, delante de nosotros, estaban cuchicheando.

— ¡Tercera llamada! ¡Comenzamos!

Las luces se apagaron.

La escenografía e iluminación, el vestuario y la música.

Mantuve toda mi atención en la obra, basada en una de las tragedias de Shakespeare y adaptada a la época actual; mi concentración estaba puesta en el escenario, en los actores y diálogos. Olvidé, incluso, que estaba con Gerardo.

Al finalizar la puesta en escena, aplaudí muchísimo, pues me encantó.

— ¿Qué te pareció, Helena? — me preguntó mientras esperábamos para salir. Continuábamos en los asientos.

— Me gustó mucho, gracias por invitarme. — Sonreí sinceramente.

— Gracias a ti por aceptar acompañarme. — Su mirada mostraba calidez.

— Hace mucho tiempo que no acudía al teatro, disfruté la obra. — Incliné la cabeza.

— Helena, quiero presentarte a mi amigo.

Asentí.

Cuando el teatro comenzaba a quedarse ya sin espectadores, los dos nos pusimos de pie rumbo a la salida. En el pasillo, caminamos uno al lado del otro.

Afuera, la noche ya había caído. El alumbrado público estaba encendido con su color ámbar.

Los letreros luminosos, de los negocios, me encandilaron por un momento. Parpadeando, me puse el suéter pues empecé a tener frío, estaba bastante fresco el ambiente, incluso olía a tierra mojada. Observé el cielo oscuro, algunas estrellas eran más brillantes que otras y las nubes comenzaban a formarse. Tal vez si llovería.

Un aroma a azúcar y harina frita llegó a mi nariz, al buscar el lugar de dónde provenía; observé que, cruzando la calle, se encontraba una vendedora de churros.

— ¿Quieres churros? — Le pregunté a Gerardo — Yo invito.

— Sí. Gracias, Helena.

Me fijé muy bien, que no viniera algún automóvil antes de atravesar la calle; saqué mi monedero de la bolsa, pregunté el precio y pagué. El olor azucarado hizo que mi boca se hiciera agua.

Al volver, Gerardo tenía su atención fija en mí, tras él estaba una farola. Me hubiese gustado tener una cámara fotográfica para capturar aquel momento.

— Toma una servilleta — le extendí la mano a Gerardo. — Agarra con confianza.

— Gracias, Helena — se llevó un churro a los labios, los cuales se llenaron de azúcar. Sonreí. Él se limpió inmediatamente, estaba tan acostumbrado a su perfección que era difícil que se permitiera cometer “pequeños errores” como ese.

— Dime “Lena”— contesté con voz cálida. Un minuto después recordé que no había telefonado a mi casa ¿Cómo pude olvidarme? — Espera, sostén esto, por favor. No le llamé a mi mamá, me matará... ¡Dios bendito, apiádate de mí!

Con la mirada busqué un teléfono público. Vi uno, nuevamente crucé la calle cuidadosamente; dos personas estaban formadas antes. Esperé unos cinco minutos antes de poder comunicarme a casa. Marqué nerviosa, exhalé esperando que diera tono. Cuando escuché la voz de mamá,

esperé que me regañara, lo cual no sucedió.

— Mamá, perdón por no llamarte antes... Sí, ya salimos del teatro... Yo creo que en una hora estaremos ahí... Sí, estamos bien. Te veo en un ratito.

Al volver, Gerardo ya estaba platicando con otro muchacho, al cual vi actuar en la obra.

Me acerqué silenciosamente, colocándome al lado derecho de Gerardo, cuando se dio cuenta que ya estaba ahí, él me presentó.

— Diego, déjame presentarte a una amiga; ella es Helena — me señaló.

— Buenas noches, Helena, me llamo Diego, un gusto conocerte. Soy compañero de clase de Gerardo — me extendió la mano con amabilidad. Era un chico moreno y alto.

— Hola, mucho gusto, Diego. Me encantó tu actuación en la obra. Tu personaje mostró bastantes matices. Mil gracias por los boletos.

— Gracias, Helena — sonrió — Gerardo me ha hablado bastante de ti en días recientes. Dijo que eres extraordinaria cantando y muy talentosa tocando la guitarra. Ojalá un día pueda oírte cantar. Será un honor para mí.

— Eh... Este, le he dicho que también eres amiga de mi prima Eva — Gerardo, trató de mantener su seriedad.

Diego cruzó los brazos mirando divertido a su amigo.

— Helena, Gerardo me dio las mejores referencias musicales acerca de ti. No paraba de decir que te adueñas de las canciones y les das un toque diferente.

— No lo sabía, Diego — di un vistazo a Gerardo, él parecía un poco avergonzado. — Mil gracias por tus amables comentarios, Gerardo.

— Diego, solo he comentado lo talentosa que es. Helena tiene una banda y hacen un gran equipo — Gerardo ya no sabía cómo componer la situación.

— Diego, ojalá un día puedas escucharnos tocar — añadió.

Diego soltó una risita que hizo que Gerardo volviese a su habitual frialdad. Luego le dio una palmada en el brazo.

— Está bien, hermano... Ya entendí — Diego mostraba una sonrisa con la cual buscaba escudriñar en las emociones de Gerardo, que continuaba con esa expresión imperturbable — Helena, me encantará escucharlos. Gerardo me contó que, en la fiesta de su prima, ustedes fueron un éxito.

— ¡Gracias! Tocamos casi una hora y además, el público fue muy entregado.

Ladeé la cabeza recordando esa noche.

Unos minutos después, Diego se despidió de nosotros, pues iría a cenar con sus compañeros. Prometió volvernos a invitar a otra obra de teatro.

— ¿Nos vamos o deseas caminar un rato más? Podemos ir a tomar un café si gustas. — Me preguntó Gerardo. Aunque no deseaba irme, sabía que tenía que respetar el permiso que mamá me había dado. Me habría encantado estar más tiempo en el centro de la ciudad.

— Gracias por la invitación, pero debo llegar temprano a casa.

Ambos sabíamos que estar más tarde, por la zona, significaba peligro.

Nos pusimos en marcha, el viento frío movió mi flecho haciendo que el cabello me picara un ojo. Me detuve un momento, al mismo tiempo en que un camión lleno de granaderos pasaba muy cerca de nosotros.

Temblé asustada.

Gerardo palideció y se acercó más a mí, tratando de pasar desapercibidos entre las personas que estaban ahí, volteamos como si estuviéramos observando el negocio que estaba tras nosotros. Ambos mantuvimos la cabeza agachada hasta que el camión se alejó. Nos miramos contrariados, sabíamos que no era una exageración cuando nos habían pedido que no estuviéramos en las calles durante la noche. En ese momento, ser estudiante significaba ser un peligroso enemigo para un sistema basado en el sometimiento y acallamiento de la sociedad.

—Ya se han ido — Gerardo trataba de disimular que estaba temblado, él estaba igual de aterrado que yo, solo que sabía ocultarlo.

Suspiré. Ambos nos pusimos rápidamente en marcha para tomar un camión y volver a casa. Teníamos que alejarnos lo más rápido posible de ahí, no sabíamos si volverían.

Capítulo 25

CAPÍTULO XXV.

— ¿Estás bien, Lena? Te ves muy pálida.

Yo continuaba asustada; cuando vi ese camión, recordé todos los comentarios que había escuchado. Aunque quería mantener el control, no pude, temí que se dirigieran a otra escuela y agredieran a más estudiantes...

— Yo también tuve miedo cuando los vi — la voz de Gerardo me sacó de mis pensamientos.

— No puedo creerlo, Gerardo, es inadmisible. Los estudiantes no somos criminales. No hicimos nada malo.

— Nuestro único pecado es no aceptar sus imposiciones, ni guardar silencio ante la injusticia. No somos marionetas y no queremos el destino que tienen trazado para nosotros.

Cuando llegamos a la parada del camión, yo no dejaba de estar atenta a lo que ocurría en la calle: todo parecía normal, nada parecía fuera de lugar, pero yo no podía confiarme.

Gerardo y yo nos sentamos juntos en el pesero. Platicamos de algunos temas referentes a la obra y tratamos de mantener el tema de los granaderos fuera de la conversación, hasta que unos muchachos, que subieron después y se sentaron adelante de nosotros, hablaron sobre los sucesos estudiantiles.

Los detalles de su charla eran escalofrantes y sangrientos. Sentí un nudo en la garganta y tirité llena de desasosiego. Gerardo puso, brevemente, su mano sobre mi brazo, yo lo miré con la angustia reflejada en el rostro.

— Helena, ¿Te gusta el helado?

— ¿Qué? Disculpa, no te comprendo — Respondí sorprendida, no entendía por qué me pregunta sobre helados en ese momento.

— Que si te gusta el helado.

Su pregunta me desconcertó, él me veía tratando de transmitirme calma.

— Sí... Me gusta el helado de fresa... — mi voz estaba entrecortada.

— A mí me gusta el de chocolate — contestó — ¿Escuchas la radio al hacer la tarea?

— Sí. Abro la ventana para sentir el viento, me ayuda a concentrarme mejor.

El nudo en mi garganta se fue deshaciendo conforme iba hablando de las cosas que me gustaban hacer, al mismo tiempo, aprendí más de Gerardo. Su conversación era amena, él era muy inteligente y sabía explicar los temas de forma sencilla. Las luces de los automóviles, el alumbrado y de las casas me parecían miles de luciérnagas, brillando en aquella noche veraniega.

El trayecto, a casa, me pareció tan corto, me hubiera encantado seguir platicando.

Al bajar del pesero, Gerardo me dio la mano.

— Gracias.

Caminamos sin decir nada. Me agradaba su presencia; deseaba que pudiéramos convertirnos en buenos amigos y acompañarnos en el viaje de la vida.

Mantuve las manos cruzadas sobre el pecho, no porque estuviera enojada o incómoda, tenía un poco de frío. Su voz amable invadió nuestro camino. Le di un vistazo, apreté los labios y medio sonreí.

— Oye, Lena, gracias por acompañarme. Es grato conocer a alguien que disfruta del arte. Bueno, tú eres una cantante, aprecias las bellas artes.

— Al contrario, fue bueno despejarme y concentrarme en otras cosas, ajenas a la situación que estamos viviendo— suspiré.

— ¿Sabes? — Se detuvo un momento, parecía buscar entre sus recuerdos. — Me sorprendió saber que estudiabas administración. Francamente, pensé que tomabas clases en el conservatorio o en estabas cursando una carrera referente a la actuación. Tienes una voz poderosa, que merece ser escuchada por todos los habitantes del planeta.

Reí suavemente, después me mordí los labios, nerviosa.

— Gracias, tus palabras son tan amables.

— Es la verdad, Lena— me sonrió. Sentí que me prestaba más atención de la usual. — Tienes hoyuelos en las mejillas, qué lindo se vio el gesto que

acabas de hacer.

— ¿En serio? — Resoplé riendo, arrugué la nariz. — No sé qué hice.

— Lena, eres una persona muy agradable, ¿Podemos ser amigos?

— Lo mismo digo de ti, me encanta la idea de ser amigos.

Nos estrechamos la mano, nos miramos fijamente a los ojos. Gerardo y yo éramos oficialmente amigos; mi corazón latió rápidamente, me sentí tan dichosa.

— Espero que podamos mantener, por siempre, nuestra amistad — sugirió.

— Hasta que seamos abuelitos y les contemos a nuestros nietos que nos conocimos por culpa de un suéter, que se quedó atorado en un alambre.

Gerardo agachó la mirada, mientras continuaba riéndose.

— ¿Te imaginas que tengamos sesenta años y sigamos platicando en el parque? — Le estreché la mano con fuerza — Promete que haremos todo lo posible por ser buenos amigos hasta el final de nuestras vidas.

Gerardo asintió diciendo, con cálidas palabras, que así sería.

Continuamos caminando, aunque siendo muy sincera, íbamos muy lento; quería disfrutar hasta el último minuto de la noche y parecía que él deseaba algo similar.

No dijimos nada más, sentí que las palabras arruinarían el tranquilo momento. Me concentré en el presente.

Cuando llegamos a mi casa, él estaba con las manos metidas en los bolsillos.

— ¿Quieres pasar a tomar un chocolate caliente o un té de manzanilla? — Le pregunté.

Por un instante pensé que aceptaría, pero se mantuvo dubitativo. Al final, no aceptó.

— Gracias. Me encantaría, pero ya es tarde. Tienes que descansar y yo también; debemos reponer energía para la semana que espera por

nosotros.

— Está bien — ambos nos quedamos parados uno frente al otro, sin saber qué más hacer.

Nuevamente apareció el silencio, traté de mirar hacia el cielo nuboso; era increíble la forma en que se había cubierto de nubes rápidamente. El viento frío movía mi cabello.

— ¡Oye! — Ambos hablamos al mismo tiempo, nos miramos directamente a los ojos y después soltamos la carcajada.

— ¡Tú primero! — Al ver que volvimos a coincidir en las palabras, continuamos riéndonos. Él tenía una risa muy contagiosa y se veía tan libre al divertirse. Me lloraron los ojos y dolió mi estomago. Él continuaba desternillándose a carcajadas.

— Deberíamos comprar un boleto de la lotería, seguro pensaríamos el mismo número y saldría ganador, ja, ja, ja, ja. — Me dijo entre risas, estaba todo colorado.

— Gerardo, ¿Quieres ir a comer un helado en la semana? — Tomé la iniciativa, él volvió a tonarse serio.

— Sí, claro — asintió mirándome con profundidad. — Vamos a la heladería y después ¿Te parece platicar en el parque un rato?

— Sí, me parece buena idea — extendí la mano para despedirme de él. — Entonces nos estamos llamando.

— Cuídate, nos vemos — dio la vuelta.

— ¡Llámame cuando hayas llegado a tu casa! — Le grité preocupada.

Gesticulé con las manos la señal para recordarle que marcara para avisarme.

— ¡Sí! — Giró para verme, despidiéndose con la mano — Anda, entra. Sueña bonito.

— ¡Gracias, tú también ten buenos sueños! ¡Nos vemos!

No entré a mi casa hasta ver que había dado la vuelta en la esquina.

Abrí el portón rezando para que él llegara con bien a su casa. Iba a estar muy pendiente de su llamada. Me preocupaba que algo pudiera pasarle durante el trayecto, que aunque era muy corto, no dejaba de ser

peligroso.

Mamá, al escuchar el ruido, salió a recibirme. Ya se había puesto el pijama y un rebozo sobre los hombros.

— ¿Qué tal estuvo la obra?

La abracé dándole un beso en la mejilla.

— ¡Maravillosa, mamacita! No te imaginas lo increíble que fue... — Después de darle todos los detalles y platicarle sobre salida, le pedí permiso para frecuentar a Gerardo, parecía que sí estaba surgiendo una bonita amistad entre nosotros — Mamá, ¿Puedo salir a platicar con Gerardo? Ya somos amigos.

Me tomó del brazo, entramos juntas a casa. Adentro olía a chocolate caliente recién hecho y pan dulce.

Amé volver a casa, me confortaba estar con mi familia.

— Sí, querida. Solo, te ruego que no vuelvas tarde; tanto por ti como por él. Es riesgoso que anden, durante la noche, en la calle.

Mamá, Irene y yo conversamos sobre el tema estudiantil; les conté acerca de la presencia de granaderos en el centro de la ciudad.

— Dios bendito — contestó mamá.

— Así está la situación, mamá. Gerardo y yo volteamos hacia otro lado. — Recordar esos instantes me causaron escalofríos.

— Es tan cobarde lo que están haciendo, no tienen decencia — agregó Irene.

— No la conocen, hija... — Mamá volteó a verme. — Deberías bañarte, Lena, para que puedas descansar bien.

— Sí, mamá, solo estoy esperando que Gerardo llame. Ojalá haya llegado con bien a su casa.

— Primeramente Dios así será. — Mamá rezó.

Quince minutos después, sonó el teléfono. Me levanté rápidamente a contestar.

Nunca antes había cruzado la casa de esa manera. Al levantar la bocina

pude escuchar la voz profunda de Gerardo; me sentí aliviada por fin.

Saber que él había llegado, con bien, a casa, era una gran noticia. Me prometí que no volvería a estar en la calle tan noche, no quería que él estuviera en peligro.